





# **HASTA QUE EL AMOR NOS SEPARE**

**Laura Pérez Caballero**



© LAURA PÉREZ CABALLERO  
HASTA QUE EL AMOR NOS SEPARE

Impreso en España  
ISBN: 9781728856742

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



A mis padres y hermanos





**“Se necesita valor para crecer y  
convertirte en lo que realmente eres.”  
Cummings**



1.

Sin duda, la humana era una raza realmente estúpida.

No había otra forma de explicar que se llegaran a asesinar entre ellos a causa de aquellos billetes y monedas con los que obtenían objetos, para luego desecharlos sin más en aquellos cubos de basura.

El día que la vida de Yuma cambió para siempre, esta era la reflexión que se hacía frente a aquellos contenedores.

Se encaramó de un salto en el borde de uno de ellos sin imaginar, siquiera, lo que estaba a punto de encontrar.

Ya había anochecido y el vaho salía de su boca como si de una chimenea se tratara.

El frío del mes de enero era más intenso en aquel claro al final del bosque, donde comenzaba la carretera que llevaba a la ciudad. Desde allí, Yuma veía las luces encendidas y captaba los sonidos del tráfico con su fino oído felino.

Observó un momento los edificios aglomerados en la lejanía, sumergidos en una neblina gris, y luego se lanzó de lleno a la tarea de revolver entre las bolsas. Hacía días que no pasaba por los contenedores y se preguntaba qué tesoros habrían desechado los humanos.

Sus manos, acostumbradas a aquella actividad, se movían con agilidad. Rasgó un par de bolsas y observó su contenido por encima, sin ver nada interesante. Se pasó los dedos por su revuelto cabello negro, acarició de forma inconsciente el amuleto de huella de puma que todos los tupi llevaban y sus ojos, grandes y redondos como los de un

gato, se detuvieron sobre un objeto de color rojo brillante. ¡Vaya! Un coche diminuto imitando a uno de los vehículos que usaban los humanos. Lo cogió con avidez y lo olisqueó como era costumbre entre los de su clan. Su nariz chata analizaba los olores con la precisión de una prueba científica. Lo escondió rápidamente en la bolsa de piel que llevaba anudada al cinturón. Sonrió en la oscuridad, contento con su hallazgo, y saltó del contenedor con una agilidad asombrosa. Ahora debía irse, se acercaba la hora de cenar y pronto le echarían de menos en el clan. Pero antes debía pasar por su escondite secreto para dejar el cochecito con el resto de objetos sacados de la basura. Yuma tocó el bulto que hacía el cochecito en la bolsa y, satisfecho, avanzó hacia los árboles para volver a casa cuando su fino oído escuchó un sonido desconocido para él. Era como el maullido de un gatito, débil, muy débil, como si sonara amortiguado por algo. Se acercó de nuevo a los contenedores y olisqueó en el aire. Había comenzado a helar y pensó en olvidar el sonido e irse cuando volvió a escucharlo. Procedía de uno de los contenedores, estaba seguro. Volvió a encaramarse en uno de ellos y comenzó a rebuscar entre las bolsas. Puede que fuera un cachorro de gato. Si lo dejaba en el contenedor moriría y si lo llevaba al clan, quién sabe, quizá le permitieran quedárselo, al menos hasta que creciera y fuera capaz de sobrevivir por sí mismo. A medida que escarbaba, el gemido era más claro. Ahora ya no le parecía el maullido de un gato. Era cierto que sonaba casi igual, pero algo le decía que no era así. Yuma comenzó a temblar de emoción y antes de levantar las

bolsas que cubrían el cuerpecito y sentir una punzada en el pecho, ya sabía lo que se iba a encontrar. Era un bebé humano.

Ahora su llanto sonaba a pleno pulmón. Yuma lo observaba expectante. Acercó su nariz, pero no percibió ningún olor ¡Qué extraño! Los humanos olían a lo lejos. Al acercarse al rostro del bebé, éste dejó de llorar y alargó una manita hacia él. Yuma se retiró asustado. El bebé insistía con la manita alargada y Yuma acercó su propia mano. Instintivamente, el bebé agarró fuerte su dedo meñique.

—¡Eh! —protestó Yuma. Y al oír su voz, el bebé sonrió y de su boquita salieron unos gorjeos que entusiasmaron a Yuma. Volvió a acercar su rostro al bebé y repitió— Eh, eh, eh...

El bebé se reía. Alargaba la manita al aire y sus ojos bizqueaban. Golpeó un par de veces la medalla redonda de madera con la huella de puma tallada que caía sobre su carita. El amuleto tupi se bamboleaba en el aire. Lo había tallado el padre de Yuma antes de que él naciera, como era costumbre entre ellos.

Yuma permaneció un rato a su lado, indeciso. ¿Cómo había llegado hasta allí? A él, que era un niño a punto de cumplir cinco años, le costaba muchísimo reconocer la evidencia. Alguien lo había tirado allí, como tiraban todas aquellas cosas que él coleccionaba. Pero aquello no era un juguete, era un ser que tenía vida. Léndula tenía razón, sin duda la humana era la peor raza del mundo. Pero aquel bebé era un bebé humano y a él no le despertaba odio. Durante un segundo pensó en llevárselo. Le enternecía su carita, su sonrisa... pero era imposible. Era un humano, por bonito que a

él le pareciera. Además, no podía decir a su familia que lo había encontrado mientras revolvía en los contenedores del límite del bosque. El bebé gorjeó y Yuma volcó su atención en aquella carita. El corazón se le encogía al pensar en dejarlo allí solo, hambriento, bajo la helada noche. ¿Qué iba a hacer? Ojalá no lo hubiera encontrado, pensó. Ojalá no hubiera ido nunca a aquel lugar.

Absorto en el rostro del bebé, totalmente embelesado con él y sus ojitos, de pronto se percató de lo tarde que era al oír acercarse el camión que descargaba de basura los contenedores. Se estremeció al recordar cómo el camión elevaba los contenedores, los volcaba en su interior y aplastaba la basura. Sin pensarlo más, cogió al bebé entre sus brazos y lo sacó del contenedor.

Piensa Yuma, piensa, se decía a sí mismo. Dejarle morir era la última opción, llevarle con él la más tentadora, pero demasiado complicada.

Había normas en el clan. La primera y más importante era no dejarse ver nunca por un humano. Luego, a los más pequeños, como él, se les imponían unos límites que no podían atravesar salvo caso de fuerza mayor y él incumplía con esos límites cuando acudía a los contenedores.

Todas aquellas normas existían porque los humanos eran la peor raza que podía existir; su madre, Léndula, se lo decía constantemente. Si alguno le prendía podía darse por perdido; si le veían supondría la mudanza de todo el clan y no era fácil encontrar lugares en los que vivir sin ser descubiertos y crear guaridas bajo tierra, con sistemas de ventilación y evacuación de

humos, sin llamar la atención. Era una tarea larga, peligrosa y arriesgada. En pleno invierno podía incluso llegar a suponer la muerte. Los clanes no podían vivir juntos en gran número, eso llamaría mucho la atención de los humanos. Era muy peligroso. Aquella era otra de las normas tupi. Los poblados tupi estaban totalmente descartados pero la comunicación entre clanes existía, incluso entre los más lejanos. Los jóvenes cuando llegaban a cierta edad visitaban clanes en busca de una pareja y, generalmente, las mujeres se trasladaban al clan de su pareja, de forma que los clanes solían formarse por abuelos, padres y nietos. También existía un Consejo, formado por los tupi más ancianos y en constante formación, que establecía las normas de convivencia y seguridad. Las normas se enseñaban desde el nacimiento y se inculcaba en todo tupi la obligación de cumplirlas por el bien de la raza. De la obediencia a las normas dependía la supervivencia de aquel pueblo.

Léndula decía que la humana era una raza traidora. Que nadie podía fiarse de ellos porque se hacían daño incluso entre ellos mismos. A veces le hablaba a Yuma de grandes guerras entre ellos y le aseguraba que eso jamás había pasado entre los tupi, los hermanos del puma, porque el puma era un animal noble que sólo mataba por necesidad. Pero el hombre era el hermano del mono y el mono era un animal malvado que se reía de todos y se creía superior, de ahí la prepotencia de la raza humana. Eran avariciosos y les gustaba dominarlo todo: "Experimentan con todo, mantienen encerrados a los animales, imagina lo que

harían con nosotros" le atemorizaba su madre.

De pronto, se dio cuenta de la solución: lo dejaría en el suelo y los humanos del camión lo verían y se lo llevarían.

Notaba el cuerpecito del bebé contra el suyo y era una sensación tan agradable que se resistía a dejarlo en el suelo, pero el sonido del motor indicaba que el camión estaba cada vez más cerca ¿Y si los humanos eran tan malvados como siempre le había contado su madre y no lo recogían? O, peor aún, ¿y si decidían librarse de él y lo echaban al camión de basura? Apretó al bebé contra sí, angustiado. No, no podían ser capaces de hacer algo así. Él era mucho más rápido que ellos, si les veía hacer el más mínimo movimiento sospechoso saldría corriendo de su escondite y les arrebataría el bebé aun a costa de que le vieran. Consolado por ese pensamiento, dejó al bebé sobre la tierra y corrió a esconderse tras un arbusto cercano. Vio las luces del camión que se acercaba y que se detuvo junto a los contenedores sin apagar el motor. Uno de los humanos descendió de la cabina, pasó junto al bebé sin verlo, casi pisándolo, y se puso a maniobrar con los contenedores para engancharlos al mecanismo del camión que después los elevaba en el aire volcándolos en su interior. El otro humano escuchaba aquel aparato llamado radio sin bajarse de la cabina. El que había descendido del camión enganchó el contenedor e hizo una señal al de la cabina. Yuma sabía muy bien lo que pasaba después, la basura era aplastada. Pensó en el final que hubiera tenido el pequeño bebé humano si él no hubiera ido



esa tarde a revolver entre la basura y volvió a estremecerse.

El bebé humano lloraba y Yuma escuchaba perfectamente el llanto desesperado, pero el ruido del motor y el de la radio del humano que permanecía en la cabina del camión impedía que el otro hombre percibiera el llanto y, en cuanto terminó con su trabajo, se subió junto a su compañero y el camión se puso en marcha alejándose por la carretera. El ruido del motor se fue desvaneciendo en la noche, poco a poco. Entonces quedó sólo el llanto del bebé y Yuma le observó todavía escondido tras el arbusto. El oído de los humanos era una porquería y su olfato no era mejor, pensó Yuma acercándose de nuevo al bebé. Se apresuró a cogerle entre sus brazos porque anhelaba sentir de nuevo el cuerpecito blando contra su pecho. En el fondo se alegraba de que no se lo hubieran llevado, a pesar de que sabía que su deseo de llevarlo junto al clan sólo podía causarle problemas. Le acarició la carita y le acunó con delicadeza hasta conseguir que dejara de llorar. Estaba enrollado en una toquilla fina y Yuma pensó en el frío que debía de estar pasando. En nada de tiempo podría congelarse sin su calor. Era tan pequeño que despertaba en él un inmenso deseo de protegerle.

No podía dejarlo allí, eso estaba claro para él. Allí moriría y él era un tupi, no un humano. Él no hacía esa clase de cosas. ¿Cómo podían abandonar así a uno de los suyos? Además, le hacía sentir tal ternura que le parecía aún más inexplicable. La raza humana era tan malvada como siempre les contaba su madre a él y a su primo Namid.

Sin embargo, su abuela Min siempre reprendía a Léndula y le decía que no les contara esas barbaridades ni metiera a todos en el mismo saco. "Hay humanos malos y humanos buenos, igual que los tupi pueden elegir ser malvados o bondadosos" replicaba Min.

Pero Yuma nunca había conocido a ningún tupi capaz de dejar abandonado a ninguno de los suyos para que muriera. No, ninguno de los suyos sería capaz de hacer algo así. No lo harían con ninguno de los suyos y estaba seguro de que tampoco le harían daño a aquel bebé. Puede que no quisieran quedárselo, seguramente pensarían que era un problema para ellos, pero Yuma estaba seguro de que buscarían una solución.

Yuma sabía que, en el fondo, ya había tomado una decisión.

¿Qué iba a contarles al clan? No estaba seguro, ya lo pensaría de camino a casa, lo que tenía claro era que se lo llevaba, que algo extraño, pero bello, había surgido entre él y aquel bebé.

Lo abrazó fuerte contra su cuerpo y, a gran velocidad, se adentró entre los árboles del bosque tratando de convencerse de que estaba haciendo lo correcto.

Yuma avanzaba a gran velocidad por el bosque.

Quería llegar a la pequeña cavidad en la que escondía los pequeños tesoros de los humanos que encontraba en los contenedores. La cavidad se había formado bajo un árbol al provocarse un pequeño derrumbamiento de tierra que había dejado su raíz al descubierto. Allí escondía Yuma todos los objetos que encontraba mientras rebuscaba en la basura de los humanos. Aquel era su lugar secreto, su altar, la parte que el clan no conocía de él. Tenía allí multitud de chucherías que llamaban su atención, pero que no podía compartir con los de su clan porque no podían descubrir que vagaba hasta los contenedores, ya que aquel era un territorio prohibido para el clan porque era frecuentado por humanos y por tanto altamente peligroso para Yuma o cualquier otro Tupí. Aunque Yuma sabía que su padre, Kasa, a veces se acercaba en busca de objetos que su madre adoraba, como peines o espejos. Él nunca lo confesaba cuando Yuma le preguntaba de dónde los había sacado, siempre los había encontrado por ahí, por el bosque, seguramente perdidos por descuido de alguna muchacha, decía. Yuma hacía como si lo creyese y se cuidaba muy bien de asegurarse de que su padre no estaba rondando por los contenedores cuando él iba a ir. Aprovechaba cuando su padre y su primo Namid, que ya tenía doce años, salían a cazar. Ni siquiera su primo conocía los tesoros de Yuma. Namid ya podía acompañar a su padre a cazar mientras él, como mucho,

podía pescar en el arroyo que corría cerca de su guarida. A veces sentía celos de su primo, al que los padres de Yuma habían criado como otro hijo más después de la muerte de sus propios padres. Yuma sabía que habían tenido algo así como un accidente, pero a nadie le gustaba hablar de aquello y mucho menos con él, que sólo era un niño.

Ser un niño no era más que una desventaja, le dejaban fuera de todo. Si al menos pudiera quedarse con aquel bebé...

Le dejaría hacer todo aquello que el clan le había negado a él. Le llevaría a todas partes, compartirían juegos, secretos. La mente de Yuma iba cada vez más lejos.

Redujo la velocidad al acercarse a su cueva particular y recorrió el terreno con sus ojos de puma, redondos y enormes. Ya había oscurecido, pero sus retinas captaban mucha más luz que la de los humanos y eso le permitía ver relativamente bien en la oscuridad. Husmeó el ambiente, entreabrió la boca y dejó que entrara el aire y con él cualquier olor, y, cuando se sintió seguro, depositó suavemente al bebé en el suelo y rebuscó en su bolsita el cochecito rojo. El bebé lloriqueó, seguramente al notar el frío de la noche, alejado ahora del cuerpo de Yuma. Éste dejó rápidamente el cochecito con el resto de objetos humanos y acudió de nuevo junto al bebé. Se agachó a su lado y recibió un leve puñetazo del puño del pequeño que le hizo reír. Comenzó a hacerle carantoñas, atrapado por aquellos ojos que casi le resultaban mágicos.

Pensó en lo que le contaría al clan cuando llegara con el bebé. No podía decir que lo había encontrado en los contenedores. Diría que había escuchado su llanto entre los

arbustos que rodeaban el arroyo cuando volvía a casa "Algún humano despistado que lo olvidó", pensó recordando lo que siempre decía su padre. Podía explicarles que le había parecido muy cruel dejarlo allí para que muriera congelado o devorado por una alimaña y que por eso lo había llevado al clan con él. En realidad, no era del todo una mentira, sólo ocultaría dónde lo había encontrado. Le daba mucho miedo pensar en su madre, Léndula, con ese odio descarnado hacia los humanos. ¿Qué pensaría del bebé? No dejaba de ser uno de ellos. Con el tiempo crecería y quién sabe...

Puede que ella le odiara de inmediato, o puede que si lo tomara en brazos, si viera esos ojos...

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos mientras acariciaba el rostro de la pequeña criatura, que no fue hasta el mismo instante en el que cogió al bebé de nuevo en brazos y se iba a girar para marcharse cuando sintió el olor; un olor que reconocería en cualquier parte, un olor que para él podía ser la diferencia entre la vida y la muerte y que, ahora, por su intensidad, antes de girars ya sabía que quien lo desprendía estaba justo tras él.

Se volvió con rapidez, de forma innata, apretando al bebé contra su pecho y con un sentimiento de pánico inundando su cuerpo. Sus ojos se encontraron con los del humano, que le miraba. Entonces vio reflejados en ellos el estupor, la sorpresa, pero no le pareció que tuviera miedo. Comprobó que era el guardabosques, aunque eso ya lo sabía porque conocía muy bien su fragancia. No le dio tiempo a más. Le regateó con agilidad e inició la escapada dejando al hombre tras él.

Éste se quedó petrificado, luego se giró y le observó huir por el bosque.

—¡Por dios! ¿Qué clase de criatura eres tú? —le escuchó gritar— ¿Qué llevas ahí? ¡Es un bebé, un bebé humano!

Los gritos del hombre arañaron los oídos de Yuma que corría desesperado. ¡Un bebé humano! Corría como un loco. No por el hombre, que de sobra sabía que nunca lograría alcanzarle, corría por el miedo que sentía ante la reacción de su familia. Había infringido la ley más importante de su clan: se había dejado ver por un ser humano, y eso podía tener unas consecuencias nefastas para su especie. Su corazón latía acelerado por el esfuerzo y terminó deteniéndose al borde del colapso. Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró al bebé desesperado. ¿Qué iba a hacer? Llegar al clan con el bebé y encima tener que contar que le había visto el guardabosques. Era como si su peor pesadilla se hubiera hecho realidad.

¿Qué estaría pensando el guardabosque? Lo más posible es que creyera que él era un monstruo y que había secuestrado al bebé. Seguramente alertaría a otros de su raza y comenzarían a buscarles por el bosque. Si sólo le hubiera visto a él la cosa hubiera sido de otra forma, pero había visto al bebé, a un bebé ¡de su raza! Y el hombre querría rescatarlo, devolverlo con los suyos. Tal vez debería llevar al bebé hasta la cabaña del guardabosque y entregárselo, quizá así no les molestaría ni a él ni a su familia. O, tal vez para el guardabosques también podía suponer un problema y querría librarse de él. Tenía tal lío en su cabeza que, de nuevo, sintió ganas de echarse a llorar.

Como si el bebé pudiera leer sus pensamientos, en ese momento se puso a llorar y Yuma volvió a prestarle toda su atención. Se detuvo sofocado y por primera vez acercó sus labios al bebé y le besó la cabecita. Le sorprendió lo grato que resultaba. Volvió a besarle y le abrazó más fuerte, le meció con suavidad y el bebé se calmó de nuevo. Llevó un dedito a su boca y el bebé comenzó a succionar. "Tiene hambre" pensó Yuma, y se dio cuenta de que debía actuar con rapidez. Las cosas habían cambiado desde que el guardabosques le había visto, ahora no sólo se trataba de mentir en cuanto al lugar en el que había encontrado al bebé, ahora debía ocultar también que aquel hombre le había visto, porque eso significaría la mudanza inmediata y no iban a llevarse al bebé con ellos dado lo arriesgado que era. No, no podía contar lo del guardabosques. Habían sobrevivido en ese bosque sin ser descubiertos al menos dos generaciones, ahora sólo se trataba de seguir extremando las precauciones. Yuma se juró a sí mismo que el guardabosques no volvería a encontrarle, él no volvería a bajar la guardia de aquella forma en la que lo había hecho. ¿Y si el guardabosques contaba algo? Yuma no creía que nadie le creyese, seguramente le tomarían por loco. Para los humanos los Tupi no existían, eran seres fantásticos como aquellos que poblaban sus leyendas. Ellos conocían a los humanos, era casi una obligación para sobrevivir. Les espiaban, les estudiaban, conocían muchas de sus costumbres y sabían que se creían una raza superior incapaz de reconocer que ninguna otra tan siquiera les pudiera igualar. No,

para los humanos los Tupi eran como las hadas o las sirenas que poblaban los libros de sus hijos.

Yuma miró la posición de la luna en el cielo. Sabía que era muy tarde. En casa todos estarían preguntándose dónde estaba. De un momento a otro saldrían a buscarle. Debía darse prisa, que tuvieran que salir ahora a buscarle podía ser muy peligroso ya que el guardabosques seguramente aún estaría alerta.

Yuma se dijo a sí mismo que no tenía elección, llevaría al bebé ante el clan y que ellos decidieran lo que era mejor hacer. Callaría que aquel hombre les había visto y, si las cosas se pusieran feas, siempre cabría la posibilidad de mudarse.



3.

El guardabosques había terminado de cenar y decidió salir a dar una vuelta, porque el aire frío parecía aliviarle el dolor que sentía. Era como si su corazón estuviera inflamado y el frío le devolviese un poco a su tamaño normal, como si lo congelase y así, durante unos minutos, le protegiera contra aquel sentimiento de vacío y tristeza que siempre le acompañaba.

Fue él quien solicitó aquel destino apartado y solitario cuando el antiguo guardabosques se iba a jubilar.

Quería apartarse de todo y de todos, sabía que se había convertido en un bicho raro para los demás, que le invitaban a estar con ellos sabiendo que no iba a aceptar, porque él no era buena compañía para nadie. No entendía por qué se esforzaban en animarle. Él no quería estar animado, no podía, y si creían que era un desagradecido creían bien, porque él no les agradecía aquellos gestos. Los detestaba, quería que le olvidasen, que no le hablaran, que hicieran como si se hubiera vuelto invisible y que no estuvieran esperando continuamente que volviera a sonreír. Quería que dejaran de repetirle que la vida seguía, que no había vuelta atrás, que tenía que tirar para adelante. Quería morir.

Sólo toleraba la compañía del Tocho, un hombre enorme que apenas pronunciaba palabra y al que no parecía preocuparle en absoluto que los demás tampoco lo hicieran. Es más, no parecía preocuparle en absoluto la desgracia del guardabosques. La desgracia de Manuel, desde aquel día en que su mujer,

embarazada de su primer hijo, se encontraba en el lugar equivocado, en el momento más inoportuno y recibió el único balazo que se disparó en el atraco a aquella gasolinera.

Manuel se había quedado dormido en aquel mismo instante, el tiempo parecía haberse detenido. No podía ser. "Eran las tres y media de la tarde" se repetía continuamente "¿Quién atraca a mano armada una gasolinera a las tres y media de la tarde?" Cuando le vio la cara al asesino, con aquella media sonrisa, creyó que él también había muerto. No sabía cuántas noches había pasado sin dormir, sin comer, sin lavarse ni hablar con nadie. Cuando su madre abría con su propia llave la puerta de la casa de Manuel, él ni siquiera se enteraba.

Se preguntaba cuándo iba a llegar el momento en el que desaparecieran aquellas insoportables ganas de llorar, aquel nudo en la garganta, aquel peso en el pecho.

Luego se preguntaba cómo se hacía para vivir cuando uno se daba cuenta de que aquella sensación no iba a desaparecer porque él no quería que desapareciera, porque sentía que eso sería como relegar a su mujer y a su hijo, aún no nacido, al olvido.

Llegó el día en que tuvo que incorporarse de nuevo al trabajo. No soportaba la idea de dar pena y se dio de bruces con un grupo de plañideras. No sabía dónde esconderse, cómo esquivarles y, al final, cuando se cansaron de tratar de animarle en vano, terminó como compañero del Tocho, el que no hablaba, el que parecía no preocuparse de nada. Y sin embargo, fue el Tocho el que un día, así como quien no quiere la cosa, le contó lo del

guardabosques de aquel lugar aislado y solitario que se iba a jubilar.

Era un puesto en una cabaña de un bosque con apenas actividad. Bastaba con un guardabosques para llevar a cabo un trabajo rutinario en el que el contacto con otros humanos era prácticamente inexistente.

A Manuel se le llenaron los ojos de lágrimas. Había comprendido que aquel hombre que no hablaba y no parecía preocuparse por nadie, le estaba cediendo el traslado que durante tanto tiempo él mismo había estado esperando. Eran como dos almas gemelas, solo que la de Manuel estaba herida y Tocho se ofrecía a lavarla y curarla un poco.

Cenaron juntos la noche antes de que Manuel se fuera a ocupar su nuevo puesto. Apenas hablaron, pero supo por las palabras del Tocho que el hombre que se jubilaba era algún tipo de familiar suyo. Parecía ser que era un hermano soltero de su madre, el mismo hombre que le había inculcado a él el amor hacia los bosques y hacia aquel trabajo.

Se dieron la mano a la puerta del restaurante y cada uno se fue por su lado.

A día de hoy, Manuel nunca le había estado tan agradecido a nadie. Su nuevo puesto era como un bálsamo para él. Estar sólo en aquella cabaña, en aquel bosque, sin ningún tipo de contacto humano salvo el del día al mes que hacía compras en la ciudad, o el encuentro casual con alguno de los escasísimos excursionistas por el monte, era lo mejor que le podía haber pasado.

Antes de la muerte de su esposa su vida había sido todo lo normal que puede ser la vida de una persona que no ha tenido grandes problemas. Una familia que le

quería, que le había arrojado, gracias a la que no le había faltado de nada.

Una infancia feliz, una adolescencia alocada dentro de unos límites, no muchos, pero sí cuatro o cinco amigos íntimos hasta que comenzó su relación con la que sería su mujer. Una mudanza por su trabajo, un período de adaptación, la enorme noticia de ir a ser padre y, entonces, sucedió aquello.

El mundo se detuvo, el dolor lo llenó todo sin dejarle espacio más que para respirar a duras penas y notar cómo le ardían los pulmones.

La sensación parecía no ir a desaparecer nunca, y era insoportable tener que concentrarse en otras personas.

En aquella cabaña, en su nuevo trabajo, la raza humana había pasado a ser para él una leve molestia que debía soportar muy de vez en cuando, y el rostro del asesino de su mujer y su futuro hijo, era la demostración de que los hombres no merecían la pena, no podía fiarse de ninguno, sólo sabían dañar a sus iguales.

Así, como venía haciendo ya en aquellas gélidas noches de invierno, salió a respirar aquel aire helado que olía a limpio. El frío hacía que le lloraran los ojos y con ello sentía cierto placer. Recorría el terreno con paso ágil, pisando las ramas rotas con sus botas de trabajo, pues era raro el día que se las quitara antes de irse a acostar, como si no reconociera del todo aquella cabaña como su propia casa, como si ya nunca fuese a existir algo que él pudiese reconocer como su propio hogar.

En el silencio de la noche, le gustaba prestar atención porque era fácil descubrir que aquel silencio era engañoso. Estaba lleno de

sonidos maravillosos como el crujir de la madera, el rechinar de algún insecto o el lejano ulular de las lechuzas. Sin embargo, aquel día, el sonido que llegó a sus oídos no era ninguno de aquellos. Era el llanto de un bebé. Pensó que había perdido la cabeza por completo. Quiso convencerse de que no podía ser, pero pensó que aquel era el llanto de su hijo perdido que había quedado encerrado en su cabeza para siempre. Puso más atención, seguía oyéndolo y le arrastraba como si estuviera hipnotizado por él.

"Voy a despertar" pensó, "estoy soñando y me voy a despertar". Pero el final del sueño no llegaba y sus pies caminaban solos hacia aquel sollozo. Vio un bulto agachado, haciendo movimientos con las manos y susurrando. Le estaba hablando a alguien en un tono suave, dulce, en el tono en el que se les habla a los bebés. "Es ella", pensó en su locura, y los ojos se le llenaron de lágrimas y una extraña emoción le recorrió el pecho.

Hasta que el bulto se puso en pie y se volvió.

Sus ojos, que esperaban de forma imposible ver a su mujer, se encontraron con el rostro de un ser inexplicable. Era como un humano, pero sus rasgos no coincidían con esa raza. Era pequeño, — a Manuel le pareció un niño— y, a su manera, era hermoso, con los ojos muy redondos, como los de un gato.

Se miraron una fracción de segundo, que a Manuel le pareció eterna, y justo cuando bajó los ojos hacia el pequeño revoltijo formado por una toquilla, para ver un bebé humano, aquel ser le regateó con una agilidad asombrosa y desapareció entre los árboles a gran velocidad.

Manuel se quedó petrificado en el sitio. Miraba hacia el bosque sin ver nada y se preguntaba qué había de realidad en lo que acababa de ver. No tenía miedo de la soledad, pero le aterrorizaba la locura.

No le siguió. Le gritó sin moverse del sitio. Sintió que aquel ser le robaba a su bebé. Otra vez se lo robaban. Y sin embargo no le siguió, dejó que todo sucediera sin más.

Se dejó caer al suelo y se pasó la mano por el cabello. Respiró con dificultad el aire helado de la noche y trató de ordenar sus pensamientos.

Seguía escuchando el llanto del bebé en su cabeza, pero ahora su mente dibujaba la imagen de aquel ser extraño con cara de gato.

Se levantó de la hierba mojada por la helada y giró el cuerpo en la dirección hacia la que había huido aquel ser.

¿Se lo había imaginado?

Inspeccionó detenidamente el lugar y encontró bajo la raíz de un árbol, en una pequeña cavidad, multitud de cachivaches. Un peine, dos cucharas, algunas canicas, un muñeco iron man al que le faltaba un brazo, un cochecito rojo...Por alguna razón se sentía como si estuviera profanando un lugar sagrado. Decidió dejarlo todo en su sitio, excepto el cochecito, volver a la cabaña y echarse a dormir.

Por la mañana vería si el cochecito seguía en su cabaña y, entonces, volvería a aquel lugar y concentraría todos sus esfuerzos en saber si aquello había sido real o si sólo había sido fruto de una cabeza cada día más desquiciada y cercana a la locura.

A la entrada del hogar encontró a Namid, su primo seis años mayor que él, que le esperaba con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Era un chico serio, muy maduro para sus casi doce años, tal vez a causa de la pérdida prematura de sus padres. Namid estaba muy agradecido a sus tíos por todo el cariño y todos sus cuidados. Siempre le habían hecho sentir como a un hijo más, y por lo tanto él y Yuma se habían criado como hermanos, pero ellos sabían muy bien que eran primos.

—¿Dónde estabas? Estaba a punto de salir a buscarte. Kasa está muy enfadado...

Yuma se detuvo a cierta distancia, pero la boca de Namid ya se había abierto y aspiraba en el aire. Yuma le veía aspirar el frío de la noche y devolverlo en forma de vaho. El pecho ancho de Namid se llenaba en cada bocanada y sus cejas se aproximaron la una a la otra en un gesto de extrañeza.

—Pero ¿qué...? —comenzó Namid. Olisqueaba el aire sin parar y se acercó ansioso a Yuma— ¿Qué llevas ahí? —preguntó poniendo sus manos sobre la toquilla y haciéndola a un lado mientras Yuma le dejaba hacer. Al retirar la mantita, Namid dio marcha atrás horrorizado.

—¡Un bebé humano! ¿Te has vuelto loco?

El grito de Namid pareció aún más fuerte en el silencio de la noche. Yuma se encogió atemorizado y el bebé rompió a llorar. Namid abrió mucho los ojos y volvió a acercarse a Yuma para observar al bebé. Inmediatamente sonrió y surgieron en él unas ganas irrefrenables de consolarle, de hacer callar a aquella criatura. Yuma le acunaba con

cuidado y Namid extendió los brazos para que le pasara al bebé, pero antes de que les diera tiempo a nada, Léndula surgió de la oscuridad y les arrebató al niño.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó a Yuma, mirándole con furia.

La madre de Yuma alejó al bebé un poco de ella y contempló su rostro redondo, con una piel suave y sonrosada, su boca como una pequeña flor roja, con el pequeño callo que se forma sobre el labio superior de los bebés que aún están en la etapa de amamantarse.

Léndula no tenía intención de esperar a que Yuma le contestara, su objetivo era otro y revolvió entre la manta de la criatura hasta llegar al mismo.

—Es una niña —dijo en un tono muy diferente al anterior. Entonces, miró a la niña y se quedó embelesada. Parecía que Yuma y Namid hubieran desaparecido. Recompuso la manta de la pequeña y la acunó con sus ojos fijos en los de la niña, que había dejado de llorar.

Léndula, siempre tan precavida, de pronto pareció olvidar por completo que estaba en mitad del bosque, cerca de la guarida pero al descubierto, y sólo se concentró en aquel pequeño ser.

—La encontré en el bosque —tartamudeó Yuma asustado— no me atrevía a dejarla allí, pensé que moriría...

Léndula pareció volver en sí y le miró con una ternura inusual. Se llevó un dedo a los labios en señal de silencio.

—No tengas miedo, yo lo arreglaré todo. Has hecho bien —susurró.

Se volvió de nuevo hacia la niña, dio la espalda a Yuma y comenzó a tatarrear una canción de cuna.



Yuma veía la silueta de su madre, con la cara vuelta hacia abajo sin dejar de contemplar al ser humano. Yuma no recordaba cuándo había sido la última vez que había escuchado salir música de la boca de su madre.

Mientras, Namid había acudido a avisar al resto del clan y ahora Kasa, el padre, Sush, el abuelo, y Min, la abuela, se acercaban a Léndula para ver al bebé. Ella ronroneaba suavemente para la niña. Al sentirlos cerca se volvió y levantó al bebé en sus brazos.

—Es una niña —dijo—, es una señal del destino.

Kasa, que sabía muy bien por dónde iba su mujer, no quiso seguirla el juego. Apretó los dientes y se enfrentó a ella.

—Las señales no existen Léndula. Es una humana.

Léndula apretó a la niña contra su pecho. Sentía un calor que pensaba que jamás volvería a sentir. De pronto se sintió fuerte como un verdadero puma y supo que nadie iba a quitarle a aquella niña. Apartó un poco la manta y le acercó la humana a Kasa:

—Mírala, podría ser Cala.

Kasa cogió a la niña en brazos y la observó con una mueca de dolor. Sí, podría ser Cala. Él apenas tenía ya imagen de la melliza de Yuma. Había nacido demasiado débil y su fragilidad no la había dejado vivir más allá de unos cuantos días. Entonces Léndula había caído enferma de pena y nunca había vuelto a ser la misma. Se recuperó para cuidar de Namid y de Yuma, pero seguía echando de menos a su niña.

Sabía bien lo que Léndula pretendía ahora. Pero debían racionalizar sobre aquella situación. Tomar una decisión basándose en

las emociones era algo que podía llevar a la perdición a una raza como la de los Tupi.

—¿Dónde la has encontrado? —le preguntó a Yuma.

Él sintió un escalofrío recorriendo su espalda, mentir a su padre era peor de lo que podía imaginar. Pensaba que tendría miedo de Léndula, de su reacción al verse con un humano en brazos. Sin embargo, ahora comprendía que el verdadero problema estaba en su padre. Su madre estaba dispuesta a pasar todo por alto con tal de quedarse con la niña. No le importaba nada más que eso. No le importaban los detalles, no necesitaba saber nada más.

Su padre, en cambio, podía someterle a un interrogatorio que terminara muy mal para él.

—En el bosque, cerca de la cueva osera, entre unos arbustos. La sentí llorar.

Kasa olisqueó a la niña y luego se la devolvió a Léndula, que la recogió ansiosa entre sus brazos. La abuela Min se aproximó curiosa y acercó sus dedos al bebé. Hacía tiempo que no veía a un bebé y se preguntaba si llegaría a ver otro que no fuera humano antes de morir.

—Si nos la quedamos ¿qué pasará cuando crezca? —preguntó, sin dirigirse a nadie en concreto, como si se estuviera haciendo la pregunta a sí misma.

Léndula miró a la abuela asombrada y dándose cuenta de que tenía en ella a una aliada que no se esperaba.

Kasa sintió el miedo al instante. Min estaba dándole alas a la fantasía de su mujer.

—Nadie ha hablado de quedárnosla —rugió el padre de Yuma— ¿os habéis vuelto locos o qué?

Sush, que había permanecido en silencio, levantó ahora una mano hacia su hijo Kasa haciéndole un gesto para que se tranquilizara. Las cosas estaban pasando muy deprisa y no tenían apenas tiempo para pensar. Él era el Patriarca del clan y veía cómo se estaban enfrentando dos posiciones en el mismo: la de las mujeres que querían quedarse al bebé y la de Kasa que temía ante aquella decisión.

—Vamos a pensar —suspiró—. Y tú, Léndula, lo primero da de comer a ese bebé o todavía va a morir de hambre.

Léndula salió apresurada hacia la guarida y todos la siguieron.

La entrada, camuflada entre el follaje, era honda y estrecha, con unas pequeños escalones marcados en la tierra. Después, a unos tres metros bajo el suelo la cavidad se ampliaba y se convertía en una especie de pasillo a cuyos lados se abrían a su vez otras cavidades que hacían la función de las distintas habitaciones de la casa.

El padre y el abuelo del propio Sush se habían encargado de entibar todas las galerías y encalar las paredes terrosas.

Min calentó un poco de la leche de una cabra montesa a la que alimentaban a menudo a cambio de su docilidad y enrolló un trapo limpio que sumergió en el líquido templado. Luego le pasó a Léndula el trapo y todos hicieron un círculo a su alrededor para observar cómo le daba la leche al bebé. Éste abrió con ansiedad la boquita y recibió la leche tibia con alegría. Todos se maravillaron. Léndula sabía que tenía ganada la batalla y sonreía turbada ante aquel regalo inesperado.

—¿Cuánto tiempo tendrá? ¿Cuánto le calculas, abuela?

Min torció la boca en un gesto pensativo.

—Yo diría que, por el tamaño aparenta unos seis o siete meses.

Cuando se vio saciada, la niña dejó de coger el trapo entre sus labios, y con la barriga llena y el calor del cuerpo de Léndula, fue cerrando los ojitos hasta quedarse dormida.

—Déjamela, anda —pidió Min, y Léndula se la pasó a regañadientes. La abuela acercó a la niña a su cara y la olisqueó—, es tan pequeña que apenas desprende olor. Pobre criatura, puede que ya estuviera muerta si Yuma no la hubiera encontrado.

—Ha hecho bien en traerla —repitió la madre.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Léndula y de Yuma al mismo tiempo. Min le devolvió la niña a Léndula, pues comprendía todos los sentimientos que aquella madre estaba sintiendo, ya habría tiempo de disfrutar de aquel precioso bebé, ella ya estaba segura de que se quedaría entre ellos. Luego se volvió hacia su marido. Sush la miró unos momentos en silencio. Los abuelos parecían comunicarse mentalmente y a Yuma siempre le había parecido que, aunque Sush fuera el jefe del clan, era su abuela Min la que le transmitía telepáticamente las instrucciones que debía seguir.

Sush se volvió hacia Yuma. Sus ojillos achicados por la edad se clavaron en la circunferencia casi perfecta de los de su nieto.

—Yuma, ¿estás seguro de que no te vio ningún humano recogiendo a la niña?

—No, creo que no, le hubiese olido — balbuceó. Yuma.

porque no podía seguir manteniéndole la mirada. Rogaba porque no siguieran interrogándole acerca del descubrimiento de la niña.

—Padre, ¿de verdad vamos a quedarnos con la niña? Podrían estar buscándola.

Léndula afiló su lengua y escupió.

—¿Quién? Yuma la ha encontrado sola, tirada en el suelo. La han abandonado, nadie de esa raza maldita la buscará.

—Esa maldita raza es la de la niña — contestó Kasa, impasible.

—Pero ella no lo sabe, no sabe que es humana, crecerá entre nosotros y pensará que es una de los nuestro, una tupi —se arrodilló repentinamente ante Sush y todos pensaron que iba a desmayarse—. Sush, por favor, por mi vida, sabes lo que he sufrido por Cala, deja que se quede, yo la cuidaré, nadie le dirá que es humana y ella nunca lo sabrá ¿verdad, Yuma? —buscó el apoyo de su hijo. Sabía que él la había traído con la esperanza de que el clan se la quedara, sabía que todo el clan estaba deseando quedarse a la niña y sabía que Kasa acabaría aceptando y queriendo a la niña.

—No, nunca la diremos que es humana —dijo Yuma bajando la cabeza.

Léndula se volvió entonces a su marido, avanzó hacia él con la niña en sus brazos.

—Kasa, la necesito, sabes cuánto la deseo. Por favor, dame tu aprobación.

—¿Y qué la diremos cuando crezca? —Kasa se volvió hacia todo el clan— Puede que no quiera estar entre nosotros, puede sufrir mucho.

—Simplemente le diremos que es diferente — insistió Léndula.

—¿Tú qué opinas padre? —preguntó Kasa.

Sush se mantenía un poco alejado. La mano en su barbilla en un gesto pensativo.

—Pienso que tienes razón en una cosa, hijo. La niña, en el futuro podría sufrir mucho — Léndula comenzó a sollozar y Sush la hizo un gesto consolador—, pero también tú tienes razón Léndula, su propia familia la ha abandonado. O eso parece. Tal vez no encuentre nunca entre los suyos el amor que el clan pueda proporcionarla si se queda. Léndula asentía con la cabeza ante las palabras del abuelo.

—Si no la han abandonado, si solo se ha perdido, volverán a buscarla, aunque dudo que si fuera así no estuvieran rastreando ya todo el bosque. En ese caso podríamos buscar la forma de devolverla sin dejar pistas —el abuelo se volvió hacia Léndula y esta bajó la cabeza con sumisión—. Sería cruel no devolverla con los suyos en un caso así.

Léndula movió la cabeza aceptando las palabras del abuelo.

Todos quedaron en silencio. Cada uno rumiaba para sí sus pensamientos. Yuma pensaba en el lío que había organizado llevando a la niña. Léndula, cabizbaja, planeaba su huida con la niña si no la dejaban quedársela, Kasa jamás lo sabría. Min y Sush se miraban esperando la decisión de su primogénito, Kasa.

—Está bien, es una locura —cedió éste por fin—, pero si mi padre acepta, la niña se quedará entre nosotros. Su nombre será Cala. Nunca nadie le revelará que es humana y ninguno de nosotros volverá a acercarse a

la cueva osera, por si se arrepintieran y volvieran a buscarla, pero si sabemos, si nos enteramos de que la están buscando haremos lo posible para devolverla. —lo dijo todo seguido y luego se volvió hacia su padre— ¿Puede ser así?

Sush asintió sin decir palabra.

Léndula rompió a llorar, esta vez aliviada, segura de que nadie de esa maldita raza volvería a buscar a la niña.

Y Yuma pensó en todos sus tesoros, que creía perdidos para siempre junto a la cueva osera ahora que el miedo a ser descubierto era reciente. Y así, de esa forma, fue como Cala entró a formar parte del clan.





5.

Cuando Manuel despertó, temprano en la mañana, lo primero que hizo fue levantar su almohada y comprobar si el cochecito rojo que había recogido la noche anterior seguía allí. Así era. Le dio unas vueltas en sus manos y, sin darse cuenta, sonrió como hipnotizado por el objeto.

Se sentía extrañamente bien, y desayunó como no había hecho en mucho tiempo. Después se lavó y volvió a adentrarse en el bosque, como la noche anterior.

Paseó despacio hasta la cueva oscura y la bordeó hasta llegar al terraplén formado por el derrumbamiento, que había dejado la raíz del árbol al descubierto. Allí estaban todos aquellos objetos acumulados.

Manuel recorrió los alrededores con la vaga esperanza de volver a ver a aquel ser tan extraño: igual que un humano por la espalda, pero con aquel peculiar rostro felino tan hermoso.

La criatura en su mente se había convertido en un ser bello. Recordaba la expresión asustada de su rostro y cómo había abrazado al bebé como si quisiera protegerlo. No, él no creía que quisiera dañarle, pero ¿de dónde lo había sacado? ¿Qué iba a hacer con él? Aquel ser parecía un niño, lo que llevaba a Manuel a imaginar que habría más criaturas como él, pero adultas.

Cuando Manuel había llegado a aquel puesto, aún pasó cuatro días con el antiguo guardabosques. Se llamaba Román y era tío del Tocho. Al contrario que éste, hablaba mucho, pero era más bien como una charla consigo mismo. No esperaba respuestas, de

hecho, no preguntaba nada personal. Manuel no se encontraba incómodo con él, y, a menudo, se preguntaba si también hablaría sólo antes de que él llegara.

La noche antes de irse, sentados a la mesa después de cenar, Román le ofreció un puro a Manuel. "Celebra mi jubilación conmigo" le dijo. Manuel aceptó el puro y los dos fumaron un rato en silencio hasta que Román comenzó a hablar.

—Para mí va a ser como si no me jubilara ¿Sabes? Me traslado a un viejo molino que voy a acondicionar como casa. Me lo ha vendido un amigo, está a las afueras del valle de Cosia, casi en pleno bosque, como esta cabaña. Allí volveré a estar aislado, solo, lejos de la gente —en ese momento miró a Manuel y sonrió.

—Aunque tal vez allí también me acompañen los hombres puma —dijo como quien no quería la cosa. Manuel tardó un segundo en reaccionar y, luego, miró a aquel hombre que hablaba como para sí.

—¿Quién? —preguntó no muy convencido.

Le parecía que el viejo había dejado caer aquel comentario sólo para contarle una locura. El hombre había soltado aquello esperando precisamente que pasara lo que acababa de pasar, que Manuel le preguntara y así le diera pie a contarle aquella historia. Román se acercó mucho a Manuel y, de pronto, bajó el tono de voz, como si alguien pudiera escucharles, lo que acentuó aún más la impresión de Manuel de que aquel hombre se había trastornado.

—Sé que vas a pensar que estoy loco —comenzó—, pero aquí, en este bosque, viven unas criaturas que tienen rostro y fuerza de puma.

Volvió a echarse hacia atrás y contempló a Manuel esperando encontrar en su rostro alguna mueca de burla. Al no encontrarla pareció animarse.

—Hace tiempo me tropecé con uno de ellos. Lo encontré tendido en el suelo. Le había mordido una víbora. Me acerqué a él con mucho miedo, pero mi curiosidad era aún mayor y verle sufrir me angustió.

Manuel permanecía en silencio, tratando de ser racional, pero aquel hombre hablaba tan seguro de sí. "Lleva demasiado tiempo solo" pensó para sus adentros, "puede que yo mismo termine así algún día".

—Le ayudé. Ya sabes que en el botiquín hay lo necesario para ese tipo de picaduras. Y se salvó. Lo sé porque volví a verlo en un par de ocasiones más. Las dos veces me hizo un gesto de agradecimiento, una de esas veces incluso me entregó esto —le mostró un colgante de madera con una huella de puma tallada— antes de huir. Sé que son una familia entera, no sé dónde se esconden, ni me interesa. Jamás me han molestado, no les temas, sólo quieren preservar su forma de vida. Huyen de nosotros —miró a Manuel y volvió a sonreír— no me extraña —masculló.

Los dos se quedaron en silencio. Román dio por terminada la historia al ver que Manuel no le hacía ninguna pregunta. Quién sabía, quizá sintió que le juzgaba o simplemente no quería o no tenía nada más que contar.

Los dos hombres se acostaron, cada uno pensando en sus cosas. Román en su viejo molino y en todos los arreglos que tendría que hacer, lo cual le mantendría ocupado durante una buena temporada. Manuel dando vueltas a la historia de los hombres

puma, hasta quedarse dormido y soñar con una pistola que se disparaba a las tres y media de la tarde.

Por la mañana, el viejo guardabosques metió sus escasas pertenencias en su land rover, le dio la mano a Manuel, le invitó a visitarle cuando quisiera y se alejó, conduciendo, de la cabaña que había sido su hogar durante más de veinticinco años.

Y ahora, tres años después, Manuel inspeccionaba la zona en busca de hombres puma. No había vuelto a pensar en la historia de Román y, ahora, le apetecería tener de nuevo delante al viejo guardabosques y pedirle que le perdonara, que le había tomado por un loco y que, ahora, era él quien había visto a uno de aquellos seres. Que estaba intentando encontrar sus huellas en el bosque, aunque no estaba teniendo mucho éxito. Que algo en aquel ser le había atraído de una forma inexplicable. Que necesitaba encontrarle, volver a verle, saber qué había sido del bebé humano que llevaba en sus brazos.

Dedicó meses a la búsqueda del pequeño, pero todas sus expediciones fueron un fracaso. Prestaba atención a las noticias en la radio, esperando oír alguna sobre la desaparición de algún bebé. Nada.

A veces, le parecía que le vigilaban en el bosque y llegó a pensar que él mismo se estaba volviendo loco y que la historia del viejo Román se había convertido en algo así como una paranoia para él. Otras veces, se decía que él mismo había creado aquella criatura para alejar otros pensamientos de su mente, pues desde que la había visto, los sueños de las pistolas que se disparaban habían desaparecido casi por completo.

Fuera como fuera, quería verle. Anotó en una libreta la fecha en la que habían tropezado en el bosque. Dejaba comida en lugares estratégicos, objetos que pensaba pudieran atraerle, pero nada, no había manera.

Le hubiera gustado decirle que él no quería hacerles daño. Que sabía cuánto podían llegar a hacerles sufrir los humanos, que les comprendía. Contaba los días, los meses, calculaba la edad aproximada que tendría ahora el bebé humano que el niño llevaba en sus brazos.

Toda su vida comenzó a girar en torno a aquellos seres. Trataba de imaginarse cómo serían, cuántos, dónde vivían, cómo conseguían ocultarse hasta el punto de parecer que no existían.

Tras un año de conjeturas, por primera vez desde que había llegado a aquel puesto, decidió que ese año sí viajaría en su mes de vacaciones.



Léndula se encomendó en cuerpo y alma al cuidado de la pequeña. Se la veía feliz, su carácter se había suavizado y la amargura había desaparecido de su rostro. Yuma nunca hubiera imaginado que el rostro de su madre pudiera ser tan bonito ahora que sus labios se veían relajados. Hasta sus ojos parecían más grandes y las pequeñas arrugas de su frente habían desaparecido al tiempo que lo había hecho la tensión en su gesto. Se alegraba de haber traído a la pequeña humana al clan sólo por el cambio que había pegado su madre. Se decía a sí mismo que había valido la pena.

El resto de tupis también le prestaba mucha atención a la niña. Se convirtió en el centro del grupo familiar, y, a menudo, Min se reía y le decía a Léndula que no quería ni pensar el día que tuviera una nieta.

—Vivirás para verlo —se reía Léndula, y le guiñaba un ojo a Namid, que enrojecía y bajaba la vista al suelo.

Namid y en especial Yuma, también pasaban mucho tiempo con el bebé. A Yuma le fascinaba el tamaño de sus dedos y no se cansaba de extenderlos sobre la palma de su mano. La veía tan frágil e indefensa que le hacía sentir poderoso. Ese sentimiento le turbaba y abrazaba al bebé susurrándole que nunca dejaría que nadie la hiciera daño. Un día la besó en los labios, tal y como le veía hacerlo a Léndula, y aquella sensación húmeda y caliente le pareció maravillosa, sin embargo, sólo la besaba en los labios cuando estaba seguro de que nadie le veía.

La pelusilla de su cabeza se transformó en una mata de pelo dorado, sus ojos se oscurecieron y cambiaron del azul ciego de bebé a un marrón acaramelado y un día, sin más, se sostuvo de pie.

En ese momento decidieron fijar en un año la edad de la pequeña.

Todos en el clan celebraban el más mínimo avance de la niña y quien más quien menos pasaba ratos con la niña. Todos menos Kasa. A pesar de los meses, Kasa seguía recelando, no acababa de ver a Cala como una más y en su cabeza seguía rondando el miedo al peligro, al peligro de criar a una humana entre ellos. Veía al resto de su familia feliz con la niña, e incluso se sentía culpable por no ser capaz de compartir con ellos su alegría. Léndula prácticamente había vuelto a ser la mujer que había conocido hacía ya tantos años. Su hijo Yuma, en vez de sentir celos, ayudaba gustoso en todo lo relacionado con la niña y el resto hacían lo mismo y no dejaban de sonreír en cuanto la niña entraba en su campo de visión. En cambio él... Veía a la niña y a la vez veía a una humana adulta que en el futuro sería la mayor amenaza de su clan.

Su padre, Sush, le observaba, veía cómo seguía a la niña con la mirada y parecía adivinar sus pensamientos, de forma que un día trató de tranquilizarle. Min les vio marchar camino del arroyo y suspiró. Estaba deseando que Kasa dejara su odio hacia los humanos y disfrutara del regalo que el bosque les había hecho. Kasa era un tupi bueno, noble, y la preocupación por su clan, en muchas ocasiones, no le dejaba vivir el momento presente.



Cuando llegaron al arroyo, Sush puso una mano sobre los hombros de su hijo y le miró a los ojos.

—Kasa, tienes que tranquilizarte y mirar este asunto con calma, puede ser bueno para el clan, aunque no lo creas.

—Pero padre ¿cómo va a ser bueno? Algún día Namid y Yuma buscarán pareja en otros clanes y convivir con un humano no les hará precisamente populares.

Sush miró a su hijo con absoluta seriedad y replicó secamente:

—Quien haya de quererlos los querrá tal y como son ¿Eso es todo lo que te preocupa? Yo puedo arreglarlo con los otros clanes, es más, lo haré, no tienes que temer por ello.

Kasa sintió haber herido a su padre y le miró con ojos llenos de lágrimas. Le preocupaban demasiadas cosas. Le preocupaba lo que pensarán en otros clanes, sí, le preocupaba en cómo eso iba a afectar a su hijo y a su sobrino, pero había algo que le preocupaba mucho más.

—No, padre, no es eso lo que me preocupa. Al menos no lo que más. Me preocupa lo que pasará cuando esa humana crezca y tal vez quiera abandonar el clan y unirse a los suyos.

Sush se encogió de hombros.

—Es una posibilidad, pero en la vida puede pasar cualquier cosa. Puede que sea uno de los nuestros quien quiera abandonar el clan. No podemos vivir en el futuro.

—Padre, eso es improbable que ocurra. Yo hablo de algo que puede suceder, que incluso sería natural que sucediese. Y que podría ser un peligro para nosotros, para nuestra raza.

Kasa bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza. Le costaba mucho hablar de sus sentimientos, y mucho más de la melliza que habían perdido. Para Léndula, que la niña tomase esa decisión en un futuro sería como volver a perder a una hija.

Yuma, que vagaba por el arroyo a menudo ahora que no podía ir hasta la cueva osera por miedo a encontrarse de nuevo con el guardabosques, les vio y avanzó hacia ellos sonriendo, pero, antes de que su padre le viera, Sush le hizo un gesto para que se fuera. Yuma quedó paralizado en el sitio, un tanto desconcertado. Entonces vio la expresión angustiada de su padre y sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda, porque sabía que el sufrimiento de su padre se lo había infringido él al traer a la pequeña Cala. Con el corazón encogido se agazapó tras unas rocas y esperó a que Kasa hablara. —Padre, tú sabes lo que Léndula sufrió con la muerte de la melliza...

—Todos sufrimos, hijo.

—Sí, pero Léndula... Es demasiado inestable y ahora, con esa niña, es como si hubiera vuelto a ser la misma, la de antes. Me da miedo. Tengo mucho miedo, padre, porque no sé si ella resistiría volver a perder otra niña. Sush suspiró. Abrazó a su hijo un instante y luego volvió a hablarle.

—Escucha Kasa, quiero que lo veas así. Esa humana ha llegado a la vida de Léndula, ya está aquí y ella se encuentra de nuevo feliz. No sabemos lo que pasará más adelante, pero ahora es feliz. Quizá Cala no se vaya nunca y tú te preocupas en vano. Deja que las cosas vayan ocurriendo. Según pasen buscaremos una solución, si es necesario.

—Son demasiadas cosas, padre. También me hace sentir egoísta pensar en cómo reaccionará la niña si un día descubre toda la verdad.

—Es otro riesgo más.

—Simplemente pensar en cómo se sentirá cuando vea que es diferente al resto... ¿no le preocupa, padre?

Sush colocó una mano de nuevo sobre uno de los hombros de su hijo.

—¿De qué sirve preocuparse, hijo? Preocuparse es una palabra absurda: Preocuparse. ¿quién puede ocuparse de algo que aún no ha sucedido?

Kasa miró a su padre y sonrió. Si él fuera capaz de tener aquella claridad mental. No pensar en lo que podía pasar. Disfrutar cada momento. Ahora soy feliz y no tengo por qué preocuparme, cuando tenga alguna razón ya me preocuparé. Esa era la filosofía de Sush, y, Kasa, sabía que era correcta, pero le resultaba imposible aplicarla. Se decía a sí mismo que quizá era por su edad. Él no era un anciano sabio que había aprendido a apreciar y atesorar los momentos de felicidad, pero tampoco era un niño sin ningún tipo de responsabilidad. Estaba en ese punto medio, en el que el pavor a lo que pudiera pasar le invadía a menudo.

—Padre, ¿de veras no te preocupa que los humanos la estén buscando? ¿Aunque solo sea eso?

—Han pasado meses y no ha habido ni el más mínimo movimiento extraño en el bosque, olvídale. El único que se ha movido más de lo habitual es el nuevo guardabosque. Pero quién sabe, tal vez le hayan encargado algo.



7.

Seis meses después de haber visto a Yuma y al bebé humano, Manuel se plantó delante de la puerta de Román sin avisar.

Al llegar al valle de Cosia, se encontró con un pueblo pequeño y agradable, de viejas casas de piedra y con una población cuya edad media oscilaría entre los cincuenta y cinco y los ochenta años. De inmediato Manuel entendió la elección de su antiguo compañero, más aún cuando tuvo que seguir desplazándose otros quince kilómetros por un camino rudimentario, lleno de polvo y piedras, hasta dar con un viejo molino.

Al bajarse del coche, el sol del mediodía le dio de pleno en la cara y Manuel se hizo visera con una mano mientras se acercaba al molino. Se veía que Román había encalado la fachada, pintado la madera de las viejas ventanas y retejado a trozos, pero el molino mantenía su estructura original.

No se sorprendió cuando nadie contestó a su llamada. Paseó alrededor del molino. Descubrió un pequeño cobertizo con leña y una vieja bicicleta de paseo; alguna herramienta descuidada y unas botas de pesca rodaban por el suelo, entremezcladas.

Manuel terminó de investigar los alrededores y, aburrido, decidió ir un poco más allá. No caminó mucho. Apenas se adentró en el bosque dio con el río que bajaba de la montaña y encontró a Román, caña en mano. Este hizo un gesto de sorpresa al verle.

—Tú por aquí, esta sí que es buena — exclamó.

Cambió la caña de mano y le ofreció la que dejó libre a Manuel.

—¿Vacaciones?

—Eso es —dijo Manuel, agitando la mano de Román.

Le encontró bien, le pareció que estaba tranquilo, feliz.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Bien —contestó Manuel. Román sonrió y le puso una mano sobre el hombro.

—Espero que hayas venido a quedarte unos días, necesito charlar con alguien —se rió.

—Bien, aunque ya sabes que no soy un buen conversador.

—Mejor, tengo mucho que contar —replicó Román.

Le empujó ligeramente y fueron caminando hacia el molino. Román le hablaba de alguno de los animales que había avistado en el bosque, plantas extrañas, lugares con vistas maravillosas.

—¿Algún hombre puma? —preguntó, de pronto, Manuel.

—Vaya, no pensé que serías tan directo. No, aún no —contestó.

Llegaron al molino y Román cambió totalmente de conversación enseñándole emocionado los arreglos que había hecho.

—¿Has visto el pozo? —le preguntó. Manuel negó con la cabeza—. Mira, lo excavé aquí atrás.

Era directamente un hoyo en el suelo, tapado por una tapa hecha de maderas. La levantó del suelo y los dos hombres se asomaron y vieron reflejados sus rostros en el agua. A Manuel le pareció que él había envejecido más que Román.

—¿Qué hay del Tocho? —preguntó Manuel apartándose del agujero.

—Ahí va —se limitó a decir Román—. Ven, vamos dentro.

Dentro había, literalmente, menos que fuera. La planta de abajo era toda un andar, sin separaciones, únicamente un cubículo de unos dos metros cuadrados en cuyo interior había una taza de baño y un agujero en el suelo que servía de desagüe para una ducha rudimentaria. Una mesa, cuatro sillas y dos taburetes, una cama deshecha, una cocina de gas portátil, una alacena cargada de cacharros...

—Puedes dormir en la planta de arriba si quieres un poco de intimidad —dijo Román—. Eso sí, en un colchón sobre el suelo; es todo lo que tengo.

—Me vale —contestó Manuel. Y era cierto. No le molestaba en absoluto. No creía que hiciera falta nada más para vivir. Todo lo que necesitaba para vivir hacía tiempo que se lo habían quitado.

Mientras Román preparaba algo de comer, Manuel fue al coche a buscar su bolsa de viaje. Había metido un poco de todo, porque no conocía el clima de la zona. Luego, con las sábanas y mantas que Román le dio, se preparó su colchón en la planta de arriba, una especie de trastero sobre un suelo de madera. Comprobó sorprendido que había luz eléctrica. Luego bajó de nuevo y compartieron unos chorizos hervidos en vino, un poco de queso y unos cafés cargados de coñac.

Cuando terminaron los cafés cargaron los vasos sólo con coñac y salieron fuera. Se sentaron en dos sillas que sacaron del molino, las pusieron a la sombra y Román le ofreció un puro a Manuel como en la noche de su partida.

—No puedes rechazármelo, esto hay que celebrarlo —se rió y esperó a que Manuel encendiera el suyo—. Y ahora dime, tú no estás aquí de vacaciones. ¿A qué has venido?



Yuma estaba a punto de dejar su escondite y dar la vuelta a casa, con el corazón encogido por el temor y el sufrimiento de su padre, cuando escuchó de nuevo la voz de Sush.

—Kasa, creo que ha llegado el momento de contarte algo que nadie sabe, ni siquiera se lo he contado a tu madre.

Yuma volvió a inmovilizarse. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se tensaron. Se sintió como un intruso, un traidor, alguien a punto de vivir un momento que no le correspondía y, aun así, se quedó inmóvil y agudizó el oído dispuesto a no perderse ni una sola palabra de aquel secreto.

—Recuerdas la muerte de tu hermano y su mujer ¿verdad?

¡Los padres de Namid!

—Claro —asintió Kasa, sorprendido por la pregunta de su padre.

—Todavía hoy me siento culpable —reconoció Sush.

—Pero tú no tuviste nada que ver, fue una víbora, picó a Izel y mi hermano al tratar de ayudarla también resultó herido de muerte ¿Qué ibas a hacer tú?

Sush movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Recuerdas cuando me picó a mí?

—Sí, estuviste muy enfermo, pero tu fortaleza te salvó, ¿Qué tiene eso que ver con Izel y Azca? No tienes la culpa de ser más fuerte.

—No, hijo, no fue mi fortaleza la que me salvó.

Levantó la cabeza y Yuma vio sus ojos mientras hablaba:

—Fue un humano.

Yuma notó un miedo atroz recorriéndole el cuerpo. Él no debería estar allí escuchando aquello. Sus deseos de huir sólo eran menores al miedo a ser descubierto si movía uno sólo de sus músculos, así que permaneció inmóvil.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kasa, perplejo. Un estornino cruzó el cielo y llenó el silencio momentáneo con su silbido.

—Que fue el viejo guardabosques el que me salvó —dijo Sush de un tirón. Kasa iba a hablar, pero Sush levantó una mano pidiéndole que no lo hiciera—. Déjame que te lo cuente, hijo, luego pregunta lo que quieras.

Kasa asintió. Sush se había llevado una mano al corazón y Kasa temió por su salud, pero sabía que su padre necesitaba hablar de ello. Si no fuera algo necesario, no le habría llevado hasta allí a solas para contárselo.

—El humano me encontró postrado en el suelo, los dolores eran insoportables y yo no conseguía mover la pierna. Sabía que no llegaría a la guarida, moriría en poco tiempo, como le sucedió a Izel, ¿recuerdas? Ella apenas duró un par de horas mientras Azca agonizó casi durante dos días —se detuvo y respiró profundamente, como si le faltara el aire—. Entonces percibí primero el olor y después sus pisadas en la maleza. Me di por perdido. Le vi acercarse despacio, como si temiera asustarme, no me pareció que él sintiera miedo. " ¿Qué eres?" me preguntó. Pese a mi silencio llegó hasta mi lado y se agachó observando de cerca la picadura de la

serpiente. Miró sin inmutarse la víbora que yo había matado justo después de que me picara. Entonces dejé de sentir temor. Nuestros ojos se cruzaron y en su mirada no vi maldad. "¿Hay más como tú?" preguntó, y entonces si volví a sentir miedo y todos mis sentidos se pusieron en alerta. Aquello podía significar el fin de nuestro clan. Si aquel hombre quería podía arrastrarme con él, mostrarme, aunque yo ya hubiese muerto, al resto de los humanos, y éstos, seguramente, rastrearían el bosque en busca de más seres como nosotros. De pronto, se puso en pie y dijo "No te muevas"— Sush sonrió— como si pudiera hacerlo. Pedí, por favor, que alguno de vosotros pasara y me encontrara antes de que él volviera, pero no fue así. De nuevo sentí su olor acercándose, llegó a mí, esta vez de forma apresurada y, antes de darme tiempo a nada, se agachó y me inyectó algo con eso que ellos llaman jeringuillas. Esperó un segundo y me inyectó algo más. "Con esto el dolor se volverá más soportable" explicó, me miró y sonrió. Tenía razón, el dolor comenzó a ceder como por arte de magia y yo conseguí, con gran esfuerzo, ponerme en pie. Él seguía allí a mi lado y yo temía huir porque no podía alcanzar velocidad suficiente como para despistarlo, y pensé que podría seguirme y descubrir la guarida. Pero él, como si pudiera leer mis pensamientos de repente dijo "bueno, supongo que no querrás que te acompañe a tu casa" Yo, seguí en silencio, impenetrable, así que él comenzó a hablar "Vivo aquí para estar lejos de los hombres, no tienes nada que temer de mí, no tengo ninguna intención de molestarte, ni a ti ni a ninguno de los tuyos, si es que como imagino hay más.

Puedes ir tranquilo, no voy a seguirte" levantó una mano en un gesto de despedida y avanzó unos pasos antes de volverse "Ah, no vas a morir, pero el dolor volverá con fuerza". Y luego desapareció dejándome solo, de pie, inmóvil. Esperé a que su olor desapareciera y luego volví a la guarida. El resto ya lo conoces, como él me dijo los dolores volvieron, fueron atroces, pero sobreviví.

Sush quedó en silencio. Kasa rumiaba la historia aún conmocionado por la sorpresa. Podría haber esperado el encuentro secreto por parte de cualquiera de ellos con un humano, pero no con Sush, que siempre había sido tan disciplinado con las leyes de los Tupi.

—Pusiste en peligro a toda tu familia, padre, infringiste nuestra primera norma. No pudiste hacer nada por evitar que el humano te viese, pero no lo contaste, no pusiste a tu familia sobre aviso, si no que la pusiste en peligro —repitió.

Sush le miró apesadumbrado.

—Tienes razón, hijo, y no lo hice una sola vez.

Yuma no podía más, el cuerpo le dolía de soportar la misma postura. Aquello era una locura, su abuelo infringiendo las leyes sagradas del clan. Que lo hubiera hecho él no le parecía tan extraño, pero su abuelo, el gran jefe, no tenía sentido alguno. Pero aquello le aliviaba, porque en cierto modo le hacía sentir menos culpable y le acercaba a su abuelo. Los dos habían incumplido la primera regla de los tupi.

—Pasé mucho tiempo dándole vueltas en la cabeza a aquel encuentro. Los primeros días extremé las precauciones por si detectaba

cualquier acercamiento por su parte, pero, al final, me di cuenta de que me había dicho la verdad y no tenía intención de molestarnos. Entonces mis sentimientos cambiaron de la alarma a la culpabilidad. Él me había salvado la vida y yo se lo agradecía desconfiando de él.

—Padre... —murmuró Kasa.

—Así que un día, salí solo a pescar y con media docena de truchas me acerqué a aquella cabaña y le vi sentado a la puerta. Me recibió con una sonrisa. No se levantó de la silla, tal vez temiera que huyera. "Ya veo que estás bien, me alegro" dijo. "Mi familia y yo te estamos muy agradecidos" le dije, y le tendí las truchas. Entonces se levantó de la silla, las cogió y me preguntó si quería entrar en la cabaña. Yo negué con la cabeza, sólo quería que él supiera que le agradecía lo que había hecho y eso ya lo sabía. "Espera" dijo al ver que me giraba para irme "Yo también tengo algo para ti" Entró en la cabaña y yo esperé, porque no quise volver a desconfiar de él. Al salir me tendió dos botecitos "Ten, si a ti o alguno de los tuyos os vuelve a pasar algo así beberos esto, no es tan rápido como una inyección pero evitará que el veneno os mate". Aquello me emocionó tanto, de tal manera... Me quité mi amuleto y se lo entregué, para mí era tan tupi como cualquiera de nosotros ¿Entiendes ahora por qué me siento culpable por lo de tu hermano e Izel? Si hubiese sucedido ahora, podría haberlos salvados, si hubiese pedido ayuda, tal vez estarían vivos.

Yuma recordaba cómo Min contaba, a veces, cuánto se había disgustado Sush el día que había perdido su amuleto y lo afectado que había estado durante un tiempo.

Kasa se acercó a su padre y se fundieron en un abrazo. Podía sentir el sufrimiento y pesar de su progenitor y trató de consolarlo.

—Tú no podías saber nada de eso, padre.

Sush miró a su hijo agradecido.

—Aquel humano tenía una mirada clara, hijo, era bueno. No todos son malos, y Cala no tiene por qué serlo. Deja que la vida siga su curso.

Sush llevó la mano al saquito que llevaba colgado al cuello y sacó un botecito de cristal lleno de un líquido marrón. Se lo mostró a Kasa.

—Uno lo he llevado siempre conmigo, por si acaso, no quería morir y llevarme el secreto y la salvación de cualquiera de vosotros conmigo —se lo tendió a Kasa—. Ahora que lo sabes quiero que lo guardes tú.

—No, padre —negó Kasa.

—Sí, yo ya soy viejo, apenas me alejo de la guarida, cualquier cosa que me pasara estaríais enterados. —Obligó a Kasa a cogerlo metiéndoselo en su puño—. El otro está en un lugar seguro que te enseñaré al volver. —Le apretó el puño con el botecito dentro—. Confía en mí, Kasa, confía en mí.

"¿Qué a qué he venido?" Manuel sabía muy bien a lo que había ido. Necesitaba hablar. Por primera vez en mucho tiempo sentía esa necesidad. Tenía que contarle a alguien lo que había visto.

—Vengo por los hombres puma, pero eso tú ya lo sabes — le contestó a Román.

—Tienes razón, imaginé que más tarde o más temprano me harías una visita por eso —le dio una calada a su puro y expulsó el humo—. Tú dirás.

No era fácil explicar todo lo que sentía. Manuel nunca había sido demasiado expresivo y, ahora, se encerraban en su interior tantos pensamientos que no sabía por dónde empezar. Debía ordenarlos, buscar la forma de darle sentido a la tremenda necesidad que sentía de ponerse en contacto con aquellos seres y, sobre todo, volver a ver al bebé humano.

—Mi mujer se llamaba Marta —se escuchó decir a sí mismo—. Estaba embarazada de nuestra primera hija y las asesinaron a las dos en el atraco a una gasolinera —hizo una pausa esperando que Román dijera algo, pero éste no lo hizo—. Sé que no soy la única persona que ha vivido una tragedia como esta, pero eso no me consuela, más bien lo contrario. Que el mundo esté lleno de hijos de puta no es ningún consuelo.

Era una tarde de verano espléndida. El cielo limpio, completamente azul, el sol calentando el aire, las piedras, la hierba... Debían ser las tres o tres y media.

—Cuando me negué a hablar fue porque me negué a creer que algo así había podido pasar. Quizá pensé, estúpidamente, que si

no hablaba, nada sería real, por eso me dolía cada pésame, cada gesto de consuelo, porque era como si me dijeran que sí, que era cierto, que el mundo realmente era así de cabrón, que dejara de lloriquear y me hiciera a la idea —buscó los ojos de Román y los encontró—. Pero yo no quería eso, yo sólo quería que me dejaran en paz, que no me hablaran, que me dejaran seguir creyendo lo que yo quisiera —Manuel se encogió de hombros—. Por eso solicité tu destino en cuanto Tocho me avisó del retiro, se lo agradeceré siempre. En esa cabaña conseguí lo que tanto buscaba. Ya nadie venía a contarme lo que yo no quería saber, salvo por las noches, cuando me asaltaban las pesadillas.

Román volvió a rellenar los vasos de coñac. Manuel, que hacía tiempo que no bebía, empezaba a notar los síntomas del alcohol.

—Y mira por dónde que, una noche de invierno, salgo a respirar ese aire, que de frío casi corta, y veo a un niño en pleno bosque. Y yo que pienso "¿Qué demonios hace un niño pequeño aquí de noche y solo?" Pero resulta que ni él era un niño, ni estaba solo.

Miró a Román y sonrió. Levantó las cejas y esperó hasta que el viejo guardabosques se dio por vencido.

—Vale, el niño era un puma, pero lo de que no estaba solo no lo pillo.

Manuel acabó de vaciar la botella de coñac en los vasos. Ahora un avión atravesaba el cielo dejando una estela blanca tras de sí. Manuel se concentró durante un rato en el avión y Román esperó pacientemente, porque sabía que aquel hombre estaba demasiado dolido como para que nadie le metiera prisa.



—Era un bebé, un bebé humano —dijo de repente, como si hubiera perdido el hilo de la conversación y acabara de recuperarlo.

Por primera vez durante toda la conversación, Román se mostró sorprendido. Se había equivocado. Claro que sabía que Manuel había ido a verle porque había avistado a alguno de los hombres puma, pero no se esperaba aquel nuevo personaje en la historia.

—Espera, ¿qué quieres decir?

Manuel se pasó una mano sobre la boca y la limpió, el calor y el alcohol espesaban su saliva y le parecía que se le pegaba a los labios.

—Ese niño llevaba a un bebé humano en sus brazos, envuelto en una manta.

Román negó un poco con la cabeza, como si no acabara de comprender de lo que Manuel estaba hablando.

—¿Estás seguro de que era humano? Se parecen mucho a nosotros, y dices que era de noche, podría ser un bebé puma ¿no?

Pero Manuel, negó con la cabeza, él con firmeza.

—No, era humano, estoy seguro. He venido a verte porque eres la única persona en el mundo que conozco que no puede tomarme por loco al contarle esto.

—Eso es lo que tú pensaste de mí ¿verdad?

—Sí, para qué negarlo. Bueno, pensé que tanto tiempo en soledad podía haber alterado tu imaginación, tampoco le di importancia, no volví a pensar en ello hasta que vi al niño.

Román asintió con la cabeza. No iba a culparlo de tomarle por loco, era lo más lógico. Así eran los humanos, desconfiados e incrédulos, siempre esperando lo peor del

prójimo, con miedo a pensar diferente. Imaginaba que eso era algo que jugaba a favor de aquella raza perdida en los bosques, porque aunque otros muchos les hubieran visto ¿quién iba a creerlos?

—¿Te habló? —preguntó Román.

—No, qué va, salió disparado con el bebé en cuanto me vio.

Román recogió la botella vacía del suelo y la agitó, no quedaba ni una gota. El calor apretaba y el sol comenzaba a llegar hasta ellos amenazando con achicharrarlos, pero ninguno se movió.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Román— ¿Crees que esas criaturas atacan...?

—¡No! —exclamó Manuel sin dejarlo terminar. Y luego siguió más tranquilo—. Eso es lo que trataba de explicarte. Me dio la sensación contraria, apretó al bebé contra sí como si quisiera protegerle. Desde esa noche no he vuelto a tener pesadillas ¿sabes?

—Ya —asintió Román—, pero dónde está ese bebé ¿Qué ha sido de él? ¿De dónde salió?— Román le daba vueltas a todo en su cabeza.

—No lo sé, pero estoy seguro de que está en el bosque, con ellos, ahora tiene que tener como un año, mes arriba o abajo.

—Si les has visto es muy posible que hayan levantado el campamento. ¿No lo has pensado?

Manuel no había pensado en aquella posibilidad, y, de pronto, sintió que el mundo se le caía a los pies por segunda vez. Ya había perdido un bebé, no quería volver a perder otro.

Los años fueron pasando y cualquier rastro de recelo que hubiese podido haber hacia Cala fue sustituido por puro amor. La niña se adaptó perfectamente al clan causando la delicia de todos y ya nadie ponía en duda que Cala era parte del clan.

Desde el principio, la niña tuvo constancia de que era diferente, que no era como ellos. Era clara su torpeza frente a la extrema agilidad del resto, su falta de oído y olfato felino, el vago sonido de su respiración al dormir en vez del leve y dulzón ronroneo de los otros...

Poco a poco, también fue dándose cuenta de la diferencia de rasgos físicos que existía entre ellos y comenzó a preguntar. Nunca la negaban que era diferente, pero tampoco la confesaban que era humana. De hecho, la prevenían contra ellos, contra el guardabosques, contra cualquier excursionista con el que se pudiera cruzar. Siempre debía esconderse de ellos. La decían dónde podía ir y dónde no. La marcaron los límites del bosque que no podía sobrepasar. De todas formas, nunca se alejaba sola de la guarida. Desde los tres años recorría el bosque colgada a la espalda de Yuma, como si fuera una pequeña mochila que el chico sentía como el peso de una pluma. Pasaban el día juntos, casi eran una prolongación el uno del otro, reían, jugaban, se peleaban, todo juntos.

Pero Cala, así crecía, sentía que también aumentaba su curiosidad. Acribillaba a Yuma a preguntas que éste hubiera preferido que no le hiciera nunca.

—Yuma ¿por qué soy así?

Yuma se encogía de hombros:

—Naciste así.

Cala saltaba y trepaba a un árbol, intentaba saltar desde la misma altura que lo hacía Yuma y acababa bajando del árbol, rendida por la evidencia de que ella nunca podría alcanzar la agilidad que demostraba tener el resto del clan.

—Soy torpe —se quejaba

—Nooo —sonreía Yuma

—Soy débil.

—Nooo —repetía Yuma.

—Y además soy fea —gimoteaba Cala.

—Eso sí —se carcajeaba Yuma, y corría cuando Cala quería golpearle y siempre terminaba por dejarse atrapar y acariciar por los golpes que Cala le daba con los puñitos cerrados y encendida de rabia.

A veces, se ponía muy seria y pensativa. A Yuma le angustiaba verla así, sabía que pensaba en el porqué de su poca fuerza, de su escaso equilibrio y de su incapacidad para atrapar un simple pez en el arroyo. Le horrorizaba pensar que un día Cala descubriera su verdadero origen y decidiera abandonarlos.

Una noche, Cala despertó gritando aterrorizada. Léndula corrió a acariciarla y a tratar de consolarla pero Cala pidió que Yuma fuera a su lado. Este se acercó al lecho de Cala y se sentó a su lado. Abrazó a la niña que lloraba desconsolada.

—He tenido un sueño horrible, Yuma —le dijo temblando—. Soñé que el clan me rechazaba, ya no me quería, porque yo era una humana.

Lloró abrazada a Yuma durante más de una hora hasta que, finalmente, se rindió y volvió a quedarse dormida.

Según pasaba el tiempo, Cala se obsesionaba más y más con los humanos, tal vez influida por las historias de Léndula, que llegaba a inventarse barbaridades con tal de mantener a la niña alejada de cualquiera de ellos.

Sin embargo, su curiosidad nunca se veía saciada y la niña no perdía oportunidad de preguntar a todos los miembros del clan, porque de todos obtenía respuestas diferentes.

Una tarde, mientras vagaban por el bosque como hacían a menudo, Yuma con Cala cargada a su espalda, ésta le susurró al oído.

—Yuma, háblame de los hombres.

Yuma se detuvo, la descargó bruscamente y resopló.

—Eres muy pesada con eso —se quejó— ¿Qué quieres que te cuente?

Cala se había sentado en el suelo y arrancaba hierbas con los dedos, los enrollaba entre ellos y los hacía rodar.

—¿Cómo son?

Yuma se revolvía nervioso.

—Pues no sé, no sé más que lo que cuenta mamá.

Pero Cala no se daba por vencida.

—Pero tú has visto alguno ¿no?

—Bueno, alguna vez, al guardabosques —mintió—. Pero no me he parado a observarlo, cuando hay alguno cerca lo mejor es huir lo más rápido que puedas.

Cala se levantó y avanzó hacia él. Le acarició el rostro melosa y Yuma se sintió súbitamente incómodo.

—Namid dice que los humanos son como nosotros, pero con otro rostro.

—¡Y qué sabe Namid! Se cree muy listo porque es mayor que nosotros, pero en

realidad lo que pasa es que le gusta mucho presumir. —Apartó a Cala de un empujón y ella le miró sorprendida.

—¿Por qué te enfadas? —gritó Cala.

Le persiguió hasta el arroyo, donde Yuma se había puesto a tirar piedras. Cala llevaba los puños apretados y no entendía por qué él había respondido de forma tan violenta. Yuma siempre era cariñoso con ella, incluso sus discusiones siempre acababan en alguna broma por su parte que conseguía arrancarle la risa. Se colocó a su lado y le observó mientras hacía saltar las piedras en el agua. Su rostro estaba serio y Cala se sintió mal al verle así.

—Solo siento curiosidad, Yuma, lo siento —le abrazó suplicante—, perdóname, Yuma, no quería enfadarte, es sólo que me gustaría tanto poder ver uno, ver su rostro...

Yuma se zafó de ella. Era como si Cala intuyera que era uno de ellos. De dónde si no venía aquel antojo de ver el rostro de un humano. Recordó sus palabras: "Namid dice que son como nosotros pero con otro rostro" ¿Acaso su primo se había ido de la lengua? Desde luego, como mínimo, había conseguido que Cala sospechara. Ahora Cala se había unido a él lanzando piedras, pero no conseguía hacerlas saltar. De nuevo, se sentía frustrada por el rechazo de Yuma. Se había disculpado ¿no? Y encima no tenía muy claro por qué lo había hecho, porque que ella supiera sólo había hecho una pregunta. La rabia comenzó a recorrerla el cuerpo y sintió deseos de dañar a Yuma.

—Dentro de tres días cumplo once años —dijo de pronto Cala.

—Lo sé —contestó Yuma secamente.

—¿No vas a preguntarme lo que quiero?

Yuma no la miraba, no le gustaba el tono de voz de Cala e intuía por dónde iba a ir la conversación. Cada vez tiraba las piedras con más furia.

—¡Yuma! —gritó Cala— ¿es que no me oyes?

—¿Qué quieres? —le gritó a su vez Yuma, fuera de sí. Se volvió a mirarla y los dos se sostuvieron la mirada. Yuma estaba a punto de cumplir los quince y era un tupi alto y fuerte, sin embargo frente aquella chiquilla se sentía derrotado de antemano. "La mimas demasiado", se quejaba Léndula. "Es como el ratón que vence al elefante" reía Min.

—Quiero que me enseñes a un humano —le retó ella—. Al guardabosques.

Yuma miró al suelo un segundo. Luego la cogió de los hombros, acercó mucho su rostro al de ella y suave, pero firme le dijo:

—Cala, si vuelves a pedirme algo así no dejaré que vuelvas conmigo al bosque. Y, sin mí, mamá no te dejará alejarte de ella. ¿Está claro?





Después de la discusión en el bosque, Cala volvió a la guarida resoplando como un toro a punto de embestir. Léndula la vio pasar y corrió tras ella, pero Cala se tiró en su cama, gritó que la dejara en paz y después rompió a llorar y se pasó encerrada las siguientes dos horas.

Cuando Yuma regresó con unas truchas para cenar, Léndula trató de sacarle lo que había pasado, pero su hijo, tan tozudo como Cala, le aseguró que no pasaba nada y que tenía razón cuando le decía que la mimaba demasiado.

Dejó las truchas sobre la mesa de la cocina, donde Léndula ya había encendido fuego, y se dirigió directo al cuarto que compartía con Namid. Le encontró tallando una rama y se la arrebató de las manos con un rápido golpe. Namid le miró sorprendido un momento y reaccionó justo a tiempo de detener un nuevo golpe de Yuma, esta vez dirigido a su cara. Le sujetó por la muñeca, le volvió el brazo hacia atrás y le dejó aplastado con su enorme cuerpo contra una de las paredes del cuarto.

—¿Y a ti qué diablos te pasa? —acertó a preguntar. Yuma se revolvía rojo de furia contra la pared intentando soltarse—. Te suelto si te estás quieto de una vez —dijo Namid.

Yuma se detuvo humillado. Namid le soltó y él se dio la vuelta enfurecido.

—¿Cómo has podido decirla que somos como los humanos pero con otro rostro?

— ¿Qué? —Namid se quedó un momento fuera de juego. Parecía no saber de lo que

Yuma le hablaba— ¿A Cala? Bueno, qué quieres, no paraba de preguntarme.

— ¿Y no se te ocurrió nada mejor? Decirla que se mirara a un espejo, por ejemplo.

Léndula irrumpió en el cuarto como un torbellino, los labios apretados y los ojos entrecerrados por la furia.

—Callaos de una vez —ordenó— ¿Qué os pasa? Si Cala no estuviera dormida ahora mismo, ya se habría enterado de todo —miró a Yuma secamente—. Y no por culpa de Namid.

Entonces se escuchó una voz más. Kasa había entrado silencioso en el cuarto.

—Yo ya me temía que algo así acabaría ocurriendo.

—Calla —ordenó Léndula—, no ha pasado nada y no va a pasar —se volvió de nuevo hacia los dos primos y les amenazó con una cuchara de madera tallada que estaba usando para hacer la cena—. Como os pille discutiendo de nuevo por ese tema os echo a los dos de la guarida.

Luego salió de la habitación apartando a Kasa a un lado. Él les miró un momento en silencio y luego salió tras su mujer.

Yuma se acostó en su cama sin mirar a Namid. Sin embargo, éste se acercó a él y acabó sentándose en su cama.

—No pensé que ella pudiera sospechar nada —dijo—. Ella pregunta a todas horas. Llegó a preguntarme cómo habíamos aprendido a leer y escribir.

Yuma abrió los ojos como platos.

—¿Te preguntó eso?

—Sí, cada vez es más difícil mantener el engaño.

Antes de la llegada de Cala, los tupi recogían los libros y revistas de humanos que

encontraban en el bosque y alrededores y muchos se habían ido transmitiendo de un clan a otro.

Sush contaba con una biblioteca sustanciosa, pero cuando Cala se acercaba a los tres años se deshicieron de todos los libros humanos y se quedaron tan solo con los propios que iban escribiendo para recopilar datos y costumbres.

En aquellos libros humanos, y sobre todo en las revistas aparecían dibujos y fotos de personas. Era importante deshacerse de ellas.

Por suerte, en aquel bosque apenas había excursionistas, con lo que era bastante complicado encontrarse con alguna perdida.

—Le dije que habíamos aprendido ayudados con libros. "¿De humanos?" me preguntó. Se me escapó decir que sí, pero en seguida le dije que bueno, que los de los humanos solos los tenían los miembros del consejo, que ellos transmitían al resto la práctica de la escritura.

—¿Y te creyó?

Namid se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que sí. O tiene que conformarse con lo que le cuentan —dijo— No debería haberle dicho que somos como los humanos pero con un rostro diferente. Sospecha ¿verdad? Es eso lo que ha pasado ¿no?

—Algo así —dijo Yuma, ya más calmado— De todas formas, si lo piensas bien, no le dijiste nada que ella no sepa ya. Soy yo quien no debería haberse puesto así.

Namid pareció relajarse un poco.

—Yo quiero a Cala, ¿sabes? Pero, a veces, me parece que es muy injusto lo que la estamos haciendo.

Yuma se incorporó en la cama y miró a su primo como si le viera por primera vez. Pensó que llevaban toda la vida juntos y que, sin embargo, nunca se habían contado nada, nada importante, nada íntimo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yuma.

—La privamos de la verdad, de esa forma su vida es una mentira.

—¿Qué estás diciendo? —Yuma comenzaba a enfadarse otra vez— Cala vive de verdad, es una de nosotros y es feliz.

Namid suspiró. Dio la espalda a Yuma, caminó hacia su cama y se mantuvo en silencio, como dando a entender que no había nada que hacer. Yuma sentía que su cara ardía.

—Ahora no puedes callarte— le espetó—. Termina lo que empiezas, primo.

—¿Para qué? Dices que es una de nosotros pero sabes que es mentira, dices que es feliz y tampoco eso puedes asegurarlo, pero nadie te hará cambiar de opinión porque el miedo a perderla te mantiene tan ciego como a Léndula.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Decirla que es humana? ¿Darle a elegir entre quedarse o volver con los que la abandonaron? —preguntó Yuma.

—Eso sería lo justo —contestó Namid—. Aunque te duela oírlo. Ella no sabe quién es. Nadie puede ser feliz si no sabe quién es en realidad.

—Ella lo será —aseguró Yuma—, sólo nos necesita a nosotros. Aquí está bien.

Namid se dio la vuelta en la cama volviéndole a Yuma la espalda.

—Bien, tal vez a ti eso te sirva, tal vez tú te lo creas, aunque lo dudo —su tono irónico se volvió súbitamente triste—. Por mi parte

puedes estar tranquilo, no cometeré más imprudencias. Por favor, dile a Léndula que me perdone, pero hoy no os acompañaré en la cena.



Namid apenas tenía recuerdos de sus padres, pero si pensaba en ellos, la primera imagen que acudía a su mente siempre, de forma inevitable, era la de su padre llegando a la guarida moribundo y pidiendo que acudieran a buscar su madre, sin saber que ella ya estaba agonizando y tardaría apenas unas horas en morir.

Namid apenas tenía cuatro años, Yuma tenía meses y el clan aún no se había recuperado del dolor de la muerte de la melliza.

Léndula, que actuaba como una autómatas, pareció recuperar la consciencia durante los dos días en que el padre de Namid estuvo agonizando, dispuesta las veinticuatro horas del día a salvarle, hasta que murió, y ella volvió a sumirse en aquel estado de sueño constante.

Namid lloraba a menudo y preguntaba por sus padres, pero con el paso del tiempo dejó de hacerlo, aceptó que nunca volverían y aunque sus abuelos y sus tíos le demostraban todo su amor, desde muy pequeño supo que estaba solo, o así es como se sentía.

Con Yuma siempre tuvo una relación cordial, pero no iba más allá de aquello y eso se hizo aún más perceptible tras la aparición de Cala. La conexión que existía entre ellos, aún siendo de distintas especies, distaba un millón de años luz a la que él y Yuma podrían tener nunca.

Pero Namid no sentía celos, quería a Yuma y también a Cala, lo único que deseaba era encontrar algún día alguien con quien mantener una relación como la que les unía

a ellos dos. Por eso, estaba pensando en marchar a buscar pareja. Tenía veinte años, sabía que Léndula iba a considerarle muy joven y se resistiría a dejarle marchar, pero él estaba decidido a hacerlo.

Después de que el clan hubiera terminado de cenar, se acercó a su abuelo y le pidió hablar con él a solas. Los dos marcharon juntos al cuarto de Namid y cada uno se sentó en una de las camas que ocupaban la habitación.

—Dime Namid, qué te preocupa.

—En realidad, me preocupa Léndula.

—¿Léndula? —Sush arqueó las cejas sorprendido.

—Abuelo, quiero salir a buscar pareja —dijo Namid.

Sush guardó silencio pensativo. Seguramente buscaba la relación entre la preocupación por Léndula y el deseo de su nieto. Sabía que era un muchacho de pocas palabras, un buen muchacho, demasiado serio y con un control sorprendente sobre sus emociones. Esto le convertía en una persona que podía sufrir demasiado si no encontraba lo que necesitaba, ya que jamás buscaría alivio en los demás de ser así.

—Ya entiendo —contestó Sush—. Léndula es muy posesiva ¿verdad?

—Temo que me encuentre demasiado joven aún y se oponga a mi deseo.

Sush se levantó de la cama de Yuma y se sentó junto a su nieto. Le puso una mano sobre el hombro. Él entendía su deseo de encontrar pareja. Sabía lo que su nieto sentía. La soledad interior en la que vivía. Todos querían a Namid, pero eso no era suficiente para el muchacho. Necesitaba encontrar su propio camino.



—Mira Namid, para Léndula tú y Yuma siempre seréis demasiado jóvenes, la decisión es sólo tuya.

—Lo sé, abuelo, pero sé que con tu aprobación todo será más fácil.

—Bien, pues la mía la tienes, pero tampoco te haría falta. Lo que sí te brindaré será todo mi apoyo. Te deseo lo mejor Namid, sé que encontrarás lo que andas buscando. Tómate tu tiempo, no te preocupes ni por Léndula ni por nadie que no seas tú mismo, ya va siendo hora de que sea así.

Namid sonrió agradecido. Contar con la aprobación de Sush era muy importante para él, le daba el coraje que le hacía falta en esos momentos.

—Mañana se lo diré al resto del clan— dijo Namid.

El abuelo se puso en pie con cierta dificultad. Cogió la vela que había dejado apagada sobre la cama de Yuma en la que se había sentado al entrar y la prendió con la llama de la de la habitación. Luego sopló ésta y se volvió hacia Namid con la cara iluminada por la cercanía de la vela.

—No, hijo, si la decisión ya está tomada, cuanto antes te liberes del peso mejor. Ven conmigo.

Salieron del cuarto y llegaron juntos a la cocina. Sush vio que Cala se había retirado a su cuarto y le pidió a Yuma que la fuese a avisar, quería a toda la familia en la cocina. Yuma cogió una vela y fue hasta el cuarto de la niña.

Cuando todos estaban en la cocina Sush se decidió a hablar.

—Namid tiene algo importante que deciros — anunció.

Todos detuvieron lo que estaban haciendo y miraron a Namid. Este, se sentía tan pequeño como un ratón, pero hinchó el pecho y con voz firme anunció:

—Estoy preparado, dentro de dos días saldré a buscar pareja.

Lo único que el muchacho recordaría de aquella noche, más adelante, fue que Léndula dejó caer al suelo una cacerola llena de guisantes que se esparramaron por todo el suelo en todas las direcciones.

Al abuelo, a Kasa y a Min les llevó un buen rato tranquilizar a Léndula y hacerla entender que Namid no estaba pidiendo permiso, la decisión era suya y ya estaba tomada. Léndula se resistía.

—Puede perfectamente esperar un par de años más —repetía sin cesar—. Sólo dos años, que madure un poco y pueda escoger mejor.

Namid parecía ajeno a la controversia que había formado con su elección. Estuvo un rato apoyado en la mesa, escuchando cómo cada frase de Léndula era rebatida por alguno de los otros y, cuando se cansó de escuchar las innumerables negativas de ésta, se marchó en silencio a su habitación.

Cala, que tampoco acababa de encontrar sentido a la discusión ni creía que ella tuviera nada que aportar a la misma, decidió que lo mejor que podía hacer era retirarse también de nuevo a su habitación. Al pasar frente a Yuma torció la boca y le franqueó sin dirigirle una sola mirada. A Yuma le hervía la sangre. "No es más que una niña mimada" pensó, pero enseguida acudieron a su cabeza las palabras de Namid, "Nadie puede ser feliz si no sabe quién es".

Salió tras de Cala y trató de hacerla cosquillas cogiéndola de la cintura, tal como arreglaban las discusiones en muchas ocasiones, pero esta vez, ella se apartó con brusquedad y grito:

— ¡Déjame en paz!

De repente, todos en la cocina quedaron en silencio y les miraron. Yuma notó el calor en

sus mejillas, Cala salió a toda prisa de la cocina y Léndula se irritó todavía más.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? —le espetó a Yuma.

Yuma escapó de la cocina, donde en seguida se reanudó la discusión sobre la marcha de Namid, y entró como un tiro en su habitación. Namid estaba tendido en su cama, pero Yuma pensó que era imposible que durmiera después del escándalo que había generado y se acercó a la cama en son de paz.

—Namid ¿de verdad vas a irte?

—No, lo he dicho sólo para ser el centro de atención —ironizó éste.

—Lo siento, antes no quise ponerme así.

Namid se incorporó en su lecho y miró a Yuma en la penumbra de la habitación iluminada por la vela que acababa de traer su primo.

—¿No pensarás que me voy por eso — Namid se rio bajito— ¿De verdad te crees tan importante?

Yuma enrojeció. Realmente se le había pasado por la cabeza que su actitud con Namid podía haber sido el detonante de su marcha.

—Me voy porque quiero saber quién soy realmente —soltó Namid—. Nadie tiene nada que ver en mi decisión más que yo mismo.

—Pero tú eres Namid —contestó Yuma—, no entiendo a qué viene ahora tanto rollo con lo de descubrirse uno a sí mismo.

Namid le miró y pensó en cuánta envidia le provocaba su primo, con la seguridad absoluta de saber quién era y a quién pertenecía. A quién pertenecía...

—Necesito mi propia familia —dijo, volviéndose a recostar.

— ¿Y qué somos nosotros? —se ofendió Yuma.

Namid pensó en lo egoísta que ahora mismo podía resultarle a Yuma la respuesta que le había dado y rápidamente se disculpó.

—No quería ofenderte, primo, ni parecer un desagradecido. Se lo debo todo a tus padres... pero son tus padres.

—Y los tuyos —susurró Yuma, conmovido. Comenzaba a entender lo que su primo quería decir.

—No, los míos murieron, Yuma. Decir lo contrario es como negarles.

Se quedaron en silencio, les llegaba el murmullo en la cocina, la discusión sobre la marcha de Namid continuaba.

—Mi madre sufrirá mucho —dijo Yuma rompiendo el silencio.

—Venga, Yuma, no me voy para siempre, de hecho sabes que en cuanto tenga pareja volveremos con el clan. Léndula sufre ante cualquier cambio, ella solo quiere tener todo controlado y cuando algo se le escapa se pone nerviosa, pero en cuanto vuelva y las cosas sigan su curso, estará bien.

Tenía razón, era una de las tradiciones de los Tupi, las mujeres se trasladaban a los clanes de sus maridos.

—Es cierto, seguro que Léndula se tranquilizará cuando vuelvas.

—¿Acaso tú no vas a buscar pareja cuando te llegue el momento?

Yuma era aún demasiado joven para pensar en parejas. Sonrió de medio lado y esquivó la pregunta de su primo:

—Al final va a ser que Léndula está celosa —se rió.

Namid le acompañó en su risa. Aquello le relajaba, conseguía suavizar la situación. Le

sorprendía escuchar a Yuma llamando a su madre por su propio nombre en vez de usar el "mamá". Pensó que él jamás lo hubiera hecho con la suya, ni siquiera para bromear. Sabía que, en parte, Yuma tenía razón, Léndula era demasiado posesiva con todos, no digamos con Cala.

—Oye, Namid, ¿no se te hace extraño salir del clan e ir por ahí buscando una pareja?

—A veces, más que extraño, me parece injusto.

—¿Injusto?

—Injusto para las mujeres tupi. En eso nos parecemos más de lo que me gustaría a los humanos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que todo gira en torno a lo que decidamos los tupi macho ¿no lo ves?

Yuma aún era demasiado joven.

—Pero, al final ellas mandan ¿no? Es un poco como lo que ocurre entre el abuelo y la abuela.

—Ya —dijo Namid, seguro de que no podría explicarle a Yuma lo que sentía al respecto—. Pero tú tienes razón, es extraño ir a “escoger” una pareja.

Yuma se encogió de hombros. Su primo nunca parecía conforme con nada.

—Pero ella también debe aceptarte, ella también debe “escogerte” a ti.

Namid no sabía cómo hacerle entender a Yuma la lógica de su pensamiento. Algún día también vendrían otros tupi a visitar el clan y conocer a Cala, tal vez entonces se diera cuenta de lo que quería decir.

Sin embargo, al recordar a la niña, otra idea cruzó su mente.

—Yuma, ¿has pensado alguna vez lo difícil que será para Cala encontrar pareja?

A Yuma se le cortó la risa en seco. No, nunca lo había pensado.

—Quizá nunca pueda formar su propia familia y se quede sola en el clan —siguió Namid.

—¡No!— gritó Yuma horrorizado— Yo me quedaría con ella.

Namid miró a Yuma intrigado. Aquella obsesión con Cala le resultaba tierna y cruel a la vez. Si hubiera tenido que decir en qué se parecían más, Léndula y su hijo, podría haber jurado que en lo que más se parecían era en aquel amor posesivo hacia Cala.





Al acostarse, después de aquella charla que había mantenido con Namid, Yuma no podía dejar de dar vueltas en su cabeza a la idea de que Cala, un día, también quisiera tener su pareja. Tenía entonces dos sentimientos encontrados, por un lado tristeza ante la idea de que los tupi la rechazarían sin duda y ella se sentiría muy mal, y, de otro lado, sentía una angustia tremenda si pensaba que algún Tupi, por qué no iba a poder ser, la escogiera como pareja y entonces Cala abandonara el clan. La sola idea de estar lejos de Cala hacía que su corazón comenzara a latir acelerado.

Sin dudar, y aún sabiendo que su primo ya dormía, se acercó a su lecho y lo zarandéo suavemente hasta despertarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Namid, asustado.

Yuma le hizo un gesto con el dedo en la boca para que no gritara. Estaban en completa oscuridad pero sus ojos felinos podían ver de forma bastante clara aun a falta de luz.

—¿Crees que me he portado mal con Cala?

Namid se llevó las manos a los ojos, los frotó y miró a su primo enfadado.

—¿En serio me despiertas por eso? Es una niña, se le pasará el enfado.

—No soporto que se enfade conmigo —gruñó Yuma.

—La estáis malcriando, tú, Léndula, todos — Namid se recostó en la cama y se volvió dando la espalda a Yuma—. De todas formas, si quieres contentarla, no hace falta que le enseñes un humano, sólo dale un poco de información que no te comprometa y seguro que se queda tan contenta.

Un poco de información sin compromiso. Yuma se sentó junto al lecho de Namid y empezó a maquinar algún plan que pudiera volver a poner a Cala de su parte, pero aquello de un poco de información sin comprometerse, sin decir nada en realidad, sin dejarla adivinar que los humanos eran iguales que ella, ¿qué tipo de información era aquella? Yuma volvió a zarandear a Namid, que ya había vuelto a adormilarse.

—¿Qué clase de información? —susurró Yuma a su primo.

—¡Yo qué sé! —protestó Namid, molesto—  
¿Por qué no la regalas algo? Algo que tú valores, para que vea que te importa. Eso suele funcionar, y ahora déjame dormir en paz.

Yuma volvió a su lecho y se tumbó boca arriba, mirando el techo del cuarto, a oscuras. Cómo se notaba que Namid no conocía a Cala como él. Ella no iba a contentarse con un regalo, lo que quería era saber más de los humanos y hasta que él no le diera eso ella no iba a quedarse tranquila. Ningún regalo podía sustituir aquello que ella quería a no ser que... el regalo fuera un juguete humano. Yuma se incorporó emocionado con su idea. Claro, si la llevaba de regalo un juguete humano Cala se entusiasmaría tanto que seguramente le perdonaría. Sólo tenía que acercarse a la cueva oscura y recuperar aquel cochecito rojo que había encontrado el mismo día en que la encontró a ella. Sabía que infringiría una de las normas, pero también sabía que no ocurriría nada, iría en aquel mismo momento, nadie tenía por qué enterarse, todos dormían y el guardabosques no sería una excepción.

Se levantó con sigilo del lecho. Namid se revolvió en el suyo y Yuma quedó inmóvil un momento a la espera. La respiración de Namid volvió a ser pesada y Yuma salió del cuarto resguardado por la oscuridad. Todo estaba en silencio, se deslizó despacio por el estrecho pasillo que conducía a la salida y alcanzó el exterior al tiempo que una estrella fugaz surcaba el cielo. "Señal de buena suerte" pensó Yuma. Y ese pensamiento le ayudó a seguir adelante con su plan.

La oscuridad del bosque no era un problema para los ojos felinos de un tupi, y Yuma se desplazaba cómodamente por un bosque poblado ahora por los despiertos animales nocturnos. Le gustaba la noche, no en vano, su raza descendía de animales nocturnos. Llegó a la cueva osera y se detuvo asaltado por los recuerdos. El lugar no había cambiado en nada, allí seguía el viejo árbol con la raíz destapada, el terraplén hundido, el claro en el fondo donde once años atrás él había dejado acostada a Cala para esconder sus tesoros en el agujero...

Ahora volvía a por uno de ellos. Se acercó despacio y metió la mano en el interior. Sacó un saquito lleno de canicas, una pequeña navaja, un peine, un pañuelo floreado, un embudo, una estrella metálica, una caja de latón con unos niños dibujados y otros cachivaches más, pero el cochecito rojo no aparecía.

Yuma movió el brazo en círculos hasta convencerse de que había tocado todas las paredes del hueco y que realmente no quedaba nada más allí. Volvió a meter todos los cachivaches y se sentó en el suelo, confundido. ¿Había llegado a meter el cochecito en el hueco? Estaba seguro de que

había sido así. Había llegado a meterlo en el agujero antes de sentir la presencia del humano. Yuma se rio. De repente, solo en aquel bosque, rompió a reír. Sabía que el humano se había llevado el cochecito. No sabía por qué, no se lo podía explicar, pero estaba seguro de que era así. El guardabosques se lo había llevado. Seguramente había inspeccionado el lugar y había descubierto el hueco lleno de objetos. Pero ¿para qué llevarse el cochecito? ¿Qué sentido podía tener para él, harto de ver ese tipo de objetos a diario?

Yuma sintió cómo sus planes se venían abajo. Maldijo al humano en voz baja y pensó en cuál de los objetos restantes le podría gustar más a Cala. Nada le convencía, tenía el recuerdo de aquel coche, metálico, rojo brillante. Podía incluso ver la sonrisa de Cala cuando él se lo entregara.

Se levantó del suelo y caminó hacia la cabaña del guardabosques. ¿Sería posible que lo hubiera guardado durante once años? Sabía que lo que pretendía hacer era una locura y que si Kasa se enteraba le arrancaría la piel a tiras, pero su deseo de complacer a Cala era aún más fuerte que el miedo que su padre enfurecido le podía inspirar.

Se acercó a la casa, protegido por la oscuridad, y espió a través de una de las ventanas. No había luz en la casa y Yuma supuso que el guardabosques dormiría. Se acercó a la puerta pensando cómo conseguiría colarse en la casa y se sorprendió al ver que la misma no estaba cerrada. Apoyando su mano en aquella manilla, se abrió como si estuviera invitándole a pasar. Yuma desconfió. Aquello

era demasiado fácil, pero una breve succión de aire con su boca le alertó de la presencia del humano y sus oídos le permitieron percibir su respiración profunda y pausada. El guardabosques dormía.

Yuma se adentró en la cabaña, con mucho sigilo, sin quitar sus sentidos del oído y el olfato del cuerpo del humano, pero paseando su vista nocturna por toda la estancia. Era un lugar cálido y el olor del humano se mezclaba con otro montón de olores de los cuales Yuma no conseguía reconocer la mayoría.

Estaba llena de objetos que atraían los ojos de Yuma, pero él sabía que no podía entretenerse y, salvo una bola de cristal que atrajo sobremanera su atención y fue incapaz de no tocar, el resto tuvo que conformarse con mirarlo.

La bola la sujetó con delicadeza entre sus manos observando cómo dentro de ella se movía entre el agua una especie de bolas blancas que imitaban la nieve. Sonrió fascinado y elevó la bola. Podía ver a través de ella. La agitó y quedó prendado de la nieve cayendo sobre las casas en miniatura que reposaban en el fondo de la bola. Estaba extasiado con el objeto cuando, a través de ella, pudo ver un dibujo pegado en una de las paredes de la cabaña.

Yuma dejó la bola en su sitio y se acercó al retrato, perfecto, de él mismo cuando aún era un niño de apenas cinco años. Junto al retrato había otra hoja en la que se veía al mismo niño, aquí de cuerpo entero, sujetando un bulto envuelto en una mantita. Yuma miró los dibujos asombrado y estuvo a punto de arrancarlos de la pared, pero cuando iba a hacerlo llamó su atención el

objeto de color rojo brillante que hacía las veces de pisapapeles.

Cogió el cochecito y sonrió mientras el corazón le latía emocionado. Los papeles que sujetaba eran dibujos y más dibujos de un niño tupi y un bebé humano. Yuma fue pasando las hojas, una a una, y se detuvo de golpe en una de ellas. Quizá había pasado sólo un minuto, pero a Yuma le pareció que había sido una eternidad cuando, finalmente, se decidió y salió de la casa con el cochecito rojo y aquella hoja doblada en su bolsillo.

En el papel aparecían un niño tupi, una niña humana, de unos dos años, y un hombre, muy parecido al guardabosques, que les llevaba tomados a cada uno de ellos de una de sus manos.

Once años después de su encuentro con Yuma, Manuel sintió que su vida volvía a tener sentido. Se había pasado once años preguntándose si no estaría buscando a un fantasma, a un ser creado por su imaginación después de que un compañero de trabajo le hubiera contado una historia increíble, o, en el mejor de los casos, se había pasado aquellos once años buscando a un ser que se había ido lo más lejos posible el mismo día que él le había descubierto.

Ahora, frente a los dibujos pegados en una de las paredes de la cabaña, y observando el vacío que había dejado el cochecito, sabía que aquel ser existía y no sólo no se había ido, sino que, incluso, había estado mucho más cerca de lo que él habría podido imaginarse nunca.

Sintió un escalofrío al pensar que había estado allí esa misma noche, en su casa, quién sabe, quizá hasta le hubiera tocado. Manuel se llevó una mano a la cara y se acarició una mejilla, áspera de la barba de un par de días. Sonrió al vacío y siguió soñando despierto. Ahora, aquel ser ya no podía ser un niño. Habría crecido, se habría vuelto más fuerte y, al fin, había vuelto a buscar lo que era suyo. ¿Habría venido solo? ¿O le habría acompañado el bebé humano? Ahora ya tendría unos once años. ¿Sería un niño o una niña? Manuel pensó que, tal vez, aquel ser estuviera enfadado con él por haberse llevado el cochecito. O, tal vez, sólo intentara llamar su atención, hacerle saber que seguía vivo y en el bosque. Si tuviera alguna forma de comunicarse con él. ¿Cómo hacerle saber que sólo quería conocerle y

saber del bebé humano? Lo que ya no podía poner en duda era que el ser no tenía ninguna intención de hacerle daño, si fuera así ya se lo hubiera hecho.

Se preparó un café bien cargado y se sentó a la mesa mientras daba vueltas en su cabeza a la idea de cómo podría hacer para comunicarse con aquel ser. Dejar comida no servía de nada, pues los animales lo devoraban todo. Ya había probado a dejar algunas herramientas, que él pensaba podían serle útiles, en el bosque, pero no había obtenido ningún resultado. Román le había dicho que no tenía nada que hacer, que sólo les vería si ellos querían que les viese y aquel no parecía ser su caso.

—Tienes de dejarles vivir tranquilos, si no se irán, eso si es que no se han ido ya.

—¿Y el bebé humano?

Román se encogió de hombros.

—Tal vez no lo viste bien. Dices que lo llevaba envuelto. O quizá de bebés no tienen tan marcados sus rasgos felinos.

—No —negaba Manuel—, estoy seguro de que era humano.

—Entonces le cuidarán, no le harán daño, de eso no me cabe la menor duda.

Manuel había vuelto muy deprimido después de la charla con Román. Durante meses había hecho largas batidas por el bosque en busca del menor indicio sin obtener resultado alguno. Finalmente se rindió, pero nunca dejó de pensar en ellos.

Comenzó a dibujar. Por las noches, cuando era incapaz de dormir o despertaba sudando de aquellas pesadillas que volvían a asediarse, se sentaba a la mesa y comenzaba a dibujar a aquel ser, sus ojos felinos, su



expresión asombrada, sus brazos rodeando al bebé humano.

Con el tiempo se atrevió a imaginarlo con más años, como debería ser en la realidad y el bebé humano se convirtió en una hermosa niña, porque así era como él la veía en su cabeza.

Cuando oía ruidos fuera de la cabaña, o el canto de un pájaro le recordaba la risa de un niño, imaginaba que eran ellos, que estaban fuera esperando a que él saliera y, más de una vez, atravesaba la puerta con el paño de secar los cacharros en la mano y la sonrisa se le quedaba helada en la cara cuando descubría que fuera no había nadie.

Comenzó a dejar abierta la puerta de la cabaña por si venían y él no estaba, y llegó un momento en que no la volvió a cerrar más.

Once años era mucho tiempo, pero para él el tiempo se había detenido en los ojos de aquel ser. Cogió el taco de folios lleno de dibujos y los fue pasando uno a uno, deteniéndose de vez en cuando, volviendo a acariciarse la mejilla o recorriendo con la vista su pequeña cabaña mientras veía al chico caminando en la oscuridad mientras curioseaba entre sus cosas. Al terminar de pasar todos los dibujos volvió a empezar de nuevo y sus ojos se fijaron en la numeración escrita cuidadosamente en el borde inferior derecho, uno, dos , tres, cuatro... treinta y uno, treinta y tres. Así que no sólo se había llevado el cochecito... Repasó una y otra vez los dibujos para asegurarse de cuál era el que faltaba y, cuando estuvo seguro, sonrió y se acarició la mejilla una vez más.



El resto de la noche, desde que dio la vuelta de la cabaña del guardabosques, se la pasó dando vueltas en la cama mientras imaginaba la cara que pondría Cala cuando viera el cochecito. En cambio, Namid respiraba pesadamente sumido en un sueño profundo que a Yuma le hacía sentir cierta envidia.

Apenas comenzó a amanecer, Yuma volvió a escabullirse de su cama y se coló en el dormitorio de Cala. Se agachó a su lado, muy cerca de su rostro y, de nuevo, sintió aquella ternura que las facciones finas y pequeñas de Cala le inspiraban. Tenía el brazo derecho doblado por el codo y su mano, abierta y completamente relajada le rozaba los labios con la punta de alguno de los dedos.

Yuma posó su mano sobre la de ella. Le doblaba el tamaño, luego acarició suavemente su nariz respingona haciéndola cosquillas y ella se apartó sin abrir los ojos.

—Caaaalaaa —canturreó Yuma suavemente.

Finalmente, ella abrió los ojos y le miró molesta. Luego, dio un giro brusco y quedó de espaldas a él. Yuma le apartó la manta y trató de hacerla cosquillas en la cintura pero ella se revolvió.

—Que me dejes —gritó.

Yuma se llevó un dedo a los labios para indicarla que no gritara.

—Tengo una cosa para ti. No grites.

El gesto de enfado de Cala desapareció de su rostro y fue sustituido de inmediato por otro de curiosidad.

—¿Qué es? Todavía no es mi cumpleaños.

—Bueno, este es un regalo especial, para tu cumpleaños te regalaré otro. Este es sólo para ti, no puedes enseñárselo a nadie.

Cala se incorporó en su cama. Ahora Yuma sabía que había logrado atraer toda su atención y sonrió para sus adentros. Bien por Namid. Sacó el cochecito rojo de su bolsillo y lo mantuvo oculto en su puño. Cala seguía con la vista cada uno de sus movimientos. Yuma cogió su manita, puso el coche en su palma y la cerró los dedos sobre él. Cala sonrió y fingió que miraba a través de sus dedos. Luego abrió la mano despacio y la volvió a cerrar.

—¿Es de los humanos? —preguntó muy bajito.

Yuma asintió. Luego ella se quedó en silencio durante unos segundos, con el gesto muy serio, y Yuma pensó que todo el riesgo que había corrido no había servido para nada porque su plan no había funcionado, pero, de repente, Cala le echó los brazos al cuello y se fundió con él en un abrazo y Yuma sintió el calor de su cuerpo como cuando era un bebé y la había recogido de aquel contenedor. Las lágrimas recorrían el rostro de la niña y Yuma tuvo que hacer un esfuerzo para no imitarla.

—Prométeme que lo guardarás bien y no se lo enseñarás a nadie.

Cala asintió con la cabeza.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó entonces.

—De donde no te importa —Yuma fingió enfado. Luego la cogió de una mano—. De un lugar peligroso, por eso no quiero llevarte ¿entiendes?

Ella asintió de nuevo. Observó el juguete en su mano y sonrió.

—Recuerda que no puedes enseñárselo a nadie, o me la cargaré y es muy posible que te lo quiten.

En ese momento, Léndula entró en el cuarto y se les quedó mirando, sorprendida de encontrar a Yuma allí tan temprano. Vio el rostro compungido de Cala y le dirigió una mirada severa a su hijo.

—No sé lo que os pasa a vosotros dos, pero ya es hora de que lo vayáis arreglando.

Yuma agachó la cabeza y vio que Cala había cerrado los dedos de nuevo sobre el cochecito, protegiéndolo de la vista de Léndula. Chica lista, pensó. Los dos permanecieron mudos mientras la madre dirigía la vista de uno a otro y, finalmente, se daba por vencida. Resopló y salió del cuarto. Cala sonrió de medio lado y volvió a abrir la palma para mirar de nuevo el juguete.

—Es muy bonito ¿verdad?

—Sí. Los humanos tienen cosas muy bonitas, pero es peligroso acercarse a ellos. Debes cuidar mucho de que nadie lo vea, prométemelo— volvió a recordarle Yuma—. Léndula se moriría de un ataque si te pilla con ese juguete y Kasa... lo mismo me expulsaría del clan por infringir las normas— Cala abrió mucho los ojos y Yuma aprovechó la jugada—. Tú no querrás que pase eso ¿verdad?— Cala negó con la cabecita—. Pues esconde bien el coche e intenta olvidarte de los humanos —le aconsejó.

—Lo haré —prometió Cala, pero, en el fondo, ambos sabían que estaba mintiendo.



Tres días después de que Cala cumpliera once años, Namid abandonó el clan para ir en busca de pareja. Tras su marcha, Cala comenzó a comportarse de una forma extraña, cada vez más alejada de Yuma, y éste llegó a preocuparse. Léndula trataba de tranquilizarle.

—Son cosas de mujeres, no le des más vueltas —le decía.

Yuma se dio cuenta de que, realmente, Cala ya no era la niña pequeña a la que cargaba en su espalda para recorrer el bosque, de hecho Cala se negaba a subir sobre él y se esforzaba en seguirlo por el bosque con su escasa velocidad y su nulo equilibrio, por lo que no era raro que terminara en el suelo y agotada. Un día, se echó a llorar y comenzó a golpear el suelo con rabia. Yuma se agachó a su lado y la sujetó los brazos, la abrazó contra él y trató de tranquilizarla acunándola como cuando era un bebé. Cala se dejó hacer durante unos minutos y luego, cuando sus sollozos se fueron calmando se soltó suavemente de Yuma como si el contacto con él la molestara. Se quedaron sentados, uno junto al otro sin hablar. A Yuma le parecía imposible que, después de todo lo que habían pasado juntos, ahora casi no se atrevieran ni a mirarse a los ojos. ¿Qué les estaba pasando? ¿A qué venían aquellas tonterías de Cala? No entendía nada, sólo sabía que aquello no le gustaba y que la situación era cada vez más extraña.

—No entiendo lo que te pasa —se aventuró a decir. Esperó que Cala le dijera algo, pero ella se mantuvo en silencio. Yuma la cogió

por los hombros y la obligó a mirarle—. Cala, casi no te reconozco, ¿qué pasa?

Los ojos de la niña se llenaron de nuevo de lágrimas.

—Pues eso, que no me reconoces porque no soy como los demás.

—¿Qué chorradas estás diciendo?

—No son chorradas, no soy como vosotros, ni mi cara se parece a la vuestra ni tampoco mi fuerza, ni mi velocidad, o mi equilibrio. Nada, nada en mí se parece a vosotros.

Hacía calor y se oía cantar a un grillo entre la hierba. Yuma pensó que aquella conversación no terminaría hasta que Cala descubriera que ella era humana y no tupi, y se preguntó qué pasaría entonces.

—Eres muy pesada con eso Cala, ¿para qué darle más vueltas? Eres distinta y punto.

Cala enrojeció y Yuma pensó que de nuevo tendría un ataque de rabia. Sin embargo, se desinfló como un globo y contestó muy bajito.

—Para ti es fácil, pero qué pasará cuando Namid llegué con su nueva pareja y me vea.

"Acabáramos", pensó Yuma. Eso era lo que la preocupaba tanto. Hasta ahora, había sido distinta y consciente de ello, pero se sentía segura porque ellos la protegían y aceptaban tal y como era, pero ahora un nuevo miembro llegaría al clan y ella no sabía si su aspecto provocaría rechazo. Yuma entendió al momento el profundo conflicto que Cala estaba viviendo y supo que hacerla sentir una de ellos en aquellos momentos era vital para ella.

—Tú eres uno de los nuestros y cualquiera que nos quiera también te querrá y aceptará a ti tal y como eres —contestó Yuma con voz potente, recordando aquella conversación



entre su padre y su abuelo hacía un montón de años atrás—. Además conoces a Namid. ¿Crees que él escogería una pareja que no te aceptara?

Cala levantó los ojos hacia Yuma en un gesto pensativo, como si estuviera diciéndose a sí misma que no se le había ocurrido pensar en eso.

—Namid es muy listo.

—Claro que lo es —afirmó Yuma—. Estoy seguro de que elegirá a la mejor pareja que exista, y eso quiere decir que será una chica tan lista o más que él ¿Crees que alguien así no iba a aceptarte?

Cala sonrió y dejaron ahí el tema.

Sin embargo, aquella conversación con Cala volvió a tener despierto a Yuma durante la noche. Hacía un par de meses que Namid había dejado el clan y sabían que había conocido a una tupi llamada Sasa de uno de los clanes más nobles. Pasaría algunos meses más en su clan y luego, una vez que se unieran, volverían con ellos. Yuma también comenzó a preguntarse cómo reaccionaría Sasa cuando viera a Cala. Ellos estaban acostumbrados a vivir con ella, pero Cala no dejaba de ser una humana, una enemiga de su pueblo. Tampoco para Sasa sería fácil adaptarse y aceptar que debía convivir con una especie a la que le habían enseñado a odiar desde niña. Además, ellos estaban acostumbrados a tratar a Cala como a una igual y el secreto de su raza estaba a salvo con ellos, pero qué pasaría con la pareja de Namid, en cualquier momento podía descuidarse en sus palabras y dejarle caer a Cala que era humana.

La preocupación le arrastró un día hasta la cama del abuelo Sush, que había enfermado y se sentía muy débil.

—Abuelo, estoy muy preocupado por Cala — le dijo sin más—. Ella cree que la pareja de Namid la rechazará.

—Dile que venga a verme —contestó el abuelo. Pero vio que a Yuma le ocurría algo más—, pero antes cuéntame tú. ¿También te preocupa que no acepte a Cala?

Yuma negó despacio con la cabeza.

—No sé, abuelo, ¿y si a esa mujer se le escapa que Cala es humana?

El abuelo sonrió. El miedo de Yuma a perder a Cala le enternecía.

—No diría mentira alguna ¿no? —respondió.

Yuma miró a su abuelo asombrado.

—¡Abuelo!

—Es así, Yuma, Cala es humana, todos lo sabemos y creo que, en el fondo, todos sabemos también que tiene que enterarse, que ese es su destino. Un secreto así no es fácil de guardar.

Yuma no daba crédito a lo que escuchaba. Habían hecho un pacto, habían pactado mantener ese secreto siempre.

—Hicimos un pacto, abuelo. Nadie se lo diría...

El abuelo agitó una mano en el aire como despreciando las palabras de su nieto.

—Por favor, fue algo simbólico, algo que se hizo para convencernos a nosotros mismos de que Cala se quedara.

Yuma estaba perplejo.

—Abuelo ¿no lo entiendes? Si ella se entera puede querer marcharse.

El abuelo parecía cansado. Tosió un par de veces y, al final, volvió a mover la mano

frente a Yuma haciéndole un gesto para que se fuera.

—Yuma, deja de preocuparte por lo irremediable, porque no vale de nada. Cala, tarde o temprano, descubrirá que es humana aunque a ti no te guste —Se reclinó sobre las almohadas y cerró los ojos un momento—. Ve a buscarla, ella sí tiene preocupaciones reales.

Aquella conversación solo sirvió para que Yuma saliera de la habitación más preocupado de lo que había entrado y completamente convencido de que su abuelo había perdido la cabeza.



Cala se sentó en el lecho junto a su abuelo y cogió una de sus manos entre las suyas. Llevaba días enfermo, demasiado débil como para levantarse. La habitación que ocupaban los abuelos era la más amplia de la guarida. Tenía, además de su cama un pequeño escritorio y unas estanterías clavadas en la pared terrosa. En el escritorio siempre había velas encendidas, incluso ahora que el abuelo no se levantaba de la cama, y allí tenía una colección de hojas escritas que había ido acumulando a lo largo de su vida. No le era fácil conseguir papel y cuando lo lograban era obligatorio entre los clanes comunicarlo al consejo. Este luego lo repartía entre los más ancianos y estos lo atesoraban y dejaban en herencia a las generaciones siguientes. Aparte, el abuelo se había encargado de esconder en un lugar seguro, que solo los adultos conocían, alguno de los libros y revistas humanas que tenían a la vista antes de que Cala hubiese llegado al clan.

—¿Cómo te encuentras abuelo? —le preguntó.

—¡Ah, Cala! Te haces mayor tan rápido —dijo Sush—. Y yo también. Me da miedo irme sin haberte explicado el porqué nos escondemos de los humanos.

Cala pensó que el abuelo estaba delirando, pues eso era algo que sabía desde prácticamente su nacimiento. La norma principal y sagrada de los tupi. Se acercó más a su abuelo y le acarició la cara, preocupada.

—Pero eso yo ya lo sé abuelo, destruyen todo y también nos destruirían a nosotros. Si nos descubriesen no pararían hasta destruir nuestra especie, porque son despreciables y malvados.

El abuelo negaba con la cabeza. "Cuánto daño le estaba haciendo Léndula por tratar de protegerla" pensó. Sintió una lástima profunda por aquella chiquilla que desconocía su propia identidad y tuvo que reprimir el instinto de contarle la verdad. Sentía que se le acababa el tiempo y pesaba sobre él la culpa de saber que se iría dejando a Cala sola sin conocer su identidad y destilando odio hacia su propia especie.

—Verás Cala, no todos los humanos son así ¿sabes? No todos son malos, es sólo que tienen miedo a lo diferente. Ese miedo es instintivo, no tienen la culpa de sentirlo, es primitivo, asegura su supervivencia ¿entiendes?

Pero Cala no entendía a qué venía aquello, guardaba silencio y el abuelo siguió hablando.

—Ese mismo miedo existe también entre los nuestros y un día descubrirás que es absurdo —el abuelo cogió un trozo de espejo y se lo acercó al rostro—. Tú misma temes la reacción de la pareja de Namid cuando te vea, y lo temes porque sabes que eres diferente.

Cala comenzó a sollozar en silencio. Era tanto el miedo que sentía. Ella jamás había visto a otro tupi que no formara parte del clan ni tampoco ellos la habían visto a ella. Sabía que existía una curiosidad tremenda entre los otros clanes hacia ella. ¿Cómo estaría Namid ahora? Seguramente le habían preguntado por ella y él tendría que haber

dado miles de explicaciones sobre la tupi rarita. Aquel pensamiento la hacía sentir más desgraciada aún. Sabía que era diferente y aquello la hacía sentirse triste, pero pensar que además podía perjudicar a su familia la torturaba. ¿Y si llegaban a avergonzarse de ella? Nunca la habían dicho nada, pero sin duda tenía que ser un problema para ellos.

—Yuma se ha ido de la lengua ¿verdad?

—Yuma se preocupa por ti. Más de lo que debería ¿aún no te has dado cuenta?

Cala negó con la cabeza y agachó la vista. Las manos arrugadas del abuelo estaban apoyadas sobre su vientre y subían y bajaban al ritmo de su respiración.

—Abuelo, soy una vergüenza para el clan ¿verdad?

—¡No! —el abuelo hizo un gesto de dolor— No, Cala, eres todo lo contrario, eres un motivo de orgullo para nosotros, eres única y especial entre los tupi.

—No lo entiendo abuelo, ¿por qué tuve que nacer así?

Sush la atrajo hacia sí y la abrazó con ternura. Sonrió y le secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. No, aún no era el momento, ni él era el indicado para decirle la verdad.

—Naciste así para darnos una lección, Cala. Un día lo entenderás. Viniste para enseñarnos que no siempre tenemos razón en temer a lo diferente.





Manuel terminó la ronda de la mañana sin novedad alguna, como siempre. El bosque era tranquilo y los incidentes no eran frecuentes.

Volvía a la cabaña sin haber avistado nada interesante. Los hombres puma seguían reacios a dejarse ver. Sin embargo, tras la inesperada visita nocturna que había recibido, Manuel había renovado las esperanzas de volverles a ver.

Se acercaba a la cabaña, concentrado en sus pensamientos, cuando vio que la puerta estaba completamente abierta mostrando la oscuridad del interior en contraste con el sol cegador.

El corazón de Manuel se aceleró. Se limpió el sudor de la frente y comenzó a caminar cada vez más despacio.

No debía hacerse ilusiones pero era imposible no pensar en ello.

Él siempre dejaba la puerta abierta. Cualquier animal podía haberla empujado. Pero no, ¿qué animal iba a ser capaz de girar un pomo?

Tenía que ser uno de ellos. El niño. El niño que ahora tenía que ser un muchacho. Seguramente había vuelto por más dibujos o por cualquier otra cosa que hubiera llamado su atención.

Manuel llegó a la puerta de la cabaña y se detuvo con cautela.

— ¡Hola! —gritó, porque no quería entrar y tomarle por sorpresa. Prefería anunciar su llegada, darle tiempo a reaccionar—. No debes temer nada —dijo al notar que alguien

se acercaba. Contuvo la respiración, su corazón estaba a punto de salirse por la boca y entonces una figura se plantó frente a él.

—¡Tocho! —El nerviosismo dio paso a la decepción y ésta a la sorpresa. ¿Qué estaba haciendo el Tocho allí?

—¿Cómo estás? —dijo éste sin inmutarse.

Le tendió una mano y Manuel se la estrechó dudando aún de que todo aquello estuviera pasando.

—Perdona que entrara, la puerta estaba abierta y como no contestabas pensé que podía haberte pasado algo.

Manuel negó con la cabeza quitando importancia a ese asunto. Seguían parados a la puerta de la cabaña. El Tocho estaba en el interior y Manuel en el exterior.

—Pasa —le dijo al Tocho y le pareció ridículo, porque era él el que estaba dentro. El Tocho no dijo nada, se dio la vuelta y caminó hacia la cocina. Manuel le siguió. Allí le hizo un gesto al Tocho para que se sentara y le tendió una cerveza de la nevera. Él abrió otra y los dos bebieron un trago. Aquel hombre seguía igual, con aquella falta de expresión en el rostro y aquella calma en el cuerpo.

—Román ha muerto —espetó entonces—. Le dio un infarto hace dos semanas.

Manuel tardó un momento en reaccionar. Recordó que Román era tío del Tocho.

—Vaya, lo siento mucho —murmuró.

—Ya, bueno, el viejo dejó algo para ti —rezongó el Tocho.

Manuel le miró sorprendido. El Tocho revolvió en uno de los bolsillos del pantalón y sacó algo envuelto en una servilleta de papel. Se lo tendió a Manuel y éste lo cogió y

desdobló la servilleta para encontrar dentro un colgante de madera con la huella de un puma tallada.

De repente, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y se acercó a la ventana y fingió mirar al exterior para que el Tocho no pudiera verle. Le conmovía el gesto de Román, el colgante de aquel ser que les había mantenido unidos durante más de once años. En su cabeza aparecía una y otra vez la imagen del Tocho revolviendo en su bolsillo y tendiéndole la servilleta. Aquello, cuyo valor sólo él podía comprender, había llegado envuelto en una simple servilleta de papel.

—¿Cómo no me avisaste antes? Hubiera ido al entierro.

El Tocho se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco sabía muy bien la relación que os unía. No pensé que tuvieras demasiado interés. Fue un funeral muy familiar, ya sabes que mi tío tampoco se relacionaba con mucha gente.

Manuel tragó saliva mientras acariciaba el medallón tallado

—Lo sé.

Al verle tan afectado, el Tocho pareció verse en la necesidad de explicarse.

—Lo incineramos, no te hubiera merecido la pena ir —luego señaló el colgante que Manuel sostenía entre sus manos—. Tampoco yo iba a venir hasta aquí sólo para darte eso —comentó—. Pero, maldita sea, no consigo dormir por las noches y no sé por qué pensé que si te lo traía tal vez pudiera volver a descansar tranquilo.



Sush se recuperó, pero ya no volvió a ser el mismo. Su debilidad era evidente para todos y Cala pasaba con él mucho tiempo haciéndole compañía e interrogándole sobre sus diferencias. Sush contestaba a todas sus preguntas sin perder nunca la paciencia, no como Yuma, pero era tan misterioso en sus respuestas que Cala no llegaba a comprenderle muchas veces. Todos sabían que Sush era un hombre sabio y Cala pensaba que a ella le quedaba mucho camino por recorrer antes de poder llegar a comprender a su abuelo.

Namid regresó con Sasa, su pareja, una tupi menuda y tímida de mirada dulce y gesto asustado. Miró a Cala con desconfianza y apenas se atrevió a darle la mano cuando se saludaron. Cala, que había tomado aquello como una prueba de fuego para ella, sintió que Sasa no la aceptaba.

Namid parecía muy feliz y Cala se alegraba por él, pero sorprendía las miradas que Sasa le dirigía y se sentía desdichada. Namid habló con ella.

—Es tímida y reservada, debes darla tiempo. Y tal y como Namid le había dicho, en pocos días, Sasa comenzó a integrarse de forma sorprendente en el clan.

Cala la espiaba y la gustaba ver cómo halagaba a Yuma diciéndole lo guapo y fuerte que se estaba volviendo, consiguiendo con ello que éste se ruborizara y huyera al bosque a trepar árboles como si fuera un animal salvaje. Cala se reía para sus adentros. También sentía una punzada de celos cuando les sorprendía a ella y a Namid

cogidos de la mano bajo la mesa o cuando la chica comenzó a acompañar al abuelo en alguno de sus paseos. Pero, en general, le pareció que era una buena tupi y que Namid había escogido bien.

Una mañana, Cala le pidió a Léndula que le trenzara el pelo.

—Tendrás que esperar Cala, tengo comida en el fuego y no puedo separarme de ella o se pegará.

Cala se sentó a la mesa de la cocina y, entonces, Sasa de improviso y se colocó tras ella.

—Yo lo haré —dijo, de repente, con su vocecilla fina y baja. Sin más comenzó a trenzar su pelo con una suavidad extraordinaria.

—Tienes un pelo precioso —le dijo, y aspiró muy cerca de él— huele muy bien.

Cala permanecía tiesa, totalmente tensa y sorprendida sin saber qué contestar, pero Sasa continuó hablando.

—Cuando vivía en mi clan, siempre le trenzaba el pelo a mi hermana Seina, y tú me recuerdas mucho a ella.

Aquello fue más de lo que Cala podía esperar, ella le recordaba a su hermana. Para ella eso era como una declaración de amor, era como no distinguirla de cualquier otra chica tupi, era como decirla que la veía igual que ellos.

A partir de aquel día, Sasa se encargaba de peinarla y muy pronto las dos chicas cuchicheaban y reían como dos amigas cualquiera. Cala comenzó a sentirse feliz y bromeaba con Sasa sobre el aspecto de Yuma, que con la llegada de Sasa había despertado un día en plena adolescencia y

no perdía ni un segundo en nada que no fuera contemplarse.

La relación entre Yuma y Cala, sin embargo, fue cambiando. Ahora Cala pasaba más tiempo con Sasa que con él y cuando iban juntos al arroyo o al bosque evitaban que sus cuerpos entraran en contacto. Ya no luchaban, y, desde luego, no se bañaban juntos. Entre ellos pareció instalarse un muro invisible, aunque ninguno de ellos quería reconocerlo y evitaban hablar de ello. Cala ya había cumplido catorce años y Yuma le había regalado un colgante de un corazón tallado en su cumpleaños. Cala se había ruborizado al abrir el paquete delante de todo el clan. Sin embargo, ellos habían alabado el detalle de Yuma sin darle más importancia. Cala había dado las gracias a Yuma y al besarle notó el calor en sus mejillas y fue incapaz de mirarle a los ojos.

Ese mismo día, Sush comentó que Yuma tenía que estar deseoso de encontrar pareja, y a Cala le pareció que la miraba mientras lo decía. Yuma se atragantó con el venado que Léndula había preparado para el cumpleaños de Cala y murmuró que no había prisa alguna.

Cala comenzó a inquietarse. Se despertaba agitada por las noches y vagaba por la casa y los alrededores incapaz de volver a dormirse. Sush se dio cuenta en seguida y la preguntó lo que le pasaba.

—Sueño con tupis como yo —le dijo Cala—. Tienen el rostro como el mío, no el mío, sino así, como el mío —Cala se afanaba en explicarse—, con los ojos como los míos, con mi nariz, mis facciones.

El abuelo trataba de tranquilizarla diciéndola que era normal que tuviese

sueños extraños. Pero Cala no acababa de relajarse y los pensamientos acudían en tropel a su cabeza y no podía dejar de hacer preguntas.

—¿Y si existen abuelo? ¿Y si hay más como yo? —preguntó Cala un día.

Sush suspiró mientras dejaba perdida la mirada en un punto fijo de la pared terrosa de su habitación.

—Es posible —admitió el abuelo, y a Cala le pareció que sus ojos se entristecían al decirlo.



Cuando Cala cumplió los quince años, Yuma, que estaba a punto de cumplir los veinte, decidió que había llegado el momento de partir en busca de una pareja. El abuelo le hizo llamar de nuevo la noche antes de su salida.

—Me alegra que al fin hayas tomado una decisión —le dijo el abuelo, tendiéndole la mano.

Yuma se la tomó y se sentó a su lado. El abuelo se apagaba, despacio, pero de forma constante y evidente.

—Sí, aunque no es la que querías que tomara —dijo Yuma con voz ronca.

El abuelo sonrió.

—El caso es este ¿es la que querías tomar tú?

Yuma esquivó la mirada del abuelo. Aquella sospecha de que podía leer en su interior le hacía sentir nervioso porque pensaba que lo que el abuelo veía no le gustaba. No era algo bueno. Yuma luchaba contra aquel deseo que sabía irrealizable.

—Creo que es la mejor decisión que puedo tomar.

El abuelo murió al poco tiempo de partir Yuma, por lo que no llegó a conocer a la pareja de su nieto. Después Yuma se alegró, en cierto modo, de que hubiese sido así.

Para Cala, la marcha de Yuma resultó traumática. Cuando él dio la noticia una mañana, apenas levantarse, de que al día siguiente dejaría el clan, Cala sufrió una crisis nerviosa en la que pensaba que se iba a ahogar. Léndula se asustó tanto y se puso tan histérica, que tuvieron que sacarla de la

habitación entre Namid y Kasa mientras Min, Sasa y Yuma atendían a Cala.

Cuando por fin lograron tranquilizar a Cala, Yuma se llegó hasta el arroyo y se sentó a la orilla con la cabeza entre las manos. En silencio, comenzó a llorar y se sintió como un cobarde por no atreverse a seguir el consejo del abuelo y confesar la verdad a Cala. El abuelo tenía razón en que al formar él su propia familia estaba perdiendo a Cala para siempre. El tiempo en el que habían sido como una sola persona había quedado atrás y ahora cada vez se alejarían más. Sin darse cuenta, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y él dejó que resbalaran en silencio y se sintió mejor.

—Sabía que estarías aquí —la voz de Namid le cogió por sorpresa. Se limpió las lágrimas rápidamente mientras su primo se sentaba a su lado. El muchacho parecía un tanto confundido y se limitó a observar a Yuma en silencio.

—¿A qué has venido? —le preguntó Yuma molesto. Sabía que su primo se había dado cuenta de que lloraba y no le gustaba mostrar su debilidad ante los demás.

—Oye, a mí no me abronques, esto es idea de Sasa, y por no aguantarla... —cogió una rama de la orilla y la tiró al agua— pero no hace falta que hablemos, si no quieres.

Yuma sonrió tristemente.

—¿Sabes que el abuelo quiere que le cuente la verdad a Cala?

—Sí, todos lo sabemos —contestó Namid. Yuma le miró asombrado y su primo se encogió de hombros.

Todos lo sabían. Es decir que el abuelo había hablado de lo mismo con el resto del clan. ¿De qué más les habría hablado? ¿Qué más

sabrían? ¿Por qué le habían dejado al margen?

—Intuyo que soy el único que no está de acuerdo con él.

—Casi —ironizó Namid—. Léndula también está contigo. Quiere mantenerla en su ignorancia a toda costa.

Yuma sintió odio hacia su primo por primera vez en su vida, y pensó que a él Cala no le importaba lo suficiente. No, nunca le había importado. Igual que tampoco le habían importado lo suficiente sus padres, volcados en su cuidado como si fueran los suyos propios. No, él tenía que tener su propia familia en exclusiva.

—Tú no lo entiendes —escupió—, no la quieres como yo.

—No, claro que no. Yo la quiero de otra manera...

Yuma saltó repentinamente sobre Namid. La rabia le hacía hervir la sangre y el ataque de ansiedad de Cala había puesto a cien su adrenalina. Sin embargo, Namid era más rápido y fuerte y esquivó el golpe. Yuma cayó de bruces al suelo y Namid se puso sobre su espalda y le echó un brazo hacia atrás dejándole inmovilizado.

No le hizo falta más. Era la segunda vez que Yuma trataba de golpearle y la segunda vez que su primo le daba una lección.

—Claro Yuma, yo no entiendo nada, nadie puede querer a Cala tanto como tú. Tú, tú, tú, qué triste primo, qué triste.

Se incorporó y lo dejó abandonado boca abajo en el suelo. Yuma nunca se había sentido tan desolado como en aquel momento, Namid no solo le había dado una lección en cuanto a la fuerza, le había dado un buen golpe a su autoestima, una lección

de humildad, una llamada de atención sobre su penoso egocentrismo. Y se dio cuenta, además, de que era la primera vez que Namid le llamaba primo.

Cala se sentía prácticamente abandonada. El abuelo murió. Min se encerró en un silencio hermético y Léndula se pasaba el día tratando de animarla. Kasa y Namid se ocupaban de la caza, para suministrar al clan, y a Cala le daba la sensación de que todo el mundo tenía un plan en su vida, excepto ella.

Antes de que Yuma se fuera, y a pesar de que su relación ya no era la misma, ella nunca se había parado a pensar en su futuro, ni en su vida, ni en nada que no tuviera que ver con el clan. Pero, ahora, se daba cuenta de que se acercaba a una edad en la que los tupis comenzaban a pensar en tener pareja y a ella se le hacía impensable que ningún chico quisiera estar con ella. Tampoco le parecía que ella pudiera estar con un chico de cualquier otro clan. Sasa se convirtió en su confidente y sobre ella descargaba sus miedos y sus dudas.

—Me quedaré sola ¿Qué otro clan iba a aceptarme? Ningún chico vendrá a conocerme porque saben que no soy como ellos.

—Aún eres muy joven —mentía Sasa.

Cala valoraba la delicadeza de Sasa, pero no le servía de nada, pues conocía muy bien las normas y costumbres de los clanes.

—No es verdad, soy joven para emparejarme pero no para prepararme para ello, incluso si fuera normal ya habrían pasados chicos de otros clanes.

—Venga Cala, pasarán, pero sólo tienes quince años. Yo tenía dieciocho cuando Namid vino a buscarme.

Cala se encogía de hombros. En eso Sasa tenía razón, ella había llegado al clan con casi diecinueve años, pero no solía ser lo habitual. La mayoría de chicas tupi comenzaban el cortejo a los dieciséis, y los tupi hombre pasaban más tiempo del que había pasado Namid en el clan de su mujer antes de trasladarse al definitivo.

—De todas formas, no creo que ningún chico pueda gustarme.

Sasa se reía. Cala la apreciaba y trataba de hacerse a la idea de que el resto de tupis de otros clanes serían como ella y la aceptarían de igual modo, pero el miedo la vencía.

—Oh, sí, te aseguro que te gustará algún chico.

—¿Tú por qué escogiste a Namid? ¿Cómo sabías que era él?

Sasa sonrió. Cerró los ojos como si hiciera una eternidad que ella y Namid se hubieran conocido y tuviera que concentrarse para recordarlo.

—Bueno, cuando encuentras al chico que realmente es para ti lo sabes porque sientes que no quieres separarte nunca jamás de él. Piensas en él continuamente, ocupa todo tu tiempo...

—Pero a mí eso ya me pasaba con...— Cala calló repentinamente y notó el calor en sus mejillas.

Sasa la observó y comenzó a reírse.

—Con Yuma, Cala, ya lo sé, pero el amor es diferente, no puede ser nadie de tu familia, es un sentimiento distinto y cuando lo sientas, lo sabrás.

—¿Tú conociste a otros chicos, además de Namid?

Sasa asintió.

—Sí, pero no sentí por ninguno ese apego. Esas ganas de pasar a su lado el resto de mis días —Le puso una mano a Cala en la barbilla y le levantó el rostro para que la mirase—. Lo sabrás, creeme, y será algo común, así que no debes temer nada.

Pero Sasa no podía evitar pensar en si Cala podría realmente enamorarse de nadie que fuera tupi. A ella, al igual que al abuelo, también le había confesado que tenía sueños en los que aparecían seres con su mismo rostro. Sasa sabía que el abuelo quería que Yuma le dijera la verdad a Cala y que el resto del clan, excepto Léndula, estaba de acuerdo con él. Viéndola tan perdida Sasa no podía dejar de pensar que, seguramente, saber la verdad era lo mejor que podría pasarla. Confiaba en que ahora que Yuma iba a relacionarse de forma más profunda con otros clanes se diera cuenta de que Cala nunca podría ser feliz entre ellos, pues para el resto de los tupi Cala sólo era la humana que convivía con un clan tupi. De hecho, así llamaban al clan, el clan de la humana. Tal vez, a su vuelta, Yuma se decidiera a acabar con aquel secreto y al menos Cala tendría la opción de elegir lo que deseaba hacer.

Un día, mientras recogían frutos silvestres en el bosque Sasa se llevó una mano a la cabeza y estuvo a punto de caerse. Cala la sujetó a tiempo y juntas se sentaron en el suelo. Cala estaba muy asustada y Sasa, incapaz de hablar, le hacía un gesto con la mano de que esperase, tratando de tranquilizarla. Finalmente recuperó el color y, poco a poco, el habla.

—No te asustes, Cala, no pasa nada malo —le dijo, y le cogió una mano y la apoyó

suavemente en su vientre—. Voy a tener un bebé

¡Un bebé! Cala abrió mucho los ojos y luego se abalanzó sobre Sasa y la abrazó con fuerza. Un bebé, cómo iba a quererlo. Podría ayudar a Sasa a cuidarlo, enseñarle un montón de cosas, abrazarlo, besarlo, quererlo como... como si fuera suyo.

Pero, entonces, cayó en la cuenta de que, posiblemente, ella nunca podría tener un bebé propio, y, a pesar de la alegría que sentía por Sasa y Namid, la inundó una tristeza tan profunda que, cuando al cabo de seis meses Yuma regresó con su pareja, fue lo primero que vio reflejado en sus ojos.



Yuma regresó con su pareja un día lluvioso, ya entrada la noche, y les sorprendió a todos durmiendo. Era mucho menos peligroso desplazarse en la noche.

Cala, aún en duermevela, se olvidó de todas sus diferencias y se lanzó en sus brazos bajo la asombrada mirada de su pareja. Al separarse, Yuma la miró y quedó helado al ver en sus ojos tanta tristeza.

Léndula ya los estaba separando y abrazando a su hijo y Min esperaba emocionada su turno mientras los otros hombres contenían su emoción y le daban golpecitos en la espalda.

Las mujeres pasaron a centrar su atención en la chica tupi, que ya era mujer de Yuma, y ella agachaba la vista en una actitud tímida.

Sin embargo, cuando Yuma acercó a Cala para presentarlas, ésta vio un brillo en sus ojos que la asustó e hizo retroceder.

—Venga Cala, Ona viene dispuesta a ser tu amiga, casi tiene tu misma edad — Yuma se rió.

Pero aquel comentario de la edad no agradó a ninguna de las dos chicas y las muestras de cariño de Yuma hacia Cala, bajo la mirada fría de Ona, a aquella se le antojaron distintas a las de antes de que él partiera a buscar pareja.

—En realidad yo ya tengo diecisiete —dijo Ona, mirando fijamente a Cala. También echaba vistazos a su alrededor observando la cocina iluminada escasamente al haber sido tomados por sorpresa.

Como si lo intuyera Min se puso a encender más velas. O eso o como su vista comenzaba a resentirse con la edad solo quería tener más luz para observar bien a la chica que su nieto había elegido.

Comenzaron a comentar todo lo sucedido desde la marcha de Yuma. Primero hablaron de la muerte del abuelo y Léndula tuvo que terminar por acompañar a Min a su habitación, totalmente acongojada. Luego, hablaron del embarazo de Sasa.

—Vaya, eso sí que es bueno —rió Yuma besando a Sasa y acariciándola el vientre—. Pasé por tu clan, me hubiera gustado dar la noticia a tus padres.

Sasa estaba más bella que nunca y la expresión de su rostro se había dulcificado aún más.

—Nosotros mismos se la daremos —Cala la miró expectante y Sasa le cogió una mano y la posó en su barriga—. Ya se mueve ¿lo notas?

A Cala se le iluminó la cara al sentir un golpecito en su mano, como si le hubiera explotado una burbuja, un golpe muy suave y delicado.

—No puedes ir— protestó— ¿Y si os pasa algo?

—No me menosprecies, Cala, yo voy con ella, está en buenas manos —Namid sonrió de oreja a oreja como un orgulloso papá.

Pero Cala sentía un miedo tremendo a perderse el nacimiento del bebé.

—¿Volveréis antes de que nazca?

—Sí, Cala, el bebé nacerá en su clan —se rió Sasa— Ona, ¿Quieres sentir al bebé?

Cala no sabía si Yuma y Sasa estaban compinchados de forma telepática o era una simple casualidad, pero él aprovechó que

ella entretenía a Ona para cogerla por los hombros y apartarla un poco del grupo.

—¿Qué te pasa, Cala? Veo mucha tristeza en tus ojos ¿Llevas mal lo del abuelo?

—Sí —mintió Cala, porque no era capaz de explicarle el desasosiego que sentía en su interior.

—¿Habló contigo antes de morir? —Yuma lo preguntó con naturalidad, como sin darle importancia, pero a Cala no se le escapó que era una naturalidad fingida.

—¿Hablar de qué? ¿A qué te refieres? —preguntó confundida.

—A nada —mintió Yuma encogiéndose de hombros—, sabes que el abuelo te quería mucho, pensé que, tal vez, te hubiera dado... algún consejo.

Cala negó con la cabeza. Se sentía muy violenta. Hacía un rato que notaba que Ona les miraba mientras fingía escuchar a Sasa. Finalmente, la dejó con la palabra en la boca y se acercó a ellos. Cogió a Yuma de un brazo y sin dejar de mirar a Cala dijo:

—Yuma, estoy cansada.

Sasa se acercó a ellos.

—¿Y qué tal mi familia, Yuma?

Namid puso las manos sobre los hombros de Sasa y Ona se hizo hueco y se pegó más a Yuma enfrentándose a Cala.

—Estaban animados, fueron muy amables con Ona y conmigo.

A Sasa se le iluminaban los ojos.

—Casi nos traemos a tu hermana ¿verdad, Ona?

Yuma se reía. Cala estaba paralizada mirando el rostro de aquel que un día había estado más cercano a ella que nadie y ahora solo veía el rostro de una intrusa que se interponía entre ellos.

Ona empujó un poco a Yuma.

—Estoy muy cansada —repitió sin contestar a la pregunta de Yuma.

—Sí, es muy tarde, será mejor ir a dormir y mañana ya conocerás más tranquilamente a toda la familia.

Yuma le puso una mano en la cintura a su pareja y a Cala le dio una punzada en la suya, exactamente en el mismo lugar en el que veía la de Yuma sobre la chica tupi.

Avanzaron juntos por el oscuro pasillo y Cala les vio entrar en la habitación que ocuparían ahora. La puerta se cerró tras ellos y ella se quedó quieta un segundo, hasta que Sasa la besó en un mejilla.

—Será mejor que nos acostemos todos —la susurró.

Sasa parecía comprender todo aquello que pasaba por su cabeza en aquellos momentos. Durante el resto de la noche, Cala soñó con los ojos fríos de Ona, y al despertar pensó, angustiada, que cuando Sasa se fuera se quedaría durante un tiempo totalmente desprotegida.

Yuma comenzó a enseñarle a Ona los alrededores del bosque, los lugares seguros, sitios en los que poder cazar y pescar y también lugares a los que no debía ir, sitios peligrosos y límites establecidos por el clan que no debía traspasar.

Al principio, Cala les acompañaba animada por Yuma, pero pronto dejó de hacerlo porque no conseguía sentirse cómoda al lado de Ona.

El primer día que Cala decidió quedarse con Léndula, Ona le pidió a Yuma que le enseñara el lugar donde había encontrado a Cala.

—No puedo, está fuera de los límites —contestó Yuma. Su mujer sonrió de medio lado.

—Venga, Yuma —gimoteó mimosa—, sólo siento curiosidad, no pienso ir nunca más.

Yuma pensó en lo que podía hacer. No pensaba llevar a Ona hasta los contenedores, a fin de cuentas, ni siquiera el clan sabía que era allí donde había encontrado a Cala. Su cabeza pensaba, podía decirle que la había encontrado en cualquier lugar del bosque, pero Ona se sentiría decepcionada. Quería impresionarla y tomó rápidamente una decisión.

—Voy a enseñarte algo. Es un secreto, no puedes hablarle a nadie de esto —y tomándola de la mano se dirigió con ella hacia la cueva oscura.

Cuando llegaron, Yuma se apoyó junto al agujero y sonrió de oreja a oreja.

Los recuerdos se amontonaban en su mente y casi podía escuchar los gorjeos de Cala en el suelo mientras él escondía el cochecito.

Podía sentir el calor que desprendía su cuerpo de bebe, el brillo en aquellos ojos velados...

—¿Qué? —preguntó Ona que no le encontraba nada especial al lugar.

—Aquí encontré a Cala —dijo Yuma altivo—, y aquí nos vio el humano. Su cabaña está como a un kilómetro de aquí. Tú nunca debes volver.

Ona paseó la mirada por el lugar. A ella no le parecía peligroso en absoluto. Era un claro en aquel bosque. Solo había hierba seca, piedras, palos y un pequeño terraplén con la raíz de un árbol medio desenterrada.

—¿En qué dirección está la cabaña? —preguntó.

Yuma le señaló la dirección.

—¿No le oíste llegar? —preguntó Ona. Le parecía increíble que en una zona como aquella, en la que el guardabosques había tenido que atravesar al menos cinco metros de campo abierto para llegar al lugar en el que ellos estaban, Yuma no hubiera notado nada.

Yuma volvió a sonreír.

—Verás, estaba muy ocupado.

Ona levantó las cejas interrogante. Vio a Yuma asomar la cabeza por el hueco formado por la raíz desenterrada del viejo árbol y luego metió una mano y sacó un objeto dorado y plano.

Ona se acercó a él y tomó el objeto de sus manos. El color dorado y brillante le atraía sobremanera. Era muy difícil hacerse con objetos de los humanos, y la mayoría que conseguían estaban rotos o muy maltratados.

—Mira, levanta aquí —susurró Yuma. Ella le obedeció y el objeto se dividió en dos y

dentro apareció un espejo. Ella suspiró emocionada.

—Es precioso —susurró.

—Tengo un montón de cachivaches ahí dentro ¿sabes? Recorría el bosque entero y guardaba cualquier objeto humano que encontraba — Yuma cogió el espejo de las manos de Ona—. Luego, cuando el humano nos vio aquí a Cala y a mí, este pasó a ser un lugar prohibido y no volví más —mintió escondiendo lo del cochecito que le había regalado a Cala.

—¿Me lo puedo quedar? —preguntó Ona señalando el espejito dorado. Yuma miró el objeto aún entre sus manos. Recordó las palabras lejanas de su primo la noche que entró en la cabaña del guardabosques a recuperar el cochecito "Regálale algo, eso siempre funciona con las chicas".

—Sí, te lo regalo —le tendió el espejo y lo apartó rápidamente cuando ella iba a cogerlo—, pero sólo si me prometes que no hablarás de esto con nadie y no vendrás nunca sola a este lugar.

—Te lo prometo —aseguró Ona y se abalanzó sobre el espejito con avidez.

—Esto va en serio Ona, nadie conoce este escondite. Si alguien te ve el espejo tendrás que decir que lo encontraste tirado en el bosque. No le digas a nadie que hemos estado aquí.

Ona se sentía pletórica.

—¿Ni siquiera Cala lo conoce? —preguntó—. Pensé que de niños ibais juntos a todos los sitios.

—Sí, pero ya te dije que desde que nos vio el humano no volví más. El clan lo declaró lugar prohibido y puso un límite en él.

Ona miró de nuevo a su alrededor mientras sujetaba el espejo en sus manos. Le seguía pareciendo imposible que Yuma se hubiese dejado pillar por un humano en un lugar como aquel, tan abierto, tan amplio, tan dispuesto para escuchar el más mínimo ruido y para poder oler a su enemigo incluso minutos antes de que apareciera.

Aquel lugar no era peligroso, pensó para sí, pero ella estaba dispuesta a tener a Yuma contento.

—Está bien, no te preocupes, será nuestro secreto.

Y Ona se guardó el espejito en su bolsito de piel de nutria mientras no dejaba de sonreír.



Sólo había pasado una semana desde la marcha de Sasa y Cala ya la echaba terriblemente de menos. Los días se volvían largos, la monotonía la consumía, estar en el mismo lugar con Yuma y Ona la hacía sentir incómoda, todo parecía marchar mal.

A veces, le parecía que era como una niña castigada, todo el día tras las faldas de Léndula, aburrida y pesada, no dejándola ni respirar.

—Al menos haz algo útil, niña —le dijo Léndula un día, harta de su apatía—. Voy a enseñarte a cocinar.

Se pusieron manos a la obra y Cala demostró una notable incapacidad para el arte de la cocina que terminó por destrozar los nervios de Léndula.

—¡Oh, Cala, así nunca encontrarás pareja! —masculló fuera de sí, y, al instante, se arrepintió de haberlo dicho.

Ona, que cosía una piel sentada a dos metros de ellas dejó de hacerlo y siguió a Cala con la vista cuando ésta pasó rápidamente a su lado y se adentró en el bosque. Luego, vio a Yuma perseguirla y aunque gritó su nombre él no se dio por aludido. Se levantó para seguirlos pero Léndula la retuvo con firmeza y la ordenó que les dejara solos.

—Yuma sabe manejarla.

Ona estaba segura de ello, y se volvió a sentar a coser la piel, resignada. En el poco tiempo que llevaba en el clan ya se había dado cuenta de que la condición de humana de Cala no era lo único que la hacía diferente del resto para Yuma.

Yuma alcanzó a Cala apenas entró entre la arboleda y la abrazó desde atrás reteniéndola mientras ellas se retorció entre sus brazos gritándole que la dejara en paz. El cuerpo de Cala era como el de una ardilla para él y procuraba sujetarla sin hacerle daño. Hacía tiempo que no la tocaba y el contacto con su piel le hacía sentir maravillosamente incómodo.

—Vamos Cala, Léndula no lo decía en serio.

—¡No! Claro que no. No soy tan estúpida como para no saber que no será por no ser una excelente cocinera por lo que no me querrá ningún chico —gritó Cala con furia. Se revolvió y volvió su cara hasta quedar muy cerca de la de Yuma—. Será por mí... mírame, soy fea, rara, torpe...

—¡Basta, Cala! —le ordenó Yuma, y la zarandéo para volver a sujetarla con fuerza contra él. Ella se rindió y comenzó a llorar.

—¡Oh, Yuma! ¿por qué soy así? No puedo más, me paso el día llorando, dando vueltas en mi cabeza a esa pregunta ¿por qué? ¿por qué soy así? ¿por qué no puedo ser como cualquier otra chica tupi?

Yuma le levantó el rostro sujetándola por la barbilla y le limpió las lágrimas. Sus ojos enrojecidos se fijaron en los de Yuma y él sintió un miedo infinito.

—A mí me gustas, Cala, y me pareces preciosa.

Cala no pudo evitar sonreír.

—Ya, pero tú no cuentas —dijo con pena—. Eres mi hermano.

—Yo... Cala —Yuma no sabía lo que hacer— he de contarte algo.

—¿Qué? —preguntó Cala expectante. Algo dentro de ella le decía que aquel era el momento que llevaba esperando toda su

vida. Una explicación, una explicación real y directa a por qué su aspecto y sus habilidades no cuadraban con las del resto de los tupi.

—Verás Cala, yo no soy tu hermano de sangre —disparó Yuma, y al ver la expresión de asombro en Cala siguió hablando sin respirar—. Yo te encontré en el bosque, en los límites, en uno de los contenedores de basura de los humanos...

Cala se llevó una mano al pecho. Le faltaba el aire. Se puso pálida y Yuma ya estaba arrepintiéndose de habérselo dicho. El abuelo no tenía razón, todos sufrirían cuando ella supiera la verdad, incluso ella misma.

—¿En un contenedor de los humanos?

—Sí, pero, Cala, escucha. Yo en el clan dije que te había encontrado en otro lugar porque sabes que no podemos acudir a ese sitio. Así que me inventé que te había encontrado junto a la cueva oscura, antes el límite no estaba fijado ahí, no hasta que te encontré.

—En los contenedores de los humanos —Cala no parecía escuchar nada de lo que Yuma decía—. Yuma, soy humana ¿verdad?

Yuma no vaciló un momento. Era su oportunidad. Podía decírselo y dejar que todo sucediese como tuviera que suceder. El miedo le atenazaba. ¿Y si se iba al descubrir la verdad?

—¡No! —gritó totalmente arrepentido mientras el rostro de Léndula acudía con fuerza a su mente—. Eres de los nuestros, Cala, te lo juro. Una mujer de los nuestros, de un clan lejano, acechaba cuando te encontré y me pidió que te cuidara. Ella no podía, la habían expulsado de su clan —la mentira salió rápida de su boca.

—¿Por mí? —Cala se miraba las manos temblorosas—. Porque soy así ¿verdad?, no me quisieron.

Cala no lograba asimilarlo. Era aún mucho peor de lo que hubiera podido esperar. Su madre expulsada del clan por su culpa y ella repudiada por todos. Le faltaba el aire y el corazón parecía latirle con fuerza en su sien. Y su madre también la había abandonado. El pecho le ardía y comenzaba a ver puntos negros frente a ella.

—¡Oh, Cala, respira! —rogaba Yuma, y ella le escuchaba desde muy lejos—. Piensa en Léndula, se moriría si sabe que te lo he contado.

Cala sintió tambalearse el suelo, o puede que fuera su cuerpo. Pensó que caería muerta y que eso terminaría con todos sus problemas y, de pronto, se sintió feliz. Dejó que la envolviese el mareo y perdió el conocimiento en el momento justo en que Yuma la recogía entre sus brazos y la llevaba de vuelta al clan.

Léndula saltó sobre ellos nada más verlos. La acostaron en su lecho y la dejaron descansar. Cala durmió más de veinte horas seguidas y al despertar fue a Yuma al primer a quien vio junto a su lecho.

—No se lo contaré —dijo Cala refiriéndose a Léndula— puedes estar tranquilo. El hecho de que yo lo sepa será nuestro secreto.

—De verdad que lo siento, Cala. No quería que te enteraras así, pero no puedo seguir fingiendo que soy tu hermano.

—Pues eso es exactamente lo que vamos a seguir haciendo —dijo ella, con firmeza.

A partir de ese momento la relación con Yuma cambió radicalmente, y Ona no dejó de vigilarla.

Cuando Namid y Sasa regresaron, el vientre de ésta parecía a punto de estallar. Cala se pasaba el día acariciándose y recuperó la serenidad en parte, pero la tensión que existía entre Yuma y ella crecía cada día más.

Cala miraba a su alrededor consciente de que todos, incluso Sasa y Ona, conocían su origen y ella había sido la última en enterarse, la única engañada, y se sentía rabiosa y les odiaba a todos, en especial a Yuma. Luego veía a Léndula trajinando con sus cacharros, totalmente ignorante de que ella conocía aquel secreto, a Kasa que pasaba a su lado y la revolvía el pelo, o pensaba en el abuelo y sus largas charlas y sentía un agradecimiento tan grande por todo lo que habían hecho que tenía que buscar un lugar apartado y allí lloraba entre ahogos.

La relación entre ella y Yuma había cambiado de tal forma que a Cala le parecía imposible que el resto del clan no se diera cuenta.

Quizá pensaran que ahora que Yuma tenía a Ona, era normal que ellos ya no estuvieran tan unidos, pero tanto como para llegar a evitarse... Porque Cala evitaba encontrarse con Yuma, quedarse a solas con él e incluso mirarle a los ojos.

Si por una casualidad sus cuerpos se rozaban, parecía que una descarga eléctrica recorría el cuerpo de Cala, lo cual la dejaba turbada durante horas.

Y luego estaba lo otro. Cala era consciente de la aversión que generaba en Ona y además podía observar claramente cómo

cambiaba el comportamiento de Yuma de estar Ona presente o no. Comenzó a sentir rabia hacia él, le parecía un cobarde, un chico débil e irreconocible cuando estaba con Ona. Y, poco a poco, empezó a tener miedo de sus propios sentimientos hacia él. Un día, mientras pescaba en el arroyo, Yuma se acercó a ella. Cala le vio pero no quiso mirarle y cuando él se puso a su lado y espantó a todos los peces ella no se rió como hacía en otras ocasiones.

—¿Dónde está Ona? ¿Te ha dejado salir a ti solito? —ironizó Cala. Salió del arroyo y Yuma la siguió cabizbajo.

—No seas mala, Cala —contestó apenado. Trató de sujetarla de un brazo pero Cala se deshizo de su mano aunque se detuvo y le hizo frente.

—No quiero que me toques.

—No podemos seguir así —susurró Yuma, como si temiera que les estuvieran espiando.

—Así ¿cómo? —preguntó Cala en voz alta, fingiendo no saber a lo que se refería.

Yuma sonrió de medio lado. Cala observó cómo se movía la nuez en su cuello, como si le costara tragar saliva. Sabía que lo estaba pasando mal, pero en aquellos momentos no le importaba, es más, se alegraba de que fuera así, como si el hecho de que Yuma se sintiera mal le diera la razón en lo que sentía.

—Venga, Cala, ¿qué te he hecho? Parece que me odies. Me cuesta ver cómo me tratas.

Aquello hizo ablandar a Cala. Tenía las lágrimas al borde de los ojos y pensó que era a ella misma a quien más odiaba. ¿Por qué tenía que ser tan débil? Siempre lloriqueando, igual que un bebé.

—Es que todo ha cambiado tanto en tan poco tiempo —se lamentó.

Yuma, que la conocía bien y sabía cuándo se estaba rindiendo, aprovechó para atraerla hacia sí y Cala se dejó consolar por primera vez en mucho tiempo. El hormigueo que recorría su cuerpo en contacto con el de él era tan agradable que deseaba que el tiempo se detuviera. Que se quedaran así para siempre, que no existiera nada más en el mundo que aquel instante.

—No soporto cómo te comportas cuando está Ona —dijo Cala sin poder evitarlo, y se sonrojó porque aquella sonaba a celos.

Yuma se rió. Ella sabía que él había apreciado el rubor en sus mejillas y eso la hacía sentir aún más avergonzada. Se deshizo del abrazo y se cruzó de brazos enfurruñada.

—Nunca me tomas en serio —se quejó—. Es como si para ti siguiera siendo una niña.

—Te aseguro que yo no veo a ninguna niña.

Yuma dejó de reírse. Volvió a acercarse a ella y le acarició una mejilla con una expresión de profunda tristeza. Cala le puso una mano sobre su pecho. El tórax se hinchaba y deshinchaba con rapidez y podía notar los latidos del chico. Él puso una mano sobre la de ella y la miró en silencio unos segundos. Luego apartó su mano con suavidad y se volvió, dejándola turbada.

—Hablaré con Ona, no creo que sea bueno para ninguno que sigamos comportándonos así.

—Vale —aceptó Cala. Se sentía avergonzada y se vio en la obligación de disculparse—. Quizá haya sido culpa mía. Trataré de acercarme algo más a ella —Yuma se dio la vuelta y volvió a observarla.

—Te lo agradecería —contestó.

Al pasar junto a Cala le puso una mano en el hombro y le dio un ligero beso en la mejilla. Cala notó que la piel que había rozado Yuma con sus labios comenzaba a arder al instante.



Si a Ona le hubieran dicho que iba a convivir con una humana se hubiese reído, pero si además le hubieran dicho que iba a sentir celos hacia ella, jamás se lo hubiera creído.

Sin embargo, empezó a sospechar que era así cuando le empezó a doler oír el nombre de Cala en los labios de Yuma, incluso antes de haberla conocido en persona. Mientras aún estaba en el clan de su propia familia ya ese nombre le producía un sentimiento confuso y adverso. El brillo en los ojos del muchacho cuando hablaba de ella no era el mismo que el de cuando hablaba de cualquier otro miembro de su clan.

Luego, las cosas fueron aún a peor cuando tuvo frente a ella a aquella muchacha menuda, con su cabello castaño, los ojos claros, lípidos, y una boca pequeña pero de labios bonitos. Era hermosa. No era de su especie, pero por más que quisiera engañarse no podía dejar de pensar que era hermosa.

"Yuma es como un hermano para ella" se dijo entonces, pero le bastó observarla un poco para ver cómo le miraba. ¿Es que nadie más lo veía? ¿Era efecto de sus celos?

Trató de mantenerlos alejados todo el tiempo que pudo y, finalmente, claudicó cuando les vio hablar en el arroyo y Yuma la besó en la mejilla.

Ona pensaba en todo aquello mientras seguía el camino que Yuma le había enseñado. Quería llegar hasta la raíz de aquel árbol que escondía los tesoros secretos del chico. Recordarlo no era difícil para ella, porque tenía el sentido de la orientación tan

desarrollado como cualquier otro tupi. No tardó en alcanzar el lugar y, una vez allí, se detuvo jadeante.

Yuma la había elegido a ella como esposa, pero su corazón ya estaba ocupado. Se sentía traicionada, pero era una tupi luchadora y no pensaba dejar que nada ni nadie influyera sobre su felicidad.

Había dicho que iba al arroyo y no podía tardar en dar la vuelta o levantaría sospechas. Miró el agujero del árbol, pero contuvo sus ganas de curiosear. Ya habría tiempo para aquello. Luego levantó la cabeza y miró en la dirección que Yuma le había dicho que se encontraba la cabaña del guardabosques. No conocía la distancia exacta, pero por lo que Yuma le había contado, no debía estar muy lejos.

Extremó las precauciones, aspiró aire por la garganta, analizando el más mínimo olor que pudiera haber a su alrededor, y avanzó entre la maleza hasta que ésta comenzó a desvanecerse y llegó a un claro desde el que podía ver la cabaña.

Ona se detuvo y sonrió complacida. ¿Dónde estaría el guardabosques? A Ona no le hacía gracia salir a campo abierto. Sabía que el guardabosques no la alcanzaría jamás si ella salía corriendo, pero le parecía correr un riesgo excesivo. Se quedó allí plantada observando la cabaña, sin apreciar ningún movimiento. El tiempo iba pasando y Ona comenzó a ponerse nerviosa, tendría que dar la vuelta y dejar su plan para otro momento. Estaba a punto de marcharse cuando una idea acudió a su cabeza. Recogió un par de piedras del suelo y tiró una a la cabaña. Esperó. Nada. Tiró la segunda y de nuevo no pasó nada. Sin duda, el guardabosques no se

encontraba en la casa. Aún así recogió otra piedra y la tiró con rabia dando de lleno en una ventana y rompiendo el cristal. Ona se asustó de su propia osadía, y, entonces, vio al hombre acercarse a la ventana.

Ona se quedó inmóvil en el sitio. Él abrió la ventana, observó el cristal roto y luego miró hacia el exterior. Ona parecía una estatua parada entre los árboles que anunciaban la entrada al bosque. Los ojos del hombre se cruzaron con los de ella y los dos permanecieron quietos.

"¿No va a intentar atraparme?", se preguntó Ona. Le pareció que había pasado mucho tiempo cuando, por fin, el hombre se alejó de la ventana y le vio abrir la puerta de la cabaña.

Ona respiraba excitada. Estaba incumpliendo la primera regla de los tupi. Estaba frente a un humano. Pero, pensándolo bien ¿acaso no vivía con una?

Pensó que se sentiría más atemorizada ante aquel humano, no era el primero que veía, pero sí el primero que la veía a ella.

Ona se volvió y se introdujo en el bosque, pero rebajó tanto su velocidad natural que en apenas treinta segundos el hombre ya había vuelto a divisarla. Ona apretó la velocidad para mantenerse a salvo en todo momento, y así le llevó hasta el árbol de la raíz desenterrada. Allí Ona se detuvo. Esperó a que el hombre apareciera entre los árboles. Él lo hizo al momento y se detuvo en su carrera. Comenzó a caminar lento hacia ella, como si fuera un animal más del bosque al que no quisiera asustar.

Ona observó su cabello, con algunas canas. Vio sus arrugas, su piel curtida por el viento y el sol. Tenía los ojos tristes, y no pudo

evitar pensar que le recordaban a los de Cala.

Sin pensarlo le señaló con el dedo índice y él se detuvo del todo. Luego se señaló a sí misma y finalmente al suelo. Después saltó flexionando las rodillas y quedando suspendida un segundo en el aire con un solo impulso felino, por encima del terraplén, y desapareció de la vista del humano a toda velocidad.

—¿Por qué yo? —protestó Cala de forma enérgica.

Léndula acababa de mandarla a buscar a Ona al arroyo. Hacía demasiado tiempo que la chica se había marchado y Léndula comenzaba a preocuparse.

—Porque lo digo yo —contestó Léndula, malhumorada—. Yuma está cazando, si no iría él.

Aquello irritó aún más a Cala.

—Pues si no sabe volver sola que no vaya —se quejó.

La promesa de acercarse a Ona había quedado en el olvido desde que había descubierto su origen. Hacía más de tres horas que la tupi había anunciado que iba al arroyo y aún no había vuelto. Léndula comenzaba a preocuparse y ahora le tocaba a ella ir a buscarla. Estaba harta de aquella situación tan incómoda, y Léndula, ignorante de todo, se lo ponía aún más difícil.

—Vete ya —le ordenó a Cala—, y no os entretengáis.

Como si ella fuera a entretenerse mucho con Ona. Era lo que la faltaba, tener que ir a buscarla y dar la vuelta a solas con ella, o, peor aún, que la humillara dejándola atrás porque ella no tenía la velocidad de los demás tupi. Cala caminó hacia el arroyo sin ninguna gana de llegar. Sin embargo, una vez allí no vio a Ona por ninguna parte.

¿Dónde se habría metido? Avanzó un poco siguiendo la dirección del arroyo pero nada, ni rastro de la mujer de Yuma. Ya llevaba suficiente tiempo en el clan como para haberse despistado. Le parecía demasiado

raro, los tupi tenían un fuerte sentido de la orientación y el olfato les servía de mucha ayuda.

¿Y si la había pasado algo? ¿La habría atacado algún animal?

Recordó a sus tíos, Izel y Azca, muertos tras la picadura de aquella víbora, y un escalofrío la recorrió el cuerpo. Inmediatamente miró al suelo.

—¡Ona! —gritó totalmente consciente de que estaba incumpliendo una de las reglas tupis: no gritar el nombre de otro tupi en el bosque. Empezó a sentir miedo, comenzaba a oscurecer y ella no tenía la aguda vista felina de los tupis en la oscuridad.

Volvió al punto del arroyo que usaban para pescar y aún caminó unos metros en sentido contrario antes de darse por vencida y volver al clan.

Al llegar vio que Yuma y Kasa ya habían vuelto de cazar. Al verla, Yuma corrió hacia ella.

—¿Y Ona? —preguntó.

Cala se encogió de hombros. Le molestó que la preguntara, todo en Yuma parecía molestarla.

—No la he visto —apenas le dio tiempo a decirlo y Yuma ya se perdía en el bosque a gran velocidad. Namid, que había permanecido junto a Sasa todo el día porque los dolores del parto habían comenzado y no quería perderse el nacimiento de su hijo, se asomó en aquel momento y vio el rostro preocupado del resto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Ona, no aparece —dijo kasa.

—Lo siento —dijo Namid—, pero te necesitamos Léndula, el niño ya viene.

Se montó un revuelo terrible, pero Léndula puso orden rápidamente y entre ella y Min se ocuparon de Sasa mientras Namid le sujetaba la mano. Kasa y Cala tuvieron que conformarse con esperar, esperar al bebé y también a Yuma y a Ona.





Al llegar de vuelta a su cabaña, lo primero que hizo Manuel fue sentarse con un lápiz en la mano y un folio en blanco. Su mente recordaba a la perfección cada uno de los rasgos, y, en un momento, tenía un fiel retrato de Ona sobre la mesa. Ese ser maravilloso le había permitido observarle durante unos segundos preciosos.

Manuel no podía dejar de dar vueltas en su cabeza, como si de una película se tratara, al momento en el que escuchó el primer golpe contra una de las paredes de la cabaña.

En ese momento, no había prestado atención, ocupado en hacer un estofado no fue hasta que sonó el ruido de cristal roto que Manuel dejó la cocina y se acercó a la ventana. Entonces la vio, quieta, a la entrada del bosque. Él también se quedó inmóvil, observándola y temiendo asustarla. Se miraban, cara a cara, y poco a poco Manuel se atrevió a acercarse para retirar el estofado del fuego y luego abrió la puerta de la casa temiendo que ella ya no estuviera allí. Le entró la risa al recordar que había sido tan prudente como para retirar el estofado del fuego después de los años que llevaba esperando ver a uno de aquellos seres.

Ella seguía allí. A Manuel le parecía que le estaba desafiando. Le parecía una criatura mágicamente hermosa y avanzó unos pasos hacia ella. Entonces, la criatura se giró y se adentró en el bosque. Manuel se quedó petrificado en el sitio. Ella se detuvo, le

miró, esperó a que él comenzara a andar de nuevo y volvió a correr.

Manuel creyó comprender el juego y la siguió. No le resultaba difícil, era como si ella tuviera medida la distancia a la que le quería mantener y, así, avanzaron por el bosque hasta llegar al claro que daba al árbol desarraigado.

Allí, la criatura se mantuvo quieta un momento mirándole, levantó su mano a la altura de la cara con la palma mirando hacia Manuel, como en un gesto de saludo, y luego se precipitó a la misma velocidad a la que años atrás Manuel había observado escapar a Yuma, y se perdió entre los árboles del bosque.

¿Qué significaba aquello? Había en aquel comportamiento señales claras que cualquiera podía interpretar, los golpes en la cabaña para llamar su atención, el hacer que la siguiera, pero ¿aquel último gesto? ¿un saludo? ¿una petición de ayuda? ¿Qué?

Manuel era incapaz de dejar de darle vueltas en la cabeza a la idea de que aquellos seres necesitaban algo, se lo estaban pidiendo y él no podía ayudarlos porque no llegaba a comprenderlos.

Sentado en la mesa, con el retrato de Ona frente a él, se preguntaba si aquella chica o alguno de los suyos estaría en dificultades y buscaba su ayuda. ¿Y si fuera el bebé humano? Quizá por eso buscaban su ayuda, pensando que al ser él un humano podría hacer algo más que ellos ante el supuesto problema. Pero ¿por qué entonces había huido cuando llegó a aquel árbol?

Aquel árbol era el mismo lugar en el que hacía más de quince años había visto al otro ser cargando con el bebé humano. Aquél

lugar tenía que tener algún significado especial para ellos. ¿Por qué le había guiado hasta allí?

En su cabeza todo eran conjeturas, pero, sin saber por qué, Manuel comenzó a frecuentar aquel lugar. Todos los días se pasaba por allí al menos un par de veces, y, a partir de aquel día, estaba hipervigilante, a la espera de cualquier sonido que se produjese alrededor de la cabaña.

Colgó el retrato de Ona junto al de los otros seres y se dispuso a esperar, seguiría esperando, esperaría todo el tiempo que fuera necesario.



Ona atravesó el bosque a gran velocidad y llegó sofocada al arroyo. Era tarde, sabía que llevaba demasiado tiempo fuera y que estarían preocupándose por dónde estaría, pero tenía que recomponerse antes de volver al clan. Se detuvo junto al arroyo, se agachó y se lavó la cara. Bebió agua y levantó la cabeza asustada cuando oyó la voz de Yuma tras ella.

—¡Ona! —gritó él.

Llegaba también fatigado, como si hubiese llegado corriendo a gran velocidad. Se acercó a ella y la sujetó por los hombros.

—¿Qué te ha pasado? Es muy tarde, ¿por qué no has vuelto al clan?

Ona le miraba dubitativa ¿cuánto sabía él? Le pareció obvio que acababa de llegar al arroyo, estaba incluso más fatigado que ella, o, al menos, él no se molestaba en disimularlo. Así que se arriesgó al decir.

—No me ha pasado nada. Estaba tan entretenida que no me di cuenta de lo tarde que era.

Yuma recuperó el aliento. Miró a su alrededor, comenzaba a tranquilizarse al ver que la chica estaba bien.

—¿Y dónde has estado? ¿Sabes lo preocupadísimos que estábamos? Cala vino a buscarte y no te encontró.

—¿Cala? —la mente de Ona trabajó rápidamente— No me he movido del arroyo, y yo no he visto a Cala. Lo siento muchísimo —dijo zalamera—, perdóname Yuma, te prometo que no volveré a entretenerme.

Atrajo a Yuma hacia sí y le besó suavemente. Yuma se dejó hacer, pero sin responder al

gesto cariñoso, su mente se encontraba ocupada en ese momento con un pensamiento que le corroía por dentro. Cala les había mentido. No podía apartar ese pensamiento de su cabeza. Ona decía que no había visto a Cala.

—¿Dices que Cala no ha venido por aquí? ¿Estás segura de haber estado todo el rato aquí?

Ona se mostró ofendida. Sabía que tenía que jugar muy bien sus cartas, ahora sólo tenía su palabra contra la de Cala. Su palabra de tupi frente a la palabra de una humana. No era posible que Yuma pudiese preferir creer a alguien que no era de su misma especie antes que a ella. La rabia y los celos la consumían, pero sabía que debía mantener la calma.

—Claro que estoy segura —afirmó —, ¿acaso no me crees?

—Sí, es sólo... —A Yuma le costaba creer que Cala les hubiera mentido. Jamás la había pillado en ninguna mentira, pero era cierto que su comportamiento había cambiado mucho y que ella misma le había reconocido que no se encontraba cómoda con Ona— Está bien, volvamos al clan, yo hablaré con Cala.

Ona se mostró angustiada.

—¡Oh,no! Tengo la sensación de que no le gusto y eso sólo empeoraría las cosas.

—Esto no puede quedarse así —Yuma se mostró firme.

Hasta Ona se daba cuenta de la animadversión que causaba a Cala. Las cosas se estaban complicando y Yuma se sentía culpable con aquella situación.

Al llegar al clan, se encontraron con el revuelo generado por el nacimiento del bebé de Namid y Sasa. Durante unos momentos parecían haber olvidado que podían sorprenderles y festejaban con alborozo el nacimiento.

—Ona, hija mía, ¿dónde estabas? —Léndula, radiante y eufórica con que hubiese salido bien el parto de Sasa, abrazó a la chica y Yuma se acercó a ellas y susurró.

—Está bien, mamá, eso es lo importante.

Vio a Cala acercarse a él con un pequeño bulto envuelto en una piel suave. Tenía las mejillas sonrosadas de emoción y una sonrisa temblorosa iluminaba todo su rostro. A Yuma le pareció que estaba más bella que nunca, pero su cara sólo reflejó una frialdad extrema cuando ella le tendió el bebé. Lo recogió de sus brazos sin mirarla y Cala sintió que el mundo se hundía bajo sus pies, pues nunca había sentido tanta indiferencia por parte de Yuma.

Con el bebé en sus brazos, Yuma no pudo evitar recordar cuando había llevado a Cala abrazada contra sí. Cómo había cambiado todo desde entonces. Sin saber aún si era un niño o una niña, igual que le pasaba ahora con aquel bebé, y los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Es un niño —dijo Léndula, sacándole de la duda—. Namid quiere que se llame Azca, como su valiente padre.





—¡Eso es mentira! —gritó Cala, fuera de sí. Yuma acababa de echarle en cara que no había ido a buscar a Ona al arroyo y les había mentado a todos. Ellos mismos se encontraban en el mismo lugar en el que Yuma había encontrado a Ona.

Cala se había asustado cuando Yuma se había acercado a ella sujetándola de un brazo y le había dicho que fuera discreta y le acompañara, que tenía que hablar con ella.

Para sus adentros, Cala había imaginado mil conversaciones en el corto trayecto entre la guarida y el arroyo, pero en ninguna Yuma la acusaba de haber mentado.

—Estaba aquí mismo, Cala —rugió Yuma—, ya basta de mentiras.

—Yo no miento —se defendió Cala. Resopló muy cerca de él, como un pequeño toro enfurecido. A fin de cuentas ella no era capaz de bufar como los tupi.

—Entonces miente mi mujer ¿no? Eso es lo que estás diciendo ¿verdad?

Era la primera vez que Cala le oía llamarla mujer y sintió una punzada en el pecho. De repente, todo se había vuelto en su contra y ella se había convertido en la mala. No podía entender cómo había llegado a aquel punto, ella y Yuma habían sido prácticamente la misma persona durante muchos años, y ahora estaban a miles de kilómetros de distancia ¿Qué les había pasado?

—Yo sólo sé que estuve aquí y no la vi —dijo Cala.

—Pues yo sólo sé que Ona no tiene ninguna razón para mentirme —contestó Yuma.

—Y yo sí, ¿verdad? —preguntó Cala al borde del desmayo por la impotencia que sentía.

—Eres tú la que se muestra hostil con ella —dijo Yuma—, me dijiste que no estabas cómoda cuando estabas con ella, tal vez no te apetecía verla y preferiste decir que no estaba aquí sin venir a comprobarlo —ironizó.

Cala notó que le ardían los ojos y de nuevo se sintió débil y estúpida. Estaba claro que Ona había mentido a Yuma y ahora era ella la que quedaba por mentirosa. Que las lágrimas brotaran no significaría para él otra cosa más que una señal más de que mentía. Sin embargo, al ver el estado en el que se encontraba y que no contestaba, Yuma pareció ablandarse.

—Cala, eres mi hermana y te quiero... —comenzó a decir, pero Cala le interrumpió de golpe. Sus ojos llorosos ahora se llenaron de odio y, a Yuma, le pareció que escupía cada una de las palabras.

—No soy tu hermana y tú lo sabes. No quiero que vuelvas a decirme algo así, no quiero que vuelvas a hablarme más de lo imprescindible, no te acerques a mí, no me toques, olvídate. Si no quieres creerme no lo hagas. Yo hace tiempo que dejé de confiar en ti —se giró y volvió al clan.

Al llegar fue hasta el lecho de Sasa, se abrazó a ella, y estuvo llorando un buen rato mientras la muchacha la arrullaba como si Cala fuese su verdadero bebé. Luego estuvo observando cómo Sasa le daba de mamar al pequeño Azca y luego ella misma le durmió en su regazo.

A partir de ese momento no volvió a dirigirle la palabra a Yuma. Léndula murmuraba para

ella cuando les veía cruzarse evitando mirarse.

Min negaba con la cabeza y no decía nada, pero pensaba en cuánta razón tenía su marido en todo lo que decía, y también en lo que no le llegó a decir a nadie más que a ella, antes de partir a un mundo mucho más tranquilo que este en el que le había dejado a ella tan sola.



Ona apareció una mañana temprano en la habitación de Cala. Golpeó un par de veces en la puerta y entró sin esperar a que Cala la invitara a pasar. Sus dedos acariciaron la madera mientras cerraba la puerta tras de sí y después se volvió despacio ante los ojos asombrados de Cala.

—Yuma me ha pedido que venga a verte —los ojos de Ona miraban a Cala con suspicacia—. No sé lo que pasa, pero está empeñado en que seamos amigos.

Se dejó caer en el lecho de Cala con total confianza y antes de que ésta pudiera echarle en cara su mentira olisqueó a su alrededor con descaro y atrapó su atención. La estaba oliendo a ella.

—¿Qué pasa? ¿Huelo mal? —preguntó Cala, enfadada.

Lo de aquella chica no tenía nombre, todavía no daba crédito a lo que estaba haciendo, venía para buscar su amistad después de haber mentido y, encima, la olía con un descaro total.

—¡Oh, no! —replicó Ona, avergonzada—. Es sólo que tu olor, no sé, me recuerda... —se quedó callada.

—¿Qué? —apremió Cala.

—¡Bah!, es una bobada —dijo Ona, e hizo amago de levantarse pero Cala, muerta de curiosidad, la retuvo sujetándola de un brazo. Al darse cuenta de su brusquedad la soltó y la miró suplicante.

—No, dime —pidió.

Ona se acercó mucho a Cala, la apartó el pelo y hundió el rostro en su cuello mientras aspiraba. Cala se sentía incómoda con

aquella chica tan cerca, pero estaba totalmente intrigada con aquel comentario. El pelo de Ona le hacía cosquillas y sin quererlo Cala comenzó a reír.

—Me hueles a humana —espetó entonces Ona.

La risa de Cala se cortó repentinamente. El calambre que le recorría el estómago cuando escuchaba hablar sobre los humanos se multiplicó por mil al escuchar a Ona decir aquello. Tragó saliva con dificultad y estaba a punto de hablar cuando Ona la miró a los ojos unos segundos muy seria y, luego, fue ella la que comenzó a reír.

—¡Vamos, Cala, no pongas esa cara!

Cala se levantó del lecho y cogió un trozo de espejo que guardaba con primor.

—¿Lo dices en serio? ¿huelo a humana? —preguntó, mirándose fijamente en el espejo.

—Bueno —titubeó Ona—, sólo he olido a un humano una vez, hace tiempo...

—¿Y? —volvió a apremiarla Cala, deseosa de que se dejara de rodeos y fuera directa al grano.

—Pues sí, es cierto que tu olor me recordó al de aquel, pero tal vez me lo imaginé, hace ya mucho tiempo de aquello.

Cala seguía observándose en el espejo y Ona entró en su campo de visión. No eran tan distintas, Ona tenía aquellos ojos rasgados enormes tan característicos, la nariz más ancha, pero en lo demás...

—No sé si puedo creerte —dijo de pronto, Cala.

El rostro de Ona, que aún se reflejaba en el espejo, cambió totalmente de expresión. Sabía bien a lo que Cala se refería.

—Tuve que hacerlo, Cala, tuve que mentir —los ojos de Ona se llenaron de lágrimas.

Se acercó a la puerta de la habitación, la abrió y espió el exterior, luego se volvió hacia Cala y en un susurro dijo.

—Infringí una norma.

Cala abrió mucho los ojos, sorprendida. Hacía un momento no sabía nada de aquella chica, y, ahora, le estaba desvelando un secreto. Volvió a mirar fuera del cuarto.

—Tuve que decir que estaba en el arroyo porque no podía decir dónde había estado en realidad.

—¿Dónde? —Cala estaba intrigadísima— ¿Dónde estabas?

Entonces, Ona se puso un dedo en los labios indicándola que guardara silencio y volvió a sentarse en su lecho apresuradamente. Léndula entró en el cuarto y se quedó mirándolas un segundo, sorprendida, pero se recuperó en seguida.

—Buenos días —dijo Léndula, y luego se aproximó al lecho y besó a Cala— ¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy bien, mamá, y Ona está siendo muy amable conmigo, creo que las cosas empiezan a ir mejor —dijo Cala, confundida. En su cabeza sólo daba vueltas una idea ¿Dónde había estado Ona cuando dijo que estaba en el arroyo?

—Bien, bien, me gusta ver que por fin sois amigas —Léndula le apretó las manos a Ona y la sonrió mientras ella agachaba la cabeza en un gesto tímido. Luego se levantó y salió del cuarto.

—¿Dónde? —preguntó Cala de inmediato a Ona— ¿Dónde estabas?

Ona cogió el viejo peine de Cala y se colocó a su espalda. A Cala le recordó a Sasa, pero no se parecían en nada.

—Deja que te peine —dijo.

Comenzó a hacerlo con suavidad, sus labios muy cerca de la oreja derecha de Cala.

—¿Puedo confiar en ti?

Cala asintió mansamente con la cabeza mientras sentía cómo las púas del peine rascaban su cuero cabelludo.

—Sé que no hemos empezado con buen pie —continuó Ona—, pero supongo que es difícil para ti después de la relación tan estrecha que mantenías con Yuma...

—Sí —asintió Cala, de nuevo.

—Yuma me habló de un lugar más allá de los límites, un lugar secreto.

Inmediatamente, Cala sintió una punzada de celos. Un lugar secreto más allá de los límites, a ella jamás le había contado nada de aquello. ¿Estaría Ona mintiendo de nuevo?

—A mí nunca me ha hablado de ese lugar —murmuró Cala.

—Lo sé, nadie lo conoce, salvo él —mintió Ona— y ahora yo.

Las manos de Ona trabajaban en el pelo de Cala con suavidad y su aliento tibio le rozaba el cuello.

—Pero como quiero que me perdones y seamos amigas estoy dispuesta a enseñarte ese lugar —dijo Ona.

Cala intentaba pensar con claridad. Un lugar más allá de los límites, eso podía ser muy peligroso y además infringiría ella también las normas, pero la curiosidad y los celos que sentían eran más fuertes que el miedo.

—Si vamos a ser amigas, a mí me gustaría serlo de verdad, sin secretos.

Aquella frase raspó el corazón dolorido de Cala. Yuma no había confiado en ella, nunca le había mostrado ese lugar, si es que existía.



—¿Me llevarás? —preguntó.

Ona sonrió mientras presionaba el peine sobre su cabeza con un poco más de fuerza.

—Eso está hecho, solo necesito que digas que esta tarde nos vamos a pescar.



Mientras Ona y Cala se adentraban juntas en el bosque, Yuma lanzaba su lanza sobre un jabalí y pensaba en que aquel era su día de suerte.

Cala, sin embargo, corriendo por el bosque junto a Ona, pensaba que sentirse cómplice de aquella chica era lo último que hubiera imaginado. Su cabeza daba vueltas sin cesar acerca de lo que estaba haciendo. La idea de estar traicionando a los miembros de su clan la hacía sentir terriblemente culpable, pero el sentirse ella misma traicionada por Yuma superaba aquellos sentimientos al punto de querer asegurarse de que Ona, en esta ocasión, no mentía.

Ona tenía que adaptar su paso al de Cala, mucho más lento, y ésta observaba su gesto contrariado y le parecía que había cambiado. Era una muchacha extraña, de su rostro parecía haber desaparecido toda la dulzura de la mañana y, sofocada, Cala se dio cuenta que habían salido de los límites permitidos y se dirigían en dirección a la cabaña del guardabosques.

Una corazonada traspasó su estómago y la hizo recapacitar acerca de lo que estaba haciendo.

Se detuvo agotada y respiró con dificultad. Ona, que había avanzado unos metros más, se detuvo también y regresó a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Estás cansada? —preguntó burlona.

Cala la miró, ahogada. Aquella tupi era peor de lo que pensaba, quería llevarla a la cabaña del guardabosques. No podía saber con qué intención pero no le gustaba nada.

Todo su clan se había encargado desde que nació de advertirle lo peligroso que era acercarse a un humano.

—Sé lo que pretendes, me llevas a la cabaña del guardabosques, eso es muy peligroso.

Ona negó con la cabeza y se agachó a su lado. La chica que la peinaba por la mañana iba y venía y Cala se sentía cada vez más confundida. Ahora tenía en su rostro un gesto dulce, cándido, casi compasivo.

—No, no vamos a ninguna cabaña —dijo suavemente— Vamos a una cueva, una cueva natural formada por el derrumbamiento de un lateral de tierra. Allí hay un hueco bajo la raíz de un árbol en el que Yuma guarda objetos de los humanos ¿de verdad nunca te habló de ella? —y le pareció que al preguntárselo había un tono de superioridad en sus palabras—. Fue allí donde me llevó. "De aquí no puedes pasar" me dijo. La cabaña está como un kilómetro más allá. Supongo que a ti te puso los límites antes para que no descubrieras ese lugar —entonces metió la mano en su bolsita de piel y sacó un objeto plano y dorado—, mira, me regaló esto—se lo alargó a Cala.

Cala sujetó el objeto entre sus manos. Era precioso, levantó la tapa y quedó prendada con el espejo. Una cueva con objetos de humanos, Cala ataba cabos rápidamente. Su cochecito rojo había salido de allí, claro. ¿Pero por qué Yuma nunca le había hablado de aquel lugar? Él sabía de la enorme curiosidad que ella sentía por la raza humana. Toda su vida había hecho preguntas y había sentido la necesidad de saber sobre ellos, y Yuma le había negado todo aquello que ahora le había ofrecido a Ona. De nuevo los celos se le agarraron al

estómago. Miró a Ona, su expresión satisfecha, sonriente.

—Llévame —ordenó secamente a Ona, y la tupi no esperó a que se lo repitiera.

Mientras, Yuma llegaba al clan cargando con el jabalí. Su expresión jubilosa se congeló al enterarse de que Ona y Cala se habían internado juntas en el bosque hacía horas y nadie en el clan había sabido más acerca de ellas.



Cala se dejó resbalar por la pared embarrada y aterrizó junto al hueco que dejaba la enorme raíz desarraigada de un árbol.

Ona ya estaba abajo, por supuesto, y le hizo a Cala un gesto para que esperase. Metió la mano en el hueco y comenzó a sacar objetos que dejaba caer al suelo. Cala se agachó a su lado y comenzó a amontonar los objetos mientras los miraba extasiada. Ona terminó de vaciar el hueco y se volvió hacia Cala que, arrodillada, acariciaba los objetos y los pasaba de una mano a la otra. Ona la observaba.

Cala no podía creerse que Yuma no hubiese compartido algo así con ella. Cada objeto era como una puñalada a su autoestima, a su confianza en Yuma.

—¿Reconoces alguno? —preguntó Ona, de forma misteriosa.

—No, ya te dije que nunca me enseñó nada de esto —dijo Cala, sin entender a qué venía aquella pregunta.

—Pero ¿no te suenan? ¿no te recuerdan nada? —preguntaba Ona, ansiosa.

—¿Qué deberían recordarme? —preguntó Cala.

La actitud de Ona le parecía tan extraña que comenzó a sentirse asustada y arrepentida por haber infringido las normas. A fin de cuentas, aquellos objetos no valían nada, no tenían tanto valor como para haber infringido una norma, haber desobedecido a todo el clan y haberles puesto a todos en peligro. Cala suponía que lo único que la había impulsado a cometer aquella insensatez había sido su ansia de descubrir

que Ona le estaba mintiendo, que aquel lugar no existía y que Yuma nunca había tenido secretos para ella. Ahora se encontraba allí y sabía que nada de lo que quería creer era cierto.

Pero ya estaba, no había más. Aquel lugar estaba prohibido, Yuma no se lo había inventado, el resto del clan también se lo habían recalcado durante toda su vida. Hacía poco que Yuma le había confesado su verdadero origen y el motivo por el cual los límites se habían acortado hasta aquel lugar. Cala ataba cabos. Yuma escondía allí todos aquellos objetos y un día la había encontrado a ella, como una de aquellas cosas que escondía y por eso habían prohibido que se acercaran por allí. Prefirieron no volver por el lugar en el que Yuma la había encontrado, tal vez temían que ella tuviese algún tipo de recuerdo aun siendo tan pequeña cuando la habían encontrado.

¿Era eso lo que pretendía Ona? ¿Qué ella recordase algo anterior a su entrada en el clan? ¿Algo relacionado con su verdadera madre, la que la abandonó?

—¿Quieres llevarte algo? —preguntó Ona con una sonrisa triunfal en los labios sacando a Cala de sus cavilaciones.

—No... — murmuró Cala, derrotada. Debía reconocer que Yuma le había escondido aquel lugar.

—Yo no diría nada —susurró Ona—, Yuma se enfadaría mucho si supiera que ahora conoces su secreto.

Su sonrisa se hizo más amplia y caminó unos pasos en dirección a Cala, pero, de pronto, se detuvo, todo su cuerpo tenso, las



aletas de su nariz en movimiento, sus ojos fijos en algún punto tras la espalda de Cala. Y entonces su sonrisa se amplió aún más. Una sonrisa que denotaba un triunfo verdadero, un triunfo deseado como ningún otro.

Saltó de golpe, como si tuviera un muelle gigante bajo los pies. Flexionó las rodillas y saltó por encima de Cala, sin llegar a rozar la pared embarrada, y salió corriendo sin más, adentrándose en el bosque.

Cala sintió pánico. Un escalofrío recorrió su espalda, y el sonido de una rama al partirse tras ella la decidió a girarse para enfrentarse a lo que más temía. Se giró aún arrodillada en el suelo y sus ojos se encontraron con otros ojos ¡como los suyos! Su rostro observaba otro rostro con sus mismos rasgos, ojos más redondeados y pequeños, nariz prominente... ¿Qué significaba aquello? Era como en sus sueños, pero ahora no soñaba ¿o sí? Todo era tan extraño, ella allí, en un lugar prohibido, Ona huyendo y aquel ser, aquel ser tenía que ser un humano.

Se puso de pie muy despacio, mientras seguían observándose. El hombre permanecía muy quieto, pero su cuerpo también estaba en tensión. Cala respiró agitadamente, y, soltando un grito, salió corriendo. Sin embargo ella no era una tupi y no había recorrido ni diez metros cuando el hombre la alcanzó. Ella forcejeaba y el hombre la derribó al suelo y la inmovilizó sujetándola por las muñecas.

—Tranquila, no tengas miedo —repetía sin cesar, pero Cala movía su cuerpecito bajo el peso del hombre y trataba de zafarse a toda costa.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

Cala no podía ni hablar. La cabeza le daba vueltas, en su mente tenía la imagen de Ona huyendo. La había engañado bien. La había llevado hasta allí y luego la había abandonado y dejado que la capturara aquel humano.

—Por favor, no me temas —suplicó el hombre.

Cala se detuvo en su forcejeo y comenzó a sollozar mansamente. Todo se había perdido. Ya no le importaba nada. Aquel humano podía hacer con ella lo que quisiera, ya no le importaba.

El hombre la miraba embobado.

—Eres aquel bebé. Lo sabía. Eres una niña preciosa.

De pronto, Cala sintió un golpe y escuchó el bufido del hombre y el gruñido sordo de Yuma.

Agarró al hombre del cuello y lo levantó en vilo liberando a Cala. Ella quedó en el suelo conmocionada hasta que Yuma le hizo un gesto para que corriera.

Esperó con el hombre agarrado del cuello, su rostro cada vez de un color más rojo, hasta que la vio adentrarse entre los árboles del bosque, y entonces lo lanzó a un lado con fuerza. El hombre cayó al suelo y se agarró el cuello mientras tosía.

Yuma salió corriendo hasta alcanzar a Cala. La cogió entre sus brazos y la abrazó contra sí, mientras corría bosque adentro, como cuando ella era un bebé y el mismo hombre los había descubierto aquella primera vez.

Cala deseaba que aquel abrazo no terminara nunca. Sentía, junto a su oreja, el agitado pecho de Yuma y sus brazos fuertes; tan fuertes que podrían destrozarla, y, sin embargo, la abrazaban y la habían abrazado siempre, y pensaba en lo fácil que sería todo si ella hubiera sido una tupi más.

Pero no lo era. Ahora ya era seguro que no lo era. Ahora ya no había vuelta a atrás, ya no había más mentiras que él se pudiera inventar. ¿Para qué? ¿Para protegerla? ¿Por eso la había mentido durante todos aquellos años?

No quería saberlo. No quería que aquella carrera terminase nunca, quería que aquellos brazos no la soltasen nunca.

Pero el abrazo terminó. Lo hizo muy cerca del refugio del clan y entonces Cala se percató de lo enfadado que se veía a Yuma y se sintió aterrorizada por todo lo que la acababa de pasar.

—¡Rompiste las reglas! —gritó iracundo—  
¡Pasaste los límites!

Cala rompió a llorar. La rabia volvía a inundarla por completo al pensar en el secreto que Yuma nunca le había contado. ¿Cómo se atrevía a decirle algo así después de lo que acababa de pasar?

—No es verdad, tú me engañaste, marcaste el límite antes para mí —gritó con rabia.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Yuma, incrédulo.

—Ona me lo contó. Yo pensé que no tenías secretos para mí —dijo Cala. Ahora estaba tan desilusionada, que la voz apenas le salió del cuerpo.

—Ona —murmuró Yuma mucho más calmado. Negó con la cabeza—, menuda desilusión —miró a Cala a los ojos—. Te abandonó ¿verdad? Te llevó hasta allí y cuando apareció el humano te dejó tirada —recompuso Yuma la historia.

Cala bajó los ojos al suelo. Le temblaba la voz.

—Supongo que sintió miedo —replicó ella.

—¡Oh, Cala! ¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—Yuma parecía de nuevo enfadado— ¿Es que no ves lo evidente? ¿Qué más necesitas para darte cuenta?

Cala negó con la cabeza. No, no quería darse cuenta, no era posible. Todavía estaba conmocionada por el encuentro con el humano y no, no quería pararse a pensar, no podía admitir lo que había sentido al ver aquel rostro. Los humanos eran seres despreciables, malvados incluso con los de su propia especie. Seres indolentes de los que había que permanecer lo más lejos posible. Cala se volvió hacia Yuma y le miró a los ojos.

Era absurdo que estuvieran hablando de aquello. De si Ona la había engañado, de si la había dejado abandonada ante el guardabosques. Había algo mucho más importante y ninguno de los dos parecía quererlo afrontar.

—Quiero que tú me lo digas, eso necesito. Necesito que tengas agallas para decirme de una vez por todas si soy hija de Léndula, de una tupi que me abandonó o de una humana —escupió con rabia.

Yuma recordó a su abuelo. Él le había dicho, una vez, que le confesara a Cala la verdad, que él la había encontrado y a él le correspondía decirle la verdad. Pero la

verdad era tan dolorosa para él, que pronunciarla en voz alta le parecía casi un sacrilegio.

Mierda, Cala acababa de ver a un humano. Lo había tenido durante largos minutos frente a sus ojos, ahora sabía cómo eran...

Yuma sujetó a Cala por los hombros.

—Para mí tú eres mi hermana —dijo.

Cala le apartó de un empujón. No, ya estaba harta de aquella excusa. Aquello era una excusa para no decirle la verdad, ninguna verdad.

—No me digas eso, porque ni siquiera eso es verdad y no soporto oírlo. Si eso fuera así, Ona no me hubiera arrastrado hasta ese lugar para mostrarme la verdad.

—Ona será desterrada —dijo Yuma, apretando los puños.

—No, Yuma, yo soy la desterrada. Me ha visto un humano, te ha visto a ti, ha visto a Ona...

Yuma volvió a acercarse a ella a pesar de su gesto de rechazo. Ahora rechazaba el contacto con él.

Yuma levantó las manos para darla a entender que no la tocaría, que estuviera tranquila.

—No, Cala, no tiene por qué ser así. Podemos huir, buscar otro hogar, un refugio lejos de aquí.

Cala le miró suplicante.

—No lo entiendes, Yuma, el caso no es ese, aunque sigamos juntos, siempre seré distinta. Yo ya no sé quién soy, ni qué soy, ni lo que siento —dijo mirándole.

Yuma negaba con la cabeza aún con las manos levantadas, las palmas vueltas hacia ella.

—Necesito que tú me lo digas, lo necesito.

Yuma se dio la vuelta para no mirarla a la cara.

—Eres una humana —susurró.

Cala comenzó a llorar despacio.

—¿Cómo llegué aquí?

—Te recogí en uno de los contenedores de los humanos. Eso es cierto, lo de la tupi que te conté no. No sé quiénes son tus padres, solo te encontré a ti, enterrada entre la basura de uno de los contenedores.

Cala respiró hondo. Yuma volvió a enfrentarse a ella y vio su rostro demolido por la tristeza. Se acercó de nuevo y la abrazó. Ella se dejó querer como una niña pequeña.

—Lo siento, Cala, ahora siento como si te hubiera robado la vida.

—¿Qué vida? —murmuró ella.

Llevaban un rato abrazados, cuando Léndula apareció entre la maleza.

Léndula apareció sofocada. Ona hacía un rato que había aparecido sola en el clan, no le habían conseguido sacar ni una palabra. Léndula la había perseguido de un lado a otro como una loca hasta que Min le había dicho con autoridad que la dejase estar.

Ahora se quedó mirando asombrada al percatarse de las lágrimas de Cala.

—¿Qué pasa, niña? —exclamó abalanzándose sobre ella. Luego miró a Yuma con dureza— ¿Qué está pasando? Ona llegó como una exhalación, recogió unas cuantas cosas y se fue sin tan siquiera abrir la boca.

Yuma se acercó a su madre y le pidió que se sentara. Su madre se soltó de Cala y puso los brazos en jarra, sonrió de medio lado y miró a su hijo con desconfianza.

—Aunque sea una mujer soy mucho más fuerte que todos mis hijos juntos. ¿Qué es lo que está pasando?

Lo dijo incluyendo a Namid y Cala como hijos suyos, como si sospechara de alguna manera lo que se la venía encima. Aquella estaba resultando una noche demasiado dura para Yuma. No era suficiente con que Cala se hubiese enterado de la peor forma de aquel secreto que había guardado durante años, sino que ahora le tocaba el turno de lidiar con la verdad a Léndula.

Yuma sujetó a su madre por los hombros.

—Mamá, Cala sabe que es una humana.

Léndula se mantuvo unos instantes inmóvil y en silencio. Luego se deshizo de los brazos de su hijo con suavidad y se volvió hacia Cala. Su rostro estaba congestionado y los ojos casi suplicaban cuando la habló:

—No le habrás creído ¿verdad?

Yuma negó con la cabeza y se colocó frente a su madre. Sabía el dolor que estaba sintiendo. Sabía el destrozo que aquella situación estaba causando en su corazón. La fortaleza de Léndula siempre había sido como un castillo de naipes, podía ser enorme y al segundo derrumbarse de un único soplido.

—Mamá, déjalo, sabe la verdad. Mamá, ha llegado el momento de aceptarlo.

Léndula negaba con la cabeza, sin cesar. Las aletas de su nariz chata se distendían y su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado.

—No, la verdad es que ella es mi hija, esa es la única verdad —se volvió de nuevo hacia Cala—. Eres mi hija, yo siempre te he querido como tal y tú lo sabes —las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro y Cala acudió a ella y la abrazó.

—Lo sé y te quiero, pero soy muy desgraciada mama.

—¿Por qué? Todos te queremos, hija —Léndula la abrazaba con desesperación.

—Lo sé, mamá.

Cala la apartó un poco de sí y le limpió los ojos. Léndula era la única madre que conocía. Léndula le había dado todo lo que su verdadera madre le había negado, así que en eso tenía razón, ella era su madre, ellos, todo el clan la quería. Yuma la quería...

Yuma avanzó hacia Léndula y la abrazó. Aún quedaba algo más que contar. Aquella noche no parecía tener fin.

—Hay un problema más, mamá. El guardabosques nos ha visto.

Léndula se llevó una mano a la boca.

—¿A los dos?

—En realidad a los tres. A Ona también.



A Léndula pareció encendérsele una bombilla.

—Por eso ha huido—exclamó—, le entró miedo.

Yuma volvió a apretar los puños al recordar la traición de Ona.

—No, mamá, huyó porque fue ella la que llevó a Cala a ver al guardabosques y la dejó allí abandonada. Era una trampa. Ona quería que Cala descubriese que ella es humana.

Léndula se llevó las manos al rostro y las apretó contra él. Después, miró a sus hijos de forma severa, era la misma Léndula dura de siempre.

—Está bien. Todo lo que temíamos ha pasado. Peor aún, un humano nos ha descubierto.

Cala agachó la cabeza.

—Lo siento, mamá.

Léndula le acarició el rostro.

—Sush no te echaría jamás la culpa a ti.

Las miradas de Yuma y Léndula se cruzaron en la ya oscuridad. Ambos pensaban en lo mismo.

—Vayamos a la cueva, hay que buscar una solución a todo esto —dijo la madre. Luego comenzó a caminar y, a medio camino, volvió a girarse hacia ellos—. Quiero estar segura de que no ocultáis nada más. No quiero más sorpresas ¿entendido? Así que decidme ¿me queda aún algo más que deba conocer? Si es así, os agradecería que me lo hicieseis saber ahora, mejor saberlo todo, mejor hacer caso de Sush aunque ya sea demasiado tarde.



Buscaron a Ona por el bosque sin obtener ningún resultado. Ya había oscurecido por completo y Yuma y Namid se adelantaron al resto de la familia. Solo Sasa se había quedado en la guarida con el bebé y con Min. Kasa iba también unos metros por delante y Léndula y Cala caminaban más atrás.

—Deberías haberte quedado en la guarida, no ves apenas en la oscuridad y puedes herirte.

—Ahora sé por qué —dijo Cala.

Léndula la abrazó.

—Lo siento, Cala. Sush quería contártelo pero yo tenía tanto miedo... tanto como Yuma a perderte ¿entiendes?

Kasa regresó a su lado y lanzó un agudo silbido que los tupi reconocían entre ellos.

—Es inútil, nos saca mucha ventaja.

Finalmente, abandonaron la búsqueda y dieron por hecho que habría vuelto a su clan, con su familia, posiblemente asustada por la reacción de Yuma y el resto del clan cuando se enterara de su traición.

Yuma decidió que al día siguiente partiría al clan de la familia de su esposa para asegurarse de que era allí donde estaba y dar por terminada su relación. Una traición como aquella, era motivo suficiente para pedir la anulación.

—No quiero ser la causa de tu separación —gimió Cala al escucharle.

—Ya basta, Cala, Ona sabía lo que hacía y a lo que se arriesgaba con ello. Tú no eres la causa de nada de lo que ha sucedido.

Cala agachó la cabeza sin decir nada, aunque estaba segura de que ella era la

única causa de todo lo que había sucedido, y no solamente por el hecho de ser humana.

La familia entera se reunió para tratar el tema de Cala y tomar una decisión. Cala se sentó entre Léndula y Sasa en la amplia cocina y tomó al pequeño Azca en brazos. Pensar en que no pudiera verle crecer la hacía estremecer.

Min, que ahora era el miembro de más edad del clan, tomó el lugar del abuelo.

—Bien, una vez más, mi querido Sush tenía razón y deberíamos haber ido con la verdad por delante —miró a Léndula fijamente—. Deberíamos haberle confesado a Cala su origen mucho antes y haberla ahorrado así éste y otros muchos más tragos desagradables —Cala levantó la cabeza asombrada. De golpe comprendía un montón de las conversaciones que había mantenido con su abuelo. El abuelo, tal y como le había dicho quiso hacerle ver la verdad en muchas ocasiones. Pero ella no le había entendido, o no le había querido entender, porque también ella intuía que sabía la verdad desde hacía mucho tiempo pero que no había querido afrontarla.

—Ahora ella lo sabe, ha tenido que enterarse de una forma terrible y todo el clan está en grave peligro —la abuela Min suspiró—. Está claro que Cala es una de los nuestros por muy humana que sea y si ella lo desea seguirán formando parte de este clan, pero es únicamente su decisión, la que tendría que haber tomado hace mucho tiempo si hubiese conocido la verdad —la abuela la miró.

—Es lo que más deseo, abuela —contestó ella.

—Bien, me alegra oírte decir eso, pero no hemos tenido suerte, este problema nos ha pillado en el principio del invierno. Construir ahora otro refugio va a ser prácticamente imposible y, sinceramente —volvió a mirar a Cala—, no sé si habrá algún clan que quiera acogernos en su guarida hasta que empiece la primavera y podamos construir otro hogar para nuestra familia.

—Lo siento —murmuró Cala bajando la cabeza avergonzada. Sasa la besó en el cabello y Cala sintió una ternura inmensa hacia aquella chica.

—Jamás has de disculparte cuando no eres tú la que actúa mal —espetó secamente Min— .Levanta la cabeza, has de ser fuerte, nos espera una dura prueba.

Yuma se puso en pie y miró a su abuela pidiendo permiso para hablar.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? Al menos hasta la primavera, enton...

Min levantó una mano para interrumpirle.

—Ahora el guardabosques sabe que hay una humana en el bosque, una de su propia especie. No cesará en su búsqueda, no pensará que fue un sueño lo que vio, o el efecto de una locura. No, Yuma, no es posible.

Yuma se levantó y avanzó en el grupo hasta llegar al lado de su abuela. Una vez allí se arrodilló y la tomó de las manos.

—Abuela, he mentido al clan —les miró a todos uno a uno—. Cuando encontré a Cala y regresaba con ella a casa, el guardabosques nos vio —rebuscó en el interior de su ropa y sacó un folio doblado y arrugado. Lo abrió y se lo dio a Min. Ella lo tomó y lo observó con el ceño fruncido. Luego se lo pasó a Léndula que estaba a su derecha y el dibujo de un

humano con un niño tupi y una niña humana pequeña fue pasando de mano en mano. Todos estaban tan asombrados que permanecían en silencio y el dibujo ya comenzaba a rodar de mano en mano por tercera vez cuando Kasa rompió el silencio.

—Tal vez no tengamos que ir a ningún lugar —susurró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Min con el papel aún en la mano. Le sorprendía aquella actitud en su hijo, siempre tan desconfiado y precavido. Él había sido el más reacio en quedarse con Cala por aquella misma razón.

—Lo que Yuma ha dicho. El humano les vio el día que encontró a Cala, hace quince años ¡quince años! Si ese humano hubiese querido hacer algo ¿no lo habría hecho ya? ¿No creéis que ya hubiese avisado a otros de su especie?

A la cabeza de Yuma acudió, de inmediato, la historia que había escuchado escondido entre los arbustos cuando era pequeño. La historia de su abuelo. Su secreto. Al final, cada cual tenía los suyos y parecía que todos, tarde o temprano, acababan saliendo a la luz.

—¡Sí —gritó Yuma entusiasmado atrayendo todas las miradas sobre él—. Tal vez este humano sea como el otro, como el de antes, el que guardaba el bosque antes que él — y los ojos de padre e hijo se encontraron y supieron que hablaban de lo mismo aunque nadie más lo entendiera.

Kasa comenzó a explicar, con los ojos llorosos por el recuerdo de su amado padre, aquella misma historia que él le había transmitido para convencerle de que quedarse a Cala no tenía por qué suponer un peligro, y que no todos los humanos eran esos seres malvados que ellos contaban a las generaciones más jóvenes para mantenerlos alejados de ellos.

Después de que Kasa les contara a todos la historia que el abuelo Sush le había contado a él quince años atrás, Cala decidió retirarse y dejarles que tomaran una decisión sin que ella interfiriera.

Min miró a Kasa, aún asombrada con tantos descubrimientos. A su cabeza acudió la imagen de Sush el día que ella se dio cuenta de que ya no llevaba la huella de puma tallada. Sonrió mientras recordaba cómo él le había dicho que se le había desprendido del cuello mientras pescaba y la corriente la había arrastrado antes de que pudiera hacer nada. Tendría que decirle unas cuantas cosas cuando volvieran a encontrarse, pero ahora debía centrarse en solucionar todo aquello.

—¿En qué estás pensando? —preguntó a su hijo.

Kasa suspiró y comenzó a explicar su plan. Sabía que Léndula reaccionaría como lo hizo.

—¡No, no y no! —rugió furiosa— No voy a permitirlo, es muy peligroso.

—Es la única solución que se nos ocurre.

—No es cierto, podemos irnos.

Kasa se acercó a ella y la rodeó con sus brazos tratando de tranquilizarla.

—Léndula, seamos sinceros, no sé si algún otro clan nos acogería en estos momentos y Cala... no creo que tenga la fuerza suficiente para aguantar un invierno a la intemperie. Eso por no hablar de mi madre.

Léndula refugió su rostro entre las manos y comenzó a sollozar.

—Podemos intentarlo —continuó Kasa— si no, al menor indicio de peligro nos iremos y si Cala quiere vendrá con nosotros. Si al menos aguantáramos hasta la primavera...

Léndula le apartó de sí.

—¿Cómo que si quiere? ¿Acaso lo dudas?

—Las cosas pueden cambiar y ella tiene derecho a elegir —dijo Kasa suavemente.

—Con permiso, tal vez Kasa tenga razón. Podemos intentar esperar hasta que el invierno vaya cediendo, si hay que escapar antes estoy segura de que mis padres nos acogerían en su clan —intervino Sasa.

Léndula miró al resto del clan que tan sólo esperaban su decisión, luego bajó la cabeza y se miró las manos agrietadas por el frío.

—Está bien —cedió—, tampoco a mí me gusta la idea de abandonar nuestro hogar, el lugar en el que está el abuelo y nuestra otra hija —se le quebró la voz y Kasa volvió a acogerla entre sus brazos.

—Estoy seguro de que, pase lo que pase, Cala decidirá quedarse a nuestro lado —tranquilizó a su mujer.

Yuma fue el encargado de hablar con Cala.

Estaba en su lecho, con los ojos hinchados, la nariz colorada y un aspecto totalmente vulnerable. Se incorporó en la cama cuando Yuma se sentó a su lado.

—Cala, siento mucho todo lo que ha pasado, pero sobre todo siento haberte mentido durante tanto tiempo.



—No puedes imaginar lo mal que me siento —gimió Cala—, es como si nadie me quisiera, me siento despreciada por los otros clanes, por los humanos, por mi propia madre.

—Escucha, Cala —dijo Yuma levantando su rostro hacia él mientras lo sujetaba por la barbilla—, no puedo negar tus palabras, pero tampoco confirmarlas. No sé las razones que tu madre pudo tener para abandonarte y no sé lo que piensan en el resto de los clanes, pero sé que éste te quiere.

—Lo siento, Yuma, no quería ofenderte, no dudo del amor de mi familia —le cogió una mano—. No dudo del amor de ninguno de vosotros.

Yuma acarició el rostro de Cala. Se miraron unos segundos en silencio y luego Yuma volvió a hablar.

—El clan cree que tienes derecho a elegir lo que quieras hacer con tu vida. Quizá quieras volver con los humanos...

—¡No! —se apresuró a contestar Cala.

—Buscar pareja y formar tu propia familia —susurró Yuma, y Cala se ruborizó de inmediato.

—Ya tengo una familia —susurró ella a su vez—, pero no soporto la idea de ponerla en peligro. Haré lo que penséis que es lo mejor para el clan.

—Bien, entonces Kasa y yo queremos proponerte algo. Pero si no quisieras hacerlo dilo, lo entenderemos.



A pesar de lo tarde que era, aún había luz en las ventanas de la cabaña del guardabosques. Cala se detuvo frente a la puerta y golpeó la madera con los nudillos. Estaba temblando. Un nudo apretaba la boca de su estómago y le costaba respirar. Parecía que sus pulmones no consiguieran llenarse completamente de aire.

Era una noche gélida, como la que Yuma la había encontrado en los contenedores de los humanos, y, ahora, era ella la que expulsaba una nube de vapor por su boca mientras apretaba las uñas contra las palmas de sus manos sin apenas darse cuenta.

Cuando el hombre abrió la puerta, Cala notó que todo su cuerpo se relajaba, porque, en el fondo, era como si toda su vida hubiera estado esperando aquel momento. Tantas veces como había preguntado cómo eran los humanos, ahora tenía uno allí, frente a ella, al que podía contemplar sin esconderse.

El hombre se quedó muy quieto, mirándola, como si temiese moverse y asustarla, como pasaba con los animalillos en el bosque. Para él, ella era la imagen de un sueño y temía que se desvaneciese en cualquier momento. De esa forma, los dos pasaron un buen rato mirándose y reconociendo el uno en el otro las facciones con las que cada uno había estado soñando durante tantos años.

—Soy aquel bebé —dijo Cala finalmente—, ¿estás solo?

El hombre asintió con un movimiento de cabeza aún sin mover el resto del cuerpo y sin abrir la boca.

—Me gustaría hablar contigo.

El hombre se hizo a un lado para dejar pasar a Cala y cerró la puerta cuando ésta entró en la cabaña. Cala se sentía extrañamente bien. Estaba sorprendida de sí misma, ella esperaba estar muerta de miedo y, sin embargo, se movía con naturalidad y holgura por aquella casa, observando todo con avidez. Vio los retratos del hombre colgados de la pared, como aquel que se habían pasado de mano en mano en la reunión, y se acercó para mirarlos mejor. El hombre se acercó a ella con una carpeta en la mano, la abrió y le tendió más folios dibujados. Ella los fue pasando uno a uno.

Luego se quedaron uno frente al otro y volvieron a mirarse. Cala, incapaz de aguantar más alargó una mano y se detuvo a medio camino.

—¿Puedo...? ¿Puedo tocarte?

Él asintió y ella acarició con suavidad aquellas facciones tan parecidas a las suyas. Al principio su mano temblaba, luego se fue relajando. Mientras, Manuel se dejaba hacer, muy quieto. Finalmente, sonrió y ella le imitó.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó Cala, como si compartieran un secreto entre ellos.

—No —negó el hombre—. No hablo demasiado.

Cala sintió un alivio inmediato porque, a pesar de que el hombre podía estar mintiéndola, ella quiso confiar en él. Su rostro le agradaba, su pelo con cabellos blancos. Su piel como desgastada, las arrugas a los lados de los ojos, aunque no parecía tan mayor. Parecía cansado, pensó.

—Me llamo Cala —dijo entonces.

—Yo me llamo Manuel —Y él estaba pensando en lo hermoso que era el nombre que le habían puesto. Cala. Ella era una hermosa joven de unos dieciséis años y él un hombre maduro de pelo entrecano que se había pasado los últimos quince años buscándola.

—Mi familia y yo estamos muy preocupados —. comenzó Cala.

—¿Tu familia? —El hombre enarcó las cejas.

—Sí, mi familia, la única que tengo, puesto que la humana me abandonó —Manuel pudo percibir el resentimiento que trataba de esconder.

Inmediatamente se dio cuenta de lo insensible que había sido con ella.

—Lo siento —murmuró.

Cala respiró profundamente y se tomó un tiempo antes de seguir hablando. Estaba frente a un humano, ella era una humana. A pesar de ser algo que había sospechado durante toda su vida, le costaba demasiado adaptarse a aquella situación, verle como un igual.

—Quiero suplicarte que te olvides de nosotros —pidió Cala—, que no nos busques, que no hables a nadie de nosotros, que hagas como que nunca nos has visto, no existimos, ni para ti ni para ningún otro humano, de lo contrario tendremos que abandonar nuestro hogar y a ti tan solo te tomarán por loco —los ojos de Cala se inundaron de lágrimas—. Te oleremos, a ti o a cualquier otro humano, podemos hacerlo —mintió incluyéndose a sí misma—, así nos hemos mantenido vivos durante generaciones.

El hombre se aseguró de que había terminado de hablar y entonces lo hizo él. Le

afectaba ver cómo la chica, a pesar de saberse humana hablaba de sí misma como si fuera uno de aquellos seres.

—Cala, yo no quiero haceros daño, ni quiero hacer nada que destruya vuestro hogar —aseguró—, pero entiendo que sientas ese temor. Yo mismo he sentido en mis propias carnes lo cruel que puede llegar a ser el hombre —miró a su alrededor extendiendo los brazos— ¿Qué crees que hago aquí? Lo mismo que hacéis tú y tu familia. Huyo de los hombres —Sus músculos se tensaron durante un momento y luego la miró y volvió a relajarse.

Cala quedó en silencio, sorprendida por la confesión de aquel hombre. Decía que estaba allí para alejarse de los suyos. Decía que le habían hecho daño. A ella la habían abandonado, ¿qué clase de especie era la suya?

—Te tratan bien ¿verdad? —preguntó el hombre.

—Son mi familia —repitió Cala con fuerza.

—Está bien, no quiero, no quiero ofenderte ni nada parecido, solo quiero estar seguro de que eres feliz.

En ese momento, sonaron unos leves golpes en la puerta. El hombre miró a Cala y levantó ambas cejas.

—Son mi padre y mi... hermano —dijo ella.

El hombre se acercó a la puerta y la entreabrió. Vio a aquellos dos seres felinos y abrió la puerta del todo, estaba claro que ambos buscaban a Cala con la mirada para cerciorarse de que estaba bien. A fin de cuentas, hacían exactamente lo mismo que él había hecho tan solo unos segundos antes.

Manuel no podía creer que tuviese a aquellos seres frente a él. Al fin, después de tantos años, podía observarlos a su antojo. Sus dibujos eran bastante acertados y las facciones ya le resultaban casi hasta familiares.

—Entrad —dijo. Se le veía asombrosamente tranquilo.

—No vamos a hacerte daño —quiso aclarar Kasa, de todas formas.

—Lo sé —dijo el hombre.

Sin embargo, Yuma le miraba de forma amenazante. Manuel reconoció en él al muchacho que le había atacado junto al árbol desarraigado. Yuma habló al oído de su padre y Kasa dirigió su mirada al pecho del hombre. Manuel recordó el amuleto que Román le había dejado en herencia y lo cogió entre sus manos.

—Es el amuleto de mi padre —susurró Kasa, emocionado, y alargó la mano hacia Manuel. Éste se sacó el amuleto por la cabeza y se lo entregó a Kasa que lo miró detenidamente y después lo besó.

—Me lo regaló el antiguo guardabosques— explicó Manuel—. Él me habló de vosotros y me contó una historia sobre tu padre.

Kasa apretaba el amuleto en sus manos y lo abrazaba contra su pecho. Él también conocía aquella historia.

—Yo no le creía ¿sabéis?—se rio Manuel— Hasta el día que vi a uno de los vuestros llevando en brazos a un bebé —entonces se dirigió a Yuma—. Eras tú ¿verdad?

Yuma asintió sin hablar. Se preguntó si no habría sido muy diferente si aquel humano no les hubiese visto aquel día. Luego trató

de pensar en que había sido Ona quien les había traicionado, pero la desconfianza y el resentimiento hacia el humano no cedían. Se colocó junto a Cala como si tuviera que protegerla y se dirigió al hombre en un tono seco.

—¿Te ha explicado Cala la situación? — preguntó.

—Sí, y no tenéis por qué preocuparos.

Kasa se dirigió hacia él con el amuleto aún entre sus manos.

—Que el otro humano te entregara el amuleto de mi padre es suficiente prueba para mí de que eres un buen humano, como él lo fue con mi familia dejándonos vivir en este bosque sin perturbar nuestra paz.

—As es, no tengo ninguna intención de delataros. Para mí será como si no existierais, vosotros no, vosotros no existís, pero ella sí —dijo apuntando a Cala con el dedo índice.

Cala sintió que el mundo se desvanecía bajo sus pies. ¿A qué venía aquello? Había sido tan comprensivo con ella, le había hecho creer que estaba de su parte, que la entendía, y, ahora, de repente... Su mundo, su familia, su hogar, todo lo que conocía de pronto peligraba.

—Pero tú me prometiste... — comenzó Cala. El hombre la hizo callar con un gesto.

—No, yo no he prometido nada. Vosotros habéis venido aquí y habéis puesto vuestras condiciones, bien, ahora yo quiero poner las mías. Me parece lo justo.

—¿Qué condiciones? —preguntó Kasa, y sujetó a Yuma que avanzaba hacia el hombre con gesto amenazador. A fin de cuentas el hombre tenía razón, habían irrumpido en su casa casi amenazando para tratar de



imponer sus deseos sin tener en cuenta los sentimientos del humano para nada.

—Tranquilo, muchacho —sonrió el hombre dirigiéndose a Yuma—. Solo quiero que ella venga a verme.

—¡No! —gritó Yuma— ¿Cómo sabemos que no es una trampa? Quiere cazarla —gritó Yuma hablando a su padre—, o cazarnos a nosotros porque sabe que no la dejaremos a solas con él.

—Yuma... —trató de tranquilizarlo Kasa.

—Avisará a otros humanos para que vengan cuando sepa que estaremos por aquí porque Cala haya venido a verlo.

—No —dijo el hombre—, no hay nada que pueda hacer para demostraros que no miento. Pero es así, no quiero engañaros. Sólo quiero verla de vez en cuando, saber que está bien...

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó Yuma dispuesto a saltar sobre él. Aquel hombre estaba insinuando que después de todo lo que habían pasado ellos iban a hacerle daño a Cala.

De nuevo, Kasa tuvo que retener a su hijo. Manuel no se dejaba impresionar por la violencia en el tono y los gestos del tupi.

—No creas que no te entiendo —dijo el hombre desolado—, una vez estuve a punto de tener una hija y los hombres me robaron lo que más quería —miró a Cala—. Ella podría ser mi hija.

Kasa asintió comprendiendo la aflicción de aquel hombre, y Léndula acudió inmediatamente a su cabeza. Ella había deseado quedarse con Cala por la misma razón que aquel hombre, ahora, se conformaba simplemente con verla de vez en cuando y soñar que ella podía ser la hija que

no había llegado a conocer. Se volvió hacia Cala.

—¿Tú estás dispuesta?

—¿Estás loco? —bramó Yuma antes de que Cala respondiese. Jamás había osado hablar a su propio padre en ese tono.

Cala se adelantó a Yuma, que la mantenía tras de sí en un gesto protector, se puso frente al hombre y le miró fijamente a los ojos.

—Vendré —dijo observando en ellos una profunda tristeza.

—Os habéis vuelto todos locos —masculló Yuma, desesperado.

—Soy tu padre y me debes un respeto —Kasa le miró con severidad. Yuma agachó la cabeza en señal de sumisión— Sabes que si un humano se acerca podremos olerlo antes de que nos vea. Excepto cuando nos despistamos...

Yuma miró a su padre asombrado ante el reproche y volvió a bajar la vista.

Luego Kasa se volvió hacia Manuel y volvió a tenderle el amuleto de Sush

— Tenlo, es tuyo.

Manuel movió la cabeza de un lado a otro.

—Quédatelo, quiero que me lo devuelvas sólo cuando consigas confiar en mí.

Kasa lo apretó entre sus dedos.

—No sé si es lo correcto, pero así lo haré —dijo Kasa.

Lo colgó de su cuello y entonces volvió a dirigirse al hombre:

— Mientras tanto, hasta que consiga confiar en ti, estaremos vigilando, y si vemos el más mínimo gesto sospechoso desapareceremos para siempre. No lo tomes como una amenaza, no lo es, es el instinto de supervivencia, nada más.

Cuando salieron de la cabaña eran cerca de las dos de la mañana. Helaba. El frío era intenso y las estrellas brillaban con rabia.

Kasa, que sabía que el resto de la familia — y Léndula en particular — estaría muerta de la preocupación, se adelantó a ellos para contarles al resto del clan la noticia: se quedaban. Decidían confiar en el hombre, aunque siempre estarían alerta, aquel sería siempre su modo de vida. Tampoco iba a ser tan distinto a lo que estaban acostumbrados, pensaba Kasa. Extremar un poco más la atención, al menos durante un tiempo, por si acaso.

Al salir ellos, Yuma se detuvo en la puerta de la cabaña y dejó que Cala se adelantara unos pasos antes de volverse hacia el hombre.

—Podría matarte en un segundo —le dijo—, te puedo retorcer el cuello como a un simple pato —continuó.

—Lo sé —contestó el hombre, impasible.

Yuma hizo el gesto de retorcerle el cuello a ese pato imaginario.

—Ándate con cuidado. Yo vendré con Cala y ante la mínima duda me lanzaré sobre ti —amenazó.

—No esperaba otra cosa, y me alegra saber cuánto la quieres, en eso os parecéis a los humanos cuando amamos.

Yuma levantó el puño como si le hubiese insultado, y Cala le puso una mano en la muñeca para detenerlo. El hombre no se inmutó. En aquello radicaba el amor, pensó Manuel. Aquel ser también podría matar a Cala de un soplido y, sin embargo, ella era

capaz de derrotarlo con solo tocarle. En aquello radicaba el amor. Sonrió.

—Pero no te equivoques, no lo eres —terminó de decir Manuel, mirando hacia Cala.

Ella sintió la vergüenza que la recorría el cuerpo y subía rápida en forma de rubor a sus mejillas. Igual que siempre había sabido en su interior que ella era humana, también sabía a lo que el hombre se refería cuando le decía a Yuma que él no era humano.

Tiró de Yuma y juntos se adentraron en el bosque.

—No tengo nada claro esto —dijo él, soltándose de Cala. Era como si estuviera enfadado con ella, con todos, con el mundo.

—¿El qué? ¿Que vea a alguien de mi propia especie?

—Bueno, no sé, tal vez ahora que lo sabes, ahora que has hablado con uno de ellos, ya no tengas tan decidido el quedarte.

Cala le miró con furia.

—Tengo claro quién es mi familia —respondió, y remarcó adrede la palabra familia.

—Sí, supongo que el humano te ha ayudado en eso —ironizó Yuma.

¿Aquello eran celos? ¿Aquello que él sentía era lo mismo que ella sentía cuando le veía con Ona?

La tensión que sentía era tal, que Cala pensó que se ahogaba. Apenas entraba aire en sus pulmones y se dejó caer en el suelo con gesto agotado.

—No puedo más Yuma, no puedo.

Se dio cuenta de que estaban junto al árbol desarraigado donde había comenzado toda aquella historia, donde hacía nada había sentido que todo el mundo que conocía hasta ese momento se desvanecía para siempre. No

pudo evitar pensar que aquello sólo podía ser una señal del destino.

Yuma se sentó a su lado, apoyó los antebrazos en sus rodillas y habló de forma dolorosa.

—Yo... ¿cómo iba a saberlo, Cala? Ni siquiera podía pensarlo, no quería, en realidad debería verte como a mi hermana, pero yo sabía que no era así.

—Ya, pues imagina cómo me sentía yo —Cala le miró y Yuma vio la rabia y el fuego que iluminaban sus ojos.

—No podía estar seguro. Me parecía imposible, me sentía mal por lo que siento hacia ti.

—Al menos tú sabías que no lo eras, que no eras mi hermano. En mí se mezclaban tantos sentimientos: no sabía por qué era distinta, ni por qué sentía algo así cuando estaba tan mal...

Sin aguantar más, Yuma se acercó a ella, la arrastró contra él y la besó en los labios.

Cala los sintió arder y el deseo creció en su interior hasta abarcarlo todo. Le sujetó del cuello y le buscó con avidez. Se besaron con rapidez, con prisa y Cala terminó apartándole de sí.

—No, Yuma, no puede ser —jadeó rodeada de calor.

—¿Por qué? —exclamó el tupi. No podía entenderla. Después de tanto tiempo, después de haber aguantado tantos y tantos problemas, ¿qué la detenía ahora?

Volvió a buscar su boca, loco de deseo, pero ella se puso en pie apartándolo.

—Es porque no soy humano ¿verdad? —preguntó.

Todo había cambiado, pensó, por más que Cala lo negara ahora sabía que ella

pertenecía a otra especie y que existían otras personas como ella.

—¡No! —gritó Cala— ¿Cómo puedes pensar eso? Es por... por Léndula y los demás, ellos no lo entenderían.

—Ellos... —susurró Yuma.

El momento precioso se deshizo y la furia le invadió, pero él logró acallarla. Se sintió tan decepcionado que todo lo que había sentido hacía un segundo se apagó de repente. Al final resultaba que no, que nada había cambiado, que seguían estando atrapados en la mentira que él mismo había creado al jurar que nunca le contaría a Cala que ella era una humana.

Sólo escuchaba la voz de Cala diciendo "no puede ser" ¿Y por qué no iba a tener ella razón? ¿Acaso no lo había negado él durante tanto tiempo porque tampoco lo creía posible? ¿Tenía ahora derecho a reclamarla nada? Él la había hecho creer que era una tupi, que eran hermanos y que Léndula era su madre. Una madre que jamás aceptaría un sentimiento así entre sus hijos.

Sí, Cala tenía razón, Léndula les estaba esperando y esperaba a su hijo y a su hija, y así es como sería siempre.

Se levantaron despacio, y, como si fueran capaces de leerse las mentes, sin mediar palabra entre ellos, se pusieron uno al lado del otro y juntos, sin siquiera rozarse, se adentraron en el bosque de vuelta al hogar.

Así, juntos, sin dirigirse una mirada más, como hermanos tupi, regresarían al clan.

**Si te ha gustado esta historia no puedes perderte la segunda parte: Lo que el amor**

**ha unido (que no lo separe el humano ni el tupi)**

**Muchísimas gracias por leer, también agradecería una valoración y comentario de la historia, ya que es muy importante para quienes escribimos. Gracias**

